



Precio ptas.

A.T.V
705

EDITORIAL
ICHAROPENA

A. LABAYEN

ESCENAS PAPELERAS

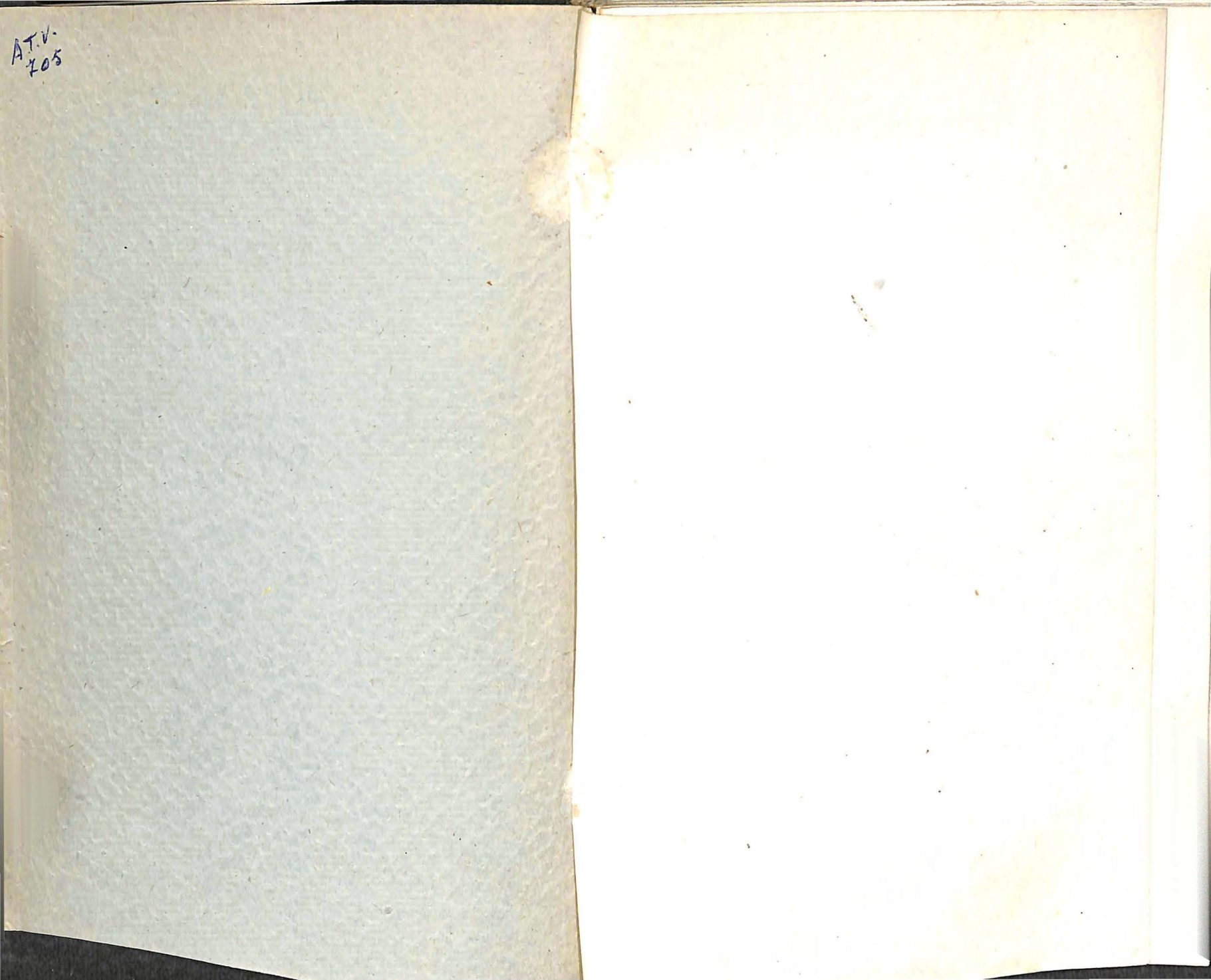
Antonio M^a Labayen

ESCENAS PAPELERAS



*Editorial Icharopena
Zarauz*

1947



ATV.
705

M. 4088
R. 632

A.T.V.
705

Antonio María Labayen



ESCENAS PAPELERAS

A LA SOMBRA DE LA CELULOSA EN MI PUEBLO

7

EDITORIAL ICHAROPENA
Z A R A U Z

1947

Es propiedad del Autor

*A la memoria de mi padre a quien tanto debo
y, particularmente, el haberme inculcado, con
su ejemplo, el amor al trabajo a su preemi-
nencia, dignidad y demás nobles atributos*

PROLOGO

Casi diez años de ausencia me han hecho descubrir, al volver al pueblo natal, aspectos suyos a los que no había prestado atención en los treinta anteriores en los que apenas me alejé de sus lares.

La distancia física que me ha separado ha sido insignificante pero las circunstancias materiales y espirituales del alejamiento tan dramáticas, lancinantes y conturbadoras que al enfrentarme de nuevo con los paisajes familiares me ofrecen perspectivas desconocidas, proyecciones insospechadas y una visión de conjunto asaz diferente de la que prendida en la imaginación llevé al exilio.

Siempre, al regresar de mis cortos viajes a grandes ciudades y de contemplar espaciosos horizontes me pareció más pequeño mi pueblo y más angostos los valles guipuzcoanos; aunque nada en suma, preferible a ellos, a despecho de limitaciones y mezquindades.

A estas impresiones sucede ahora la del cambio profundo que ha experimentado

nuestro País esta última década. El huracán que le ha sacudido ha sido tan violento que ni las constantes que antes determinaban su vida son las mismas. Nos faltan instituciones, cuadros, ambiente, hombres y otros muchos de sus elementos esenciales. Ha entrado una nueva generación en liza totalmente desorientada entre la baraunda imperante. Por eso el Porvenir se presenta tan incierto...

Mientras llega el momento de poder ocuparse libremente de los candentes problemas que están planteados me ha servido de grato derivativo el dirigir la mirada a otras realidades muy concretas de cuyo examen se desprenden compensaciones reconfortantes.

Hacia mucho tiempo que venía incubándose en mi espíritu el tema papelerero. Desde antiguo iba yo anotando algún que otro dato acerca del papel que pensaba vagamente utilizar en un trabajillo que algún día dedicase a la materia.

Ocasión propicia para ello fué la de la celebración en Tolosa el año 1942 del Centenario de la primera fábrica de papel continuo en España, de haberme encontrado en condiciones de hacerlo. El acontecimiento motivó la publicación de artículos y crónicas que no me fué posible conocer hasta tres años después y que son las que me han decidido a escribir estas «Escenas papeleras».

Poco se había explotado el tema con anterioridad. Existen los libros: «Noticias acerca

de la Historia del Papel de J. Olmedilla; y el titulado «El papel» de D. Luis Marín y Díaz editados en Madrid que hoy son casi desconocidos. Apenas queda tampoco el recuerdo de la revista «Dedalo» dedicada a la industria papelerera y que tuvo vida efímera, ni de otras publicaciones esporádicas que abordaron idéntico asunto. Por eso JATIVA, órgano del Sindicato Nacional del Papel, merece un incondicional aplauso al haber reanudado la crónica papelerera. Sus números especiales X-XI-XVI-XXII constituyen además, un alarde editorial de una variedad de papeles y de una suntuosidad y riqueza de procedimientos de estampación y esplendidez tipográfica que tienen asegurado un puesto de honor entre las mejores publicaciones del género. Esos números de la Revista «Jativa» están avalados por eruditos trabajos literarios. A esos textos y a sus autores he de referirme con frecuencia.

Supliendo la desidia de muchos que han podido tratar el asunto con la autoridad y competencia que a mi buena voluntad faltan, procuraré también en estas «Escenas» reparar las omisiones o inexactitudes en que han incurrido los escritores que han abordado la cuestión.

El papel se ha convertido en cosa muy nuestra y cúmplenos contribuir a que su Historia en nuestro País sea conocida.

Me he permitido presentarla en forma de

cuadros escénicos con cierta libertad de decoración a fin de dar alguna amenidad a mi relato.

Se ha repetido con exceso y resulta inconveniente en estos tiempos de publicidad e interesada propaganda, aquello que se atribuye a nuestro pueblo de ser «corto de palabras»...

Creo que es hora que en el orden colectivo no sigamos haciendo el papel que el mismo Tirso de Molina ridiculiza en su «Vergonzoso en Palacio».

Es preciso que sin dejar a otros la misión de contar nuestras gestas épicas o industriales subsanemos esa deficiencia ocupándonos no meramente en ser en «obras largas» sino también en contarlas y cantarlas en palabras breves, si se quiere, pero las precisas para que nadie, amparado en nuestro silencio deforme la realidad de nuestros hechos.

Ese silencio de siglos que en frase de Unamuno «ha hecho creer a los pueblos habladores y teatrales que no hemos dicho nada porque nada teníamos que decir». Ese espíritu vasco que hace proferir al profundo pensador bilbaino esta exclamación defensiva de su pueblo: «¿Quién como tú ha sabido luchar en estas luchas incruentas del Comercio y de Industria?»

Es lo que en otros términos escribió mi admirado amigo y compañero en años de destierro Don Bonifacio de Echegaray en su Conferencia «La Vida Civil y Mercantil de los Vascos».

«No es el vasco hombre que se preste a languidecer en la inactividad fatalista que enerva energías y aptitudes. Laten en su alma alientos que le impulsan a procurarse asiento para su trabajo en toda la amplitud del mundo.

No todos los pueblos han sabido aprovecharse de las favorables condiciones en que la Providencia les colocó: si nosotros lo hemos hecho, atribuirlo a la admirable organización social que elaboraron los abuelos de nuestros abuelos. Seguid su ejemplo y si hoy sois grandes procurad aún mayor grandeza que a ello estáis obligados. Y no olvidéis nunca que para alcanzar toda la prosperidad a que legítimamente debeis aspirar, jamás será obstáculo sino acicate poderoso el respeto al sentido tradicional de la raza y a sus notas características».

No caben palabras más apropiadas antes de levantar el telón y dejar ver al público el escenario papelerero que este torpe tramoyista le presenta.

PAPEL: RIQUEZA Y MITO

El papel es uno de los productos más florecientes de la economía guipuzcoana.

Bien puede llamarse flora y espléndida vegetación celulósica a las blancas bobinas, a los rollos y resmas multicolores que, en manos, pliegos, cuadernos, bolsas, sobres, hojas y cuartillas de inmaculada nitidez, variada manipulación y profusión impresionante, cubren las necesidades de la moderna civilización; y transformadas en confetti o serpentinas; en flores, banderolas o guirnaldas engalanan calles, plazas y casas en las festividades y regocijos populares.

La industria papelera relativamente reciente en el País Vasco, figura hoy entre las primeras por el rendimiento económico que reporta. Solamente le superan en importancia la agricultura y la ganadería, que son para nosotros como para la Francia de Sully las dos ubres que nos sustentan; y más, en razón de la base fundamental que

ofrecen para la sobrevivencia étnica y social de nuestro pueblo.

Viene a seguida la Metalurgia que en sus diversas ramas y modalidades fué la única y específica actividad fabril vasca hasta el siglo pasado y es hoy todavía su más potente, instrumento de trabajo.

Hay que añadir a las mencionadas la industria pesquera y náutica que si en tiempo de las «Bienandanzas e fortunas» de Lope García de Salazar nos suministraba «conducho para amatar la gana de comer» excede en la actualidad a toda ponderación, principalmente por el prodigioso desarrollo alcanzado en los puertos de Bilbao y Pasajes.

El progreso va añadiendo nuevas conquistas a las que ha ido acumulando al correr de los siglos. Sin desdeñar las conseguidas a partir de las eras de la piedra, del hierro, bronce etc., para luego por el vehículo de las ciencias naturales llegar a la del uranio y la bomba atómica, ha incorporado a su vida haciéndola uno de sus elementos esenciales, la materia más frágil: el papel.

Remedando al poeta podemos decir: «codiciado doncel es D. Papel».

Han desaparecido casi del uso corriente, como patrones monetarios, el oro y la plata. Hoy no circula sino el papel moneda, es verdad que con el espectro de la inflación a su lado.

Todo el crédito del mundo consiste en, millo-

nes de billetes de Banco, de valores fiduciarios que no son sino pedazos de papel.

Al papel está confiado enteramente el registro de la Propiedad y la posesión industrial representada por millones de acciones y obligaciones en otras tantas hojas de papel.

Las escrituras y contratos, base de la vida social sobre la que reposa la tranquilidad de millones de seres humanos, ¿qué son otra cosa que papel?

La Administración pública funciona a fuerza de papel en forma de: circulares, órdenes, bonos, recibos, cartas, informes, etc., etc. Papel impresol Bien sea escrito a mano o a máquina.

El trigo, el carbón, el petróleo son los productos claves de la vida moderna pero si no hubiese papel la civilización quedaría paralizada.

El papel sustituye ya a la lana, al algodón y a otras materias textiles en la fabricación de ropa blanca, en servilletas, manteles y otras prendas domésticas. Y convenientemente gofrado y adornado se atreve a reemplazar a puntillas y encajes. Al paso que vamos, y dada la carestía de sedas y estambres, pronto se generalizarán los trajes de papel. Del mismo modo que la arpillera y hasta el cuero van siendo suplantados por el papel «kraft» y por la cartulina.

Ya la gente de letras no da tanta importancia a la memoria desde que en vez de almacenar sus conocimientos en el cerebro los depositan

en fichas y papeletas en cualquier cajón del despacho.

Anda convertido en axioma de calendario aquello de «los derechos de los hombres, los tesoros de la ciencia y el arte y lo que hay de más caro en el mundo descansa en el papel».

Si Bilbao se asentó sobre el hierro como es proverbial, Tolosa ha cimentado su presente prosperidad sobre el papel que, es, paradójicamente, como hemos visto, el más frágil y el más poderoso de los soportes.

Excitada la curiosidad del lector, le invito a que nos adentremos en la escena a dar un vistazo retrospectivo que nos muestre el origen y desarrollo de la fabricación del papel y de su aclimatación en nuestra tierra.

II

ALGO DE HISTORIA

A l resumir los rasgos característicos de la papelería en nuestro país, no intentaremos remontarnos a los tiempos del chino Tsai Lun —1 siglo antes de J. C.— a quien se atribuye la primera idea de machacar trapos y residuos de cáñamo para convertirlos en hoja de papel. Ni menos recurriremos a Plinio a fin de conocer detalles de lo que fué el primitivo papyro en el Egipto de los Faraones, o al enciclopédico San Isidoro en su libro de los Orígenes.

Pero sí he de decir algo de lo que significaba el papel en la América precolombina aunque no sea más que por la razón de que uno de los libros más raros y curiosos del género: «La Historia General de las Cosas de Nueva España» de Fray Bernardino de Sahagún en su manuscrito original estuvo oculto por más de dos siglos en el Convento de San Francisco de Tolosa (Navarra) (sic) según manifiesta su editor D. Carlos María de Bustamante que lo publicó en México en 1829 en cuatro volúmenes, tras haber conseguido extraer-

lo del convento tolosano en virtud de reales órdenes.

Las civilizaciones azteca, tolteca y las anteriores conocieron el papel y lo fabricaron bien que en forma rudimentaria. El aprecio que de él hacían se comprueba leyendo lo mucho que lo empleaban en ceremonias ritos y ofrendas a sus divinidades.

En un país plétórico de riquezas naturales sorprende que el papel tuviese un carácter sagrado, tabú, y fuese indispensable en los actos rituales de fiestas y kalendas.

Estaba equiparado a los productos más nobles como las sedas el copal y los inciensos. De papel se hacían ornamentos, estandartes, bolsas etc. Y de los papelones, como les llama Fray Bernardino, pintorroteados de azul, colgaban piedras preciosas y diamantes. Las flores de papel impregnadas de esencias aromáticas se arrojaban al fuego en holocausto... La diosa Chalchiuhtlicue llevaba en la cabeza una corona de papel. A la diosa Tlaculcutli (Venus) «se la ofrecen papeles en los lugares acostumbrados». «Al dios de los mercaderes Yiacatecutli también le ofrecían papel» y le cobijaban con el mismo dondequiera que estuviese su estatua. Estas prácticas fueron en parte destruídas por la dominación española con los efectos consiguientes para las industrias indígenas. La fabricación moderna del papel no se implantó en México hasta el año 1827.

Volviendo al Mediterráneo oriental consignaremos que fué Haran-el-Rasoud, personaje musulmán, el que introdujo el uso del papel en la Cancillería del Califato de Damasco. No sabe lo que hizo el buen Raşoud creando «el papeleo» burocrático que creciendo desde entonces, sin cesar, amenaza hoy axfisiar la sociedad moderna. Bagdad sucedió a Damasco en los menesteres cancillerescos, pero al papel siguió llamándosele aun «carta damascena».

Está históricamente confirmado que fueron los árabes los que introdujeron la fabricación del papel en España, doscientos años antes que los cruzados lo hicieron en Francia.

Le cabe a Játiva, la vieja ciudad levantina, que mantiene todavía briosamente su tradición papelera, el honor de haber dado cobijo, hacia el año 1.074 a la primera fábrica de papel europea, cuyo fundador fué el industrial árabe Abu Masaifa. La filiación musulmana de la papelería en España es bien evidente ya que Játiva y su zona dependían entonces del Califato de Córdoba el cual antes estuvo bajo la jurisdicción del Califato de Damasco.

Los reyes de Aragón, a medida que avanzó la reconquista, vieron una apreciable fuente de ingresos en los numerosos molinos de papel de la comarca setibense. Así nos lo da a entender el erudito historiador D. Miguel Herrero, quien, en un documentado artículo publicado en la re-

vista «Játiva», antes citada, aduce la orden de Jaime I El Conquistador, del 8 de Febrero de 1.273, que hace referencia a la tributación de los molinos papeleros.

Añade el cronista que en los archivos de la corona de la Confederación catalano-aragonesa hay muchos documentos en que se alude a la industria que nos ocupa. Sabemos por otros conductos que Toledo, Cuenca, Segovia y varios monasterios situados en Castilla, fueron centros fabriles de papelería mozárabe. Alfonso X el Sabio llamaba al papel «pergamino de paño».

El impulso creador de la industria del papel en el País Vasco fué mucho más tardío.

Creemos que el Sr. Herrero incurre en error al mencionar la existencia de fábricas de papel en Vasconia en el siglo XVI.

Basa su opinión en un supuesto contrato del Provincial de los frailes llamados mínimos sobre la impresión de la Crónica de San Francisco de Paula en 1.595 en cuyo documento se hace constar que: «la letra ha de ser buena» y el papel blanco del molino de Garnica «que llaman de Silillos». Esta localidad nada tiene que ver con la ilustre villa vizcaina a la que se asemeja en nombre ni con otro lugar alguno del territorio vasco. El toponímico de «Silillos» lo prueba a mayor abundamiento. Existió en Alava un pueblo llamado Guernica del que trató Carmelo de Echegaray en su artículo de la R. I. E. V. «Llegaron los ára-

bes a Guernica»? Pero no hay rastros ni indicios que abonen el supuesto de la existencia de fabricación de papel en la época a la que D. Miguel Herrero se contrae.

Tal vez Navarra, que concedía el título de impresores del Reino a sus tipógrafos pudo muy bien haber sostenido uno o varios molinos papeleros. Según algunas estadísticas su producción en 1799 fué de 6.000 resmas de las 300.000 fabricadas en España. Yanguas y Miranda habla, en su «Diccionario de Antigüedades de Navarra», de los molinos traperos existentes en Estella y Tudela en 1450 aunque parece referirse a los batanes para la lana. Una búsqueda en los archivos del antiguo reino pirenaico arrojaría alguna luz sobre la procedencia de los papeles que emplearon los reales impresores de la corte navarra. Villalba y Oroz-Betelu es verosímil hayan tenido una ascendencia papelera en el pasado. A fines del siglo último funcionó una pequeña fábrica de papel en San Migueltxo sita entre Irurzun y Lecumberri al pie del puerto de Larrún. Parece que su vida fué precaria pues según tengo entendido, antes de finalizar el siglo su maquinaria fué vendida y transportada en carretas de bueyes a Eldua (Tolosa) en donde quedó instalada, por la Sdad. Berroeta y Garín.

Leyendo a Campión en una de sus luminosas «Gacetillas de la Historia de Navarra» anotamos

que: «el tomo 12 del archivo de Comptos correspondiente al año 1.308 *está escrito en papel*».

Esto me hace suponer que los anteriores, y tal vez los tomos posteriores están escritos sobre pergamino o vitela.

Hay que hacer observar que en la Edad Media, el pergamino llegó a ser tan raro y costoso que los monjes y copistas, a falta de dicho material acostumbraban borrar la escritura de los antiguos manuscritos para copiar sobre la misma hoja los nuevos textos religiosos. Estos pergaminos se conocen con el nombre de «palimpsestos».

Los primeros papeles empleados fueron de origen arábigo o *cebtí* como se les llamaba vulgarmente, puesto que la fábrica francesa más antigua, la de La Pierre cerca de Troyes no se estableció hasta 1338. O sea que la carta del historiador Joinville a San Luis, fechada en 1270 y uno de los más antiguos documentos franceses en papel que se conservan está escrito en material árabe. Seguramente de procedencia norteafricana o italiana. Papel bombicino como le llamaban al de algodón para diferenciarle del fabricado con lino.

El competente Inspector de archivos de la Diputación de Guipúzcoa, D. Fausto Arocena reproduce en su artículo «Los Museos de Papel en Guipúzcoa» publicado en la revista «Játiva» tantas veces citada un fotograbado «del manda-

miento de la Junta General de Tolosa de 1456» —fecha inscrita dentro de la época de la generalización del papel— que es acaso el primer mandamiento de Juntas extendido sobre este soporte, ya que un documento análogo de la misma procedencia, sólo anterior en tres años, aparece extendido sobre pergamino».

Le acompaña otro documento emanado de las Juntas de 1474 que como el anterior, lleva la firma de Domenjón González de Andía a quien la voz popular designó con el apelativo de «Gipuzkoa-ko erregia».

En la época que hemos investigado por nuestra cuenta no hallamos vestigios de fabricación de papel en nuestro País sino a principios del siglo XIX. Hay sí huellas abundantes de ferrerías astilleros y de las muchas industrias rústicas que completaban la economía agrícola, pero no se encuentran rastros remotos de molinos papeleiros. En Vizcaya, la más industrial de nuestras regiones las fábricas de Aranguren y Arrigorriaga son de fundación muy reciente. El historiador Madoz registra las de La Peña en Abando y de Artunduaga en San Miguel de Basauri citadas posteriormente por Juan E. Delmas en su amena «Guía de Vizcaya».

De una relación dirigida en 1795 al Sr. D. Francisco Zamora del Consejo Real y valido de Godoy, documento comentado por José M.^o de Areilza en el «Boletín de la R. S. de Amigos del

País», extraigo la noticia de que en la provincia hermana había en el siglo XVIII «una fábrica de papel ordinario o de estraza de poca consideración en las inmediaciones de Durango». En las geográficas y estudios monográficos que he consultado, ninguna mención encuentro sobre la tal papelera. Quede para otro más afortunado el localizar el primer molino de papel vasco: el «Bólqueta» vizcaino que haya precedido al «Igarondo» guipuzcoano. ¿Es tal vez el de Arriaga?

En la documentada «Historia del Consulado de Bilbao» por D. Teófilo Guiard se menciona la evaluación que hizo el año 1563 del papel importado por dicho puerto y que pagaba cuatro maravedía por bala de veinte resmas.

Para terminar, destacaré la triple y feliz coincidencia de que el primer documento guipuzcoano extendido en papel lo haya sido en Tolosa; de que su firmante fuese el ilustre tolosano Don Menjón de Andía; y finalmente, de que en Tolosa se iniciase y desarrollase luego, prodigiosamente, la fabricación del papel, señal inequívoca de la predestinación papelera de nuestro pueblo.

III

MARTIN DE OLANO

PRIMER PAPELERO GUIPUZCOANO

Mientras no se aduzca prueba en contrario podemos afirmar que la primera fábrica de papel guipuzcoana en el orden cronológico, fué la de Igarondo en Tolosa, establecida hacia el año 1.817. Esta opinión está autorizada en la referencia que hace nuestro gran Don Pablo de Gorosábel, alcalde e historiador de la villa en su «Bosquejo de las antigüedades de Tolosa». Se deduce de la atenta lectura del texto de Gorosábel que: «El Ayuntamiento de la villa se vió obligado a enajenar el molino de Igarondo de su propiedad, haciéndolo el año 1.810 en pública subasta. El rematante fué Don Martín de Olano en la cantidad de 61.000 reales de que se otorgó escritura el 18 de Marzo del mismo año». Como más adelante añade que el fundador de la fábrica de papel Igarondo fué el propietario del molino antiguo, y que la tal fábrica de papel a mano la mejoró considerablemente en 1.826 está claro

que Martín de Olano, el molinero de Igarondo merece y se le debe el título de «primero de los papeleros guipuzcoanos».

Si alguien puede disputar a Olano el título de primer papelerito tolosano es su coetáneo Don José Joaquín de Mendía.

Este Señor, según menciona Gorosábel, compró al Ayuntamiento de la villa el molino de «Otsarain» en la cantidad de 54.679 reales de vellón a virtud de la escritura otorgada el 12 de Septiembre de 1.811 ante el escribano D. Ramón Antonio de Goibideta.

Però se olvidó de consignar, al autor del «Bosquejo de las Antigüedades de Tolosa», que el nuevo propietario convirtió «Otsarain» en molino papelerito, a imitación del de Igarondo, no sin oposición del anterior arrendatario I. de Beloqui ante el que tuvo que hacer acto de posesión en presencia del Juzgado, como he podido leer en el original del citado documento.

Aunque por los informes que he podido adquirir no parece que José Joaquín de Mendía sea ascendiente en línea directa de los actuales Mendía papeleros, no es menos cierto que este apellido tiene entre nosotros la primacía en la antigüedad y persistencia al frente de empresas papeleras.

El historiador P. Madoz más economista que leguleyo había señalado, antes que Gorosábel, en su interesante y valioso «Diccionario Geográ-

fico-Histórico de España 1847, y en el volumen correspondiente a Guipúzcoa la existencia en Tolosa de una fábrica de papel continuo «La Esperanza» y dos de «papel de barbas» (sic). Se refiere a las de Igarondo y Otsarain.

A las fábricas de papel a mano Madoz las llama «del antiguo método» y añade: «ocupan 12 hombres produciendo 4.000 resmas con un valor de 5 reales por resma, o sea 20.000 reales al año». El capital de los dos molinos papeleros lo estipula en 330.000 reales.

La fecha de 1.817 marca el comienzo de la era industrial papelerita en Guipúzcoa que tras un siglo de luchas y vicisitudes varias culmina en la extensa organización actual.

En 1.842 se inauguró la primera máquina de papel continuo en Tolosa en la fábrica «La Esperanza» que legítimamente puede enorgullecerse de ser la decana de la papelería continua en España. El historial de esta entidad ha sido evocado en varias ocasiones por brillantes plumas; y en especial, a raíz del centenario de su fundación celebrado hace pocos años. Mariano de Ondarreta en un reportaje publicado el 17 de Mayo de 1.942 en el «Diario Vasco» de San Sebastián recogió las principales efemérides de la primera fábrica de papel continuo en España «La Esperanza», con ocasión del centenario de su fundación.

Jiménez Caballero amplificó líricamente las mismas noticias que en forma de «Rapsodia Pa-

pelera» vieron la luz en la Revista «Játiva» y antes en su artículo «El papel en Guipúzcoa» publicado en el álbum «Pasajes y la Industria Guipuzcoana». Esos datos le sirvieron a José Manuel Imaz nuestro malogrado archivero quien los registró escuetamente en un número de «Guipúzcoa Económica».

Y como ninguno de ellos se ha referido a Madoz bueno será que traigamos aquí el informe que nos da el autor del «Diccionario Geográfico-Histórico de España» arriba citado que es el primero y el más cercano al asunto que tratamos.

Los datos que expone están copiados de la matrícula catastral de 1.841 y dicen que: «La fábrica de papel «La Esperanza» empezó a tirar en Junio de aquel año (1.841) «Los productos que hizo en aquella época fueron pruebas y ensayos que ocasionaban frecuentes reformas correctivas y gastos». Podía trabajar 90.000 resmas y doble si montaba la segunda máquina».

Gorosábel influído por Madoz escribió años más tarde su Diccionario Geográfico-Histórico de Guipúzcoa» (1862) que hasta en el título imita la obra del geopolítico escritor navarro.

En este Diccionario menciona Gorosábel los nombres de las dos fábricas de papel continuo que ya funcionan en Tolosa y son por orden de antigüedad: «La Esperanza» «Charama». Y añade que la de «Igarondo» la están habilitando para papel continuo (1862): y que hay otra fábrica de

cartón y papel estraza en la regata de «Otsarain» en (aldaba) rectificando así la omisión que de la misma hizo en su «Bosquejo».

Los actuales continuadores de «La Esperanza» conservan en su sede social documentos, grabados y piezas que son recuerdo y testimonio de los hechos y de los hombres que cual los Brunet, Guardamino, Eizmendi, Arza, Sorarrain y Ruiz de Arcaute han mantenido la actividad creciente de la factoría en una centuria. También en el libro de actas del Ayuntamiento de Tolosa hay constancia de las incidencias a las que en sus comienzos dió lugar la fábrica citada, erigida en los campos de San Juan de Arramele. Creo que debe de conservarse aún una hoja del primer papel que se fabricó en la misma. Y sin insistir en otros detalles bastante conocidos relativos al mismo establecimiento recordaremos que al año siguiente 1.843 se abre la fábrica Echezarreta de Irura. Se instaló en el lugar llamado «Ariztineko plaza» antigua ferrería y fábrica de tejidos girando la nueva sociedad bajo la razón «Echezarreta, Larion y Arizti». En 1.850 son tres las papeleras que trabajan en una distancia de tres kilómetros: Igarondo, Esperanza, Echezarreta.

Los Arza, otro linaje papelero, oriundo de Cegama establecieron en este pueblo en la segunda mitad del siglo XIX un molino papelero que pasó con el tiempo a ser propiedad de la Sdad. Arza, Arcaute y Cía. Desaparecida la familia Arza

cuyo solar «*Arzanea*» se conserva todavía, la fábrica de Cegama ha conocido diversas transformaciones, bajo los nombres de: *Arcaute, Zaragüeta y Cía.*, Miguel Rivilla, Papelera del Oria y Papelera de Cegama S. A. designación con la que hoy funciona.

La garra poderosa de Arza (*ursus*) además de haber absorbido la posesión y el nombre de «La Esperanza» hasta el punto que a ésta más se le conocía con el título de «*Arzanea*» fundó una nueva fábrica de papel en Alegría de Oria: «La Providencia». Después de este apogeo declina la familia Arza hasta extinguirse completamente pocos años más tarde.

Pero antes con certera previsión habían asegurado la sucesión y marcha normal de su industria asociándose con la señera figura de D. Miguel Ruíz de Arcaute, de clara estirpe alavesa quien dotado de gran actividad y dinamismo imprimió en momentos difíciles un desarrollo progresivo en largos años de afortunada dirección.

A partir de 1860 van creándose, además de las mencionadas, en Tolosa y sus alrededores nuevas papeleras como las de Amaro, Olarrain, Berrobi, Villabona, Hernani, y hasta en el apartado rincón de Legazpia.

En esa época y en ese medio veremos actuar a un extraordinario industrial papelerero: D. Baldomero Olo al que justo es dediquemos capítulo aparte.

1842 es la fecha de la primera fábrica de pa-

pel continuo en Tolosa. Cien años más tarde, el distrito tolosano es el centro papelerero más importante de España. Y Guipúzcoa produce más del 60 % de la producción total española.

* * *

En los despachos de abogados y notarios se han plasmado muchas veces los grandes negocios. Los letrados son en general los que aconsejan a artesanos e industriales la forma de constituir sociedades o comunidades de bienes; la manera de solventar las dificultades legales; el medio de arbitrar los recursos monetarios necesarios y el de proponer fórmulas que han sido la base de prósperas empresas.

El punto de partida de la industria de papel guipuzcoana está en los instrumentos de fe notarial a los que nos venimos refiriendo. Era mucho dinero 64.000 reales para un molinero como Olano en una época de «decadencia progresiva» en frase de Madoz. Pero el famoso escribano J. Antonio de Soroeta le facilitó el pago, le dió ideas... y hasta ¡quién saber si no le animó a que en vez de harina, tan despreciada entonces, fabricase papel. Los impresores y los escribanos eran los principales consumidores de papel. No teniendo a mano los libros impresos en Tolosa por aquellos tiempos, he hojeado los protocolos notariales de los mismos años y me cabe la satisfacción de ha-

ber descubierto mirando al trasluz y en papeles lijeros y consistentes los verjurados y las filigranas de las primeras elaboraciones tolosanas con el escudo y nombre de TOLOSA en mayúscula a doble trazo cual se acostumbra en las marcas de agua.

Bien es acreedor Martín de Olano a que su modesto nombre no caiga en olvido y a que perpetuemos su memoria en forma adecuada.

Recordemos el proverbio árabe: «El mérito pertenece a aquél que comienza, aunque sus sucesores lo hayan hecho mejor».



En el Molino papelerero de Igarondo, fundado por Martín de Olano hacia 1817

IV

ELEMENTO NUTRICIO DE LA PAPELERIA

El agua es uno de los polos de atracción de la industria papelera: agua de los ríos y regatas de curso bastante regular, elemento nutricio de una buena fabricación. Dirijamos pues, una amorosa mirada a la hidrografía guipuzcoana, a nuestras arterias fluviales.

Pocas zonas habrá en el mundo que en tan reducido espacio ofrezcan la densidad de instalaciones papeleras de la cuenca del Oria. Pobres ríos esquilados por la alquimia papelera que convierte su agua en orol. Cien litros de agua hacen falta, según J. L. Olmer para producir un kilo de celulosa.

Señala *«The Story of News Print paper»* refiriéndose al papel prensa que «al depositarse sobre la mesa de fabricación» el flúido blancuzco se compone de $99\frac{1}{2}\%$ de agua. Y define la fabricación de papel: *«putting water into wood and taking it out again»* o sea echar agua a la pasta de madera y volvérsela a quitar.

Parte del agua cae a través de la tela metá-

lica por gravedad, a pesar de la velocidad que lleva. Luego vienen una serie de prensas y cilindros de succión. Entran luego en juego la presión y el calor. Al salir de las mantas prensadoras el incipiente papel contiene tan sólo 70% de agua en vez del 99 $\frac{1}{2}$ del comienzo.

Transportada la hoja a una serie de cilindros calentados por vapor y en número de 40 a 80 no dejan en el papel sino un 8% de agua. El resto lo ha perdido en pocos segundos en un pequeño recorrido.

Tomando todas estas operaciones en conjunto hacen falta según dicha revista 350 toneladas de agua añadidas a la celulosa para cada tonelada de papel fabricado.

* * *

El curso superior y medio del Oria y los afluentes que en él convergen ocultan sus ya mercedadas linfas bajo una capa espumosa de sosa y ligninas... Una amarillenta o blancuzca estela es arrastrada lentamente por la corriente o se estanca coagulada en presas y meandros. De sus riberas, otrora encanto del paisaje, no se ven en los prolongados estiajes sino lechos agostados entrañas fangosas y pétreas que parecen pertenecer a ríos malditos. Menos mal que en los brutos días invernales la naturaleza piadosa les da un aspecto de ríos escandinavos que acarrean copos y bloques de hielo imaginario... y cáustico.

Del Oria podemos decir que se deshidrata, se agosta y envilece para dar vida al papel. Pero también hay que añadir en su elogio que, periódicamente, en una de las impetuosas cuanto saludables crecidas que se le conocen, sacude virilmente sus melenas y en enérgico drenaje barre las inmundicias que los hombres depositamos en su cauce. Y por unas horas, el Oria vuelve a reflejar en sus aguas el ambiente idílico de sus márgenes, y se recrea gozoso en su propia belleza.

Idéntico destino sufren el Urumea —el de las sutiles aguas— según la opinión etimológica de Larramendi; y el torrencial Oyarzun que alimenta una activísima industria papelera. En efecto, en la zona de Hernani hay concentradas cuatro fábricas de papel. Y en Rentería «hinterland» el más próximo al puerto «pastero» de Pasajes, se yerguen majestuosas las dos factorías papeleiras de mayor producción de la Península Ibérica.

Nos queda por citar en esta nómina hidrográfica al Urola, levemente papelerero en sus comienzos, a su paso por Legazpia; y al selvático turbinicio y solitario Leizaran que pierde su virginidad al conjuro de la Celulosa en la fábrica de Azpiri-Ola de Andoain, antes de rendirse al Oria.

Bien les ha designado Jiménez Caballero, literato vanguardista y cronista papelerero con el nombre de «ríos blancos, color de leche intelectuales y químicos». A tan singulares epítetos cabría agregar el no menos sabroso de «ríos cre-

matísticos» puesto que da sustancia a la «pasta que se solidifica sobre la tela metálica de las masas de fabricación y en los asientos de las cuentas corrientes bancarias. Faltaría algo en este capítulo si no hiciéramos una mención siquiera honoraria a título fraterno, de los ríos guipuzcoanos no papeleros: del Deva, fundamentalmente metalúrgico —esencia de la Guipúzcoa clásica— y con una moderna aportación a la industria textil vergaresa. ¡Oh manes de los caballeritos! Y también del Ulzama e Irati, en Navarra; y del Durango, Cadagua, Ibaizábal y Nervión en Vizcaya. Y por fin del Bidasoa, venturosamente libre de máculas fabriles. Río de prestigio internacional y diplomático sin perjuicio de la potencia que desarrolla en kilovatios. Y conservando siempre en sus claras y abundantes aguas, dignas de perfecto pescador de caña de Walton, vivero de truchas y salmones cual ejecutoria de su noble estirpe.

A pesar de todo, cantemos con preferencia a nuestros democráticos ríos fabriles. Cantemos a nuestros papeleros de Guipúzcoa que pierden su caudal para dar vida próspera a sus ribereños. Y después que hayamos dejado la lira, pidamos a los ingenieros papeleros, a los poderes públicos que eviten y reglamenten los escapes abusivos de ingredientes tóxicos que aniquilan nuestros ríos. Así, además de recuperar la mayor parte de la sosa y otros materiales que se des-

perdician, no causarán los mismos el daño lamentable que ocasionan a la salubridad pública al bien común y al Paisaje... merecedor también de protección. Creemos que estos últimos años de aparente y ostentosa intervención estatal ha habido más lenidad que nunca en la defensa del interés general frente al abuso de las conveniencias particulares. Antes, sin tanto presumir de economía dirigida, se sabía poner coto a las demasías y ambiciones de las empresas privadas, por muy poderosas que fuesen. Lo atestigua la querella promovida por el Ayuntamiento y vecinos de Tolosa en torno a la utilización por la fábrica «La Esperanza» de la regata «Kisuaga» que baja de Uzturre y que todos los tolosanos lo consideran como propia. De sus entrañas sale también el manantial de «Iturritxulo» que es aprovechado por la fábrica «La Guadalupe». Aprovechar no debe ser aniquilar.

De la actual próspera situación de la industria papelera cabe exigir que adopte —gastando lo que sea preciso— el procedimiento que elimine radicalmente el abuso señalado.

Según dictamen de los técnicos, tal solución no ofrece dificultades insuperables. Por lo tanto se puede y se debe realizarlo sin dilaciones perniciosas.

Y sobre todo: que llueva! que llueva mucho! Pidámoslo humildemente al Dios de las alturas, a nuestro Jaungoikoa... ¿Qué sería de Igarondo si

se agotase Pototxo?... Es decir: ¿Qué sería de nuestra papelería sin la protección de Neptuno o de Dive o Deva que simboliza la divinización de las aguas fluviales?

V

DICEN LOS CLASICOS...

Desplazando al pergamino, a los becerros y vitelas en los que se han perpetuado el Arte de los miniaturistas y los relatos de cartularios y cronicones medievales, el papel obtuvo pronto carta de naturaleza y empleo universales.

Con el descubrimiento de Guttemberg se crea la industria editorial. Es una verdadera revolución que afecta al consumo del papel. Se multiplican y perfeccionan los molinos de papel en Alemania, Francia e Inglaterra. En cambio en España, decae esta industria, como otras, debido a la expulsión de judíos y moriscos amen de las causas derivadas de la conquista de América. La producción de papel no es bastante a satisfacer las demandas de la Universidad, en la que bulle el fervor humanista del Renacimiento. Libros y más libros! La antigüedad clásica y la moderna ciencia se abren paso por el papel.

Pero escaseó hasta tal extremo que su precio tuvo que ser tasado y ofreció cebo a la especulación, como es de rigor en tales coyunturas.

El escritor ha conocido en todos los tiempos las zozobras de no poder publicar sus obras. De ahí la providencialidad del mecenazgo a cambio de los hiperbólicos elogios que están obligados a prodigar los autores que quieren ver estampados gratuitamente sus engendros intelectuales. Y el tener que dedicarlos a esclarecidos duques o próceres que aflojasen la bolsa. No es así Luis Vives, Cervantes y demás compañeros mártires?... ¡Triste condición la de las Letras! dirá Menéndez y Pelayo.

Casi todos los autores han conocido esa servidumbre y contentos si al fin han podido publicar sus obras aunque sea en el ordinario papel llamado «corazón», fabricado en el molino de Cuenca...

En aquella «calidad de papel ancho, grueso duro y áspero que por eso le llaman papel de libros, que de él los hacen para que duren mucho tiempo». Palabras son estas de Luis Vives. El renombrado humanista valenciano no parece haber hecho mucho aprecio de los papeles de su tierra nativa. Hablando en sus «DIALOGOS» (*Exercitio Linguæ latinæ*) acerca de «la Escritura» recomienda: «no tomeis para el uso de cada día el papel de marca mayor o imperial que se llama hierático, de las cosas sagradas, como veis en los libros de la Iglesia». Añade el doctísimo tradista: Para vosotros buscad papel de escribir cartas que lo traen de Italia, muy bueno, muy del-

gado y firme, o bien del común que traen de Francia, que se encuentra a cada paso y se vende a ocho dineros la mano, poco más o menos, y dan con él una o dos hojas de papel de estraza que llaman carta *emporética* y también *bíbula*.

Al preguntarle un interlocutor la razón de esos nombres responde Vives que: el nombre de carta *emporética* viene del griego y se dice así porque en este papel se envuelven las mercancías; llámanle *bíbula* porque *bebe* la tinta, así que con él no es menester ni salvado, ni arenilla, ni polvo raído de la pared.

«Pero lo mejor es que las letras se sequen ellas mismas, porque de este modo duran más. Con todo esto el papel de estraza aprovechará para que lo pongáis bajo la mano y no se manche la blancura del papel con el sudor y con la suciedad».

Esos preceptos didácticos dejó escritos en sus «Ejercicios» el que fué famoso profesor en Brujas y junto a Budeo y Erasmo una de las figuras europeas más grandes de la época, y dicho sea de paso, amigo del eximio tolosano D. Alonso de Idiáquez a quien dedicó su libro «De conscribandis Epistolis», y con el que se complacía en conversar en sus visitas a Bruselas.

* * *

Tal importancia adquirió el papel, que el agudísimo ingenio del gran Quevedo le dedicó

en son de sátira el romance que transcribo del trabajo de D. Miguel Herrero, director del Instituto del Libro publicado en la revista Játiva, a la que tan ámpliamente cito.

Una incrédula de años
de las que niegan el fué
buscaba en los muladares
los abuelos del papel...
Lo que ayer era estropajo
hoy pliego, manda dos mundos
y está amenazando a tres.
Está vestida de tinta
Muy prepotente una ley
Quitando, hacienda y vida
y arremetiendo a Rey.
Todo puedes ser
O provisión o decreto
o letra de Genovés.

* * *

Unos años más tarde, en 1693 publicaba el jesuita francés P. Imberdis un poema latino en elogio del arte de fabricar el papel que era la fama y fortuna de su patria, Ambert, en Auvernia. ¿Es que —preguntaba el P. Imberdis— el producto que reclaman los poetas para escribir sus rimas no es digno de ser cantado en versos?
No tuvo en cuenta aquella recomendación de Horacio:

«Difficile est propria communia dicere».

Colocados al margen de los clásicos, ¿cómo olvidar al ilustre Azorín quien también en la mentada revista dirige su atención al papel describiendo la figura más simbólica que verídica de D. Juan Otegui, su amigo y culto industrial papelerero, propietario de la fábrica la Tolosana?...

Modalidades características del autor de «Los Pueblos» son su espíritu de amplia comprensión; su bondadosa tendencia a descubrir y describir el aspecto bello y amable de las cosas. Junto a ésto una claridad y sencillez de estilo, inseparables cual fondo y forma y cabalgando siempre sobre una erudición sólida e inagotable.

El escritor se complace con su habitual maestría en perfilar, en suaves contornos, los gustos, los hábitos, las intimidades domésticas de su amigo D. Juan el Papelero. Su fábrica ¿la Tolosana? la sitúa Azorín vagamente a la orilla de un río, entre prados y manzanales. ¿Nada más? No nos dice si en el estanque hay blancos cisnes. ¿Por qué no tomar por tales a los coágulos de sosa que flotan en su superficie? Sería muy propio del autor de la «Ruta de D. Quijote».

Contiguo a la fábrica hay un extenso parque y en el borde está la amplia casa patronal «Ola-jaundegui» en la que los «Otegui», además de todo el confort material apetecible han reunido nutridísima biblioteca, raros y bellos libros, valiosos cuadros, ediciones e instrumentos musicales,

muestra del espíritu cultivado y de las aficiones artísticas de la familia.

D. Juan alterna la dirección de la fábrica y la práctica de sus hábitos intelectuales y artísticos con frecuentes visitas a la Capital, en donde rinde culto al Arte, a la Amistad... y como buen guipuzcoano, a la buena mesa, sentándose a comer con sus amigos en casa de Joxepa, Nicola-sa... o del restaurant de moda... Suponemos que es aquí donde conoció al insigne Azorín.

Es de lamentar que el delicado escritor no se haya familiarizado con las peculiaridades de la industria papelera vasca, que, a no dudar le hubiesen inspirado páginas de hondo lirismo e insuperable belleza como las que nos ha legado en sus descripciones de almazaras, tanerías, telares y toda la gama de obrages que ha descubierto en sus correrías por otras tierras peninsulares. La falta de tiempo le ha impedido estudiar con detenimiento la papelería. De las pocas particularidades que ha observado en Tolosa es la de «estar en una hondonada a orillas del Oria y en la que los crepúsculos son tardos». Es verdad: pero si viera Azorín qué panorama se contempla en el «lubrican» ¿se llama así, maestro? desde la cumbre tolosana de Uzturre quedaría maravillado. Desde allí se contemplan a vista de pájaro, una, dos, tres, cuatro, cinco, seis... qué se yo cuántas fábricas papeleras más. No habrá lugar en el mundo en que se vean tantas con sólo mover

la cabeza... Y si el diablillo Asmodeo espolease su imaginación, qué de cosas no descubriera en ellas.

Ya se ha anticipado él a pedirnos humildemente perdón por el descuido. Bien sabe Dios que se lo otorgamos generosamente por la simpatía que siempre ha mostrado a nuestro país; a Vasconia, esa bella nación de España que Azorín describe como «un cielo gris y bajo entre dos alcores y unas tablas gruesas y relucientes en el piso de la estancia... donde os sirven sonriendo una succulenta comida». Merece nuestra gratitud quien condensó su pensamiento sobre nuestro pueblo en estas palabras: «Vasconia, Vasconia, cuántas horas de sosiego espiritual te debe nuestra vida».

De haber ahondado un poco en la vida papelera hubiese descubierto que en el ambiente húmedo, fuertemente saturado de cloruros, hidratos, sulfatos y silicatos de las fábricas de papel no todo ha sido serenidad y placidez, cual las que irradian del rostro algo congestionado de Don Juan el Papelero. Si él y otros colegas han llegado a la prosperidad y aun a la opulencia ha sido a costa de ímprobos esfuerzos, trabajos y hasta fracasos suyos o de sus antecesores.

Dejemos pues a Don Juan con sus patillas, sus dorados lentes y su aire satisfecho y dirijamos nuestra mirada al derrotado Don Baldomero, de torvo perfil y arruado ceño.

VI

CRISIS

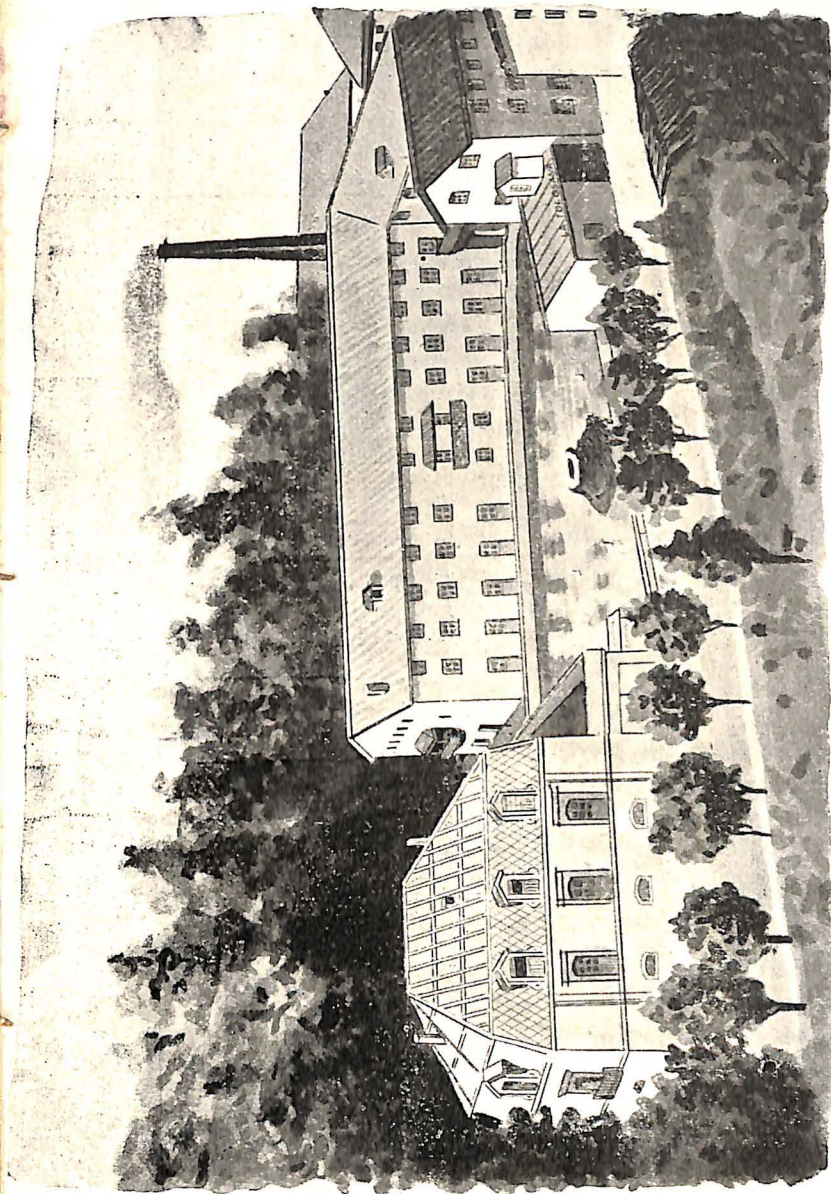
Años de brega y de agobio económico; días interminables de lucha y de prueba fueron para la industria papelera los de fines del pasado siglo y comienzos del presente. Aun se recuerdan las suspensiones de pagos, quiebras y ruinas que se produjeron. Conseguir el arraigo de una industria es un empeño harto difícil. Dentro del régimen librecambista, sobre todo, las ventajas adquiridas por la competencia pueden tanto que para luchar contra ellas es menester una tenacidad y energía a prueba de fracasos. Y si la protección oficial o las circunstancias favorables, como bloqueos, guerras, no vienen en ayuda, se perece bajo el peso de la superioridad y perfeccionamiento de la organización industrial de los países más adelantados que dominan los mercados.

Desaparecidas las ferrerías y la real fábrica de Armas, que funcionó en Tolosa desde el año 1.630 hasta fines del siglo XVIII sufría la villa a principios del siglo pasado de una honda depresión económica.

La decadencia general del reinado de Carlos IV y de su favorito Godoy repercutió sobre la vida local. Los años comprendidos entre fines del siglo XVIII y la caída de Napoleón, años de guerras e invasiones, terminaron de arruinar la hacienda de la villa. El Ayuntamiento se ve obligado a enajenar parte de su patrimonio a fin de arbitrar recursos y así pasan a manos de particulares, montes comunales, caseríos, molinos y otros pertenecidos municipales. Hemos explicado antes que el molino de Igarondo lo remató en pública subasta Martín de Olano. Ese hecho casual determinó la creación de la industria papelera tolosana... Mucho tiempo había de transcurrir antes de que saliese de su incipencia.

Las guerras carlistas vienen a sumir en el marasmo a toda la vida económica del País.

Se estableció en 1.845 una fábrica de paños, «La Guipuzcoana» fundada por Mr. Lesperut de Bayona. Montada con todos los adelantos de la época y al parecer provista de medios financieros necesarios, fracasó al cabo de pocos años. Otra fábrica de mantas señala Gorosábel en Etxetxo —barrio de Santa Lucía— de la que todavía quedan algunas huellas. Existieron también hasta los días de nuestra niñez, algún que otro artesano tejedor («eulea») y marraguero («kapairña») cuyos talleres hemos conocido. Hacia mediados del siglo pasado inició D. Antonio Elósegui Lizargárate la fabricación de boinas en Tolosa,



«La Tolosana» en tiempos de Ollo (1884)

fundando la fábrica «La Casualidad», que tan justa celebridad ha alcanzado.

Hubo intentos de montar fábrica de puntas de París en Guadalupe que no tuvieron éxito.

La comarca tolosana estaba especialmente predestinada para el papel. Ya hemos dicho antes que, apenas terminada la primera guerra carlista, por los años 1.842-1.843, se pusieron en marcha dos fábricas de papel continuo «La Esperanza» en Tolosa y «Echezarreta» en Irura.

Veinte años más tarde la segunda carlistada 1.872-1.876 viene a turbar de nuevo el desarrollo normal de la vida industrial.

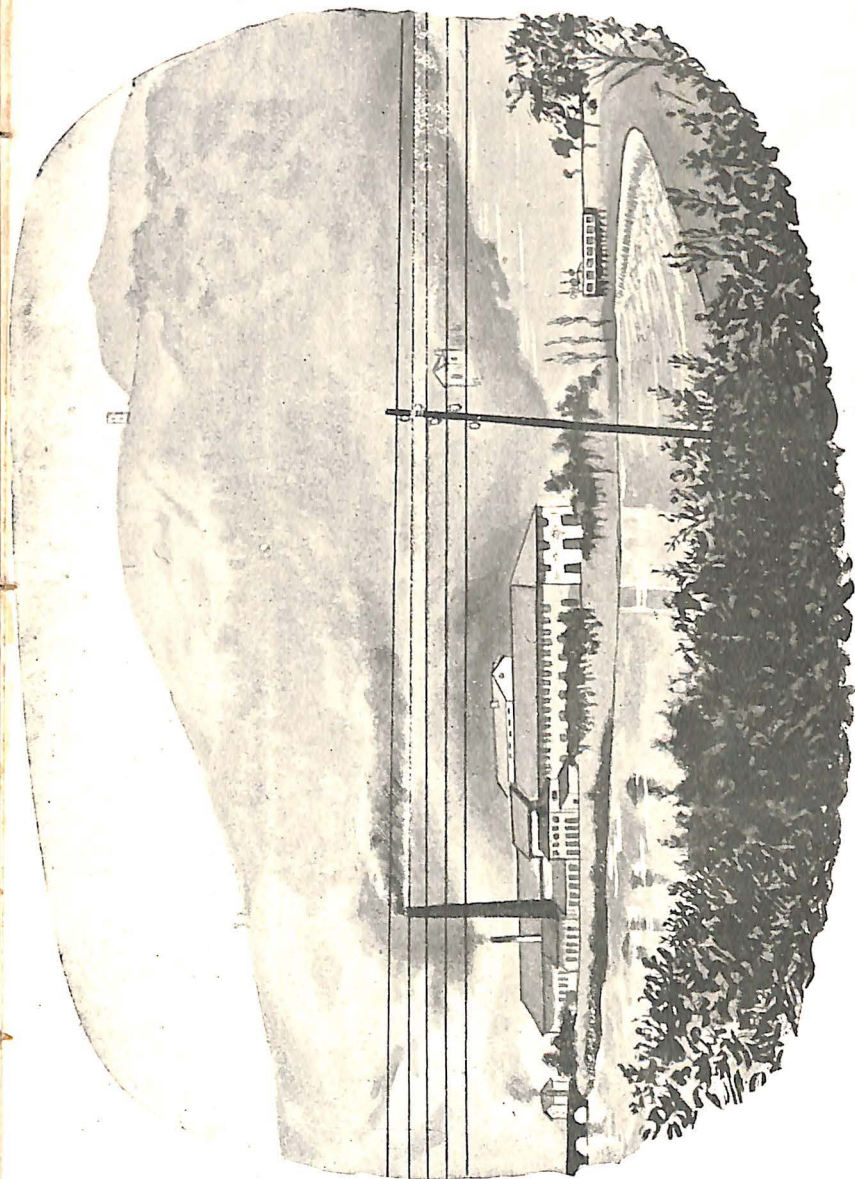
Por fin, la restauración de la monarquía constitucional y el período de paz que la acompaña fomentan el restablecimiento y la actividad de los negocios. Surgen nuevas papeleras en las viejas «olas» ferrerías y establecimientos en los que las posibilidades de otras industrias habían caducado. Aquí entra en escena el hombre extraordinario que dió empuje brioso a la industria papelera: D. Baldomero Ollo, navarro, oriundo de Estella, afincó en Tolosa como otros varios después de la 1.ª guerra civil, y se impuso por su espíritu emprendedor y visión de las necesidades del momento, fundando el año 1862 «La Tolosana».

Afecto a las ideas liberales, encontró apoyo en las esferas gubernamentales, ayudas financieras que le permitieron desarrollar sus iniciativas. El esfuerzo de organización que tuvo que realizar

fué inmenso: construir edificios, carreteras, adquirir maquinaria del extranjero, vencer la apatía del ambiente y despejar los obstáculos existentes. No sé exactamente cómo se las arregló. Lo cierto es que pocos años más tarde controlaba y dirigía tres nuevas fábricas de papel: «La Guipuzcoana» (antigua fábrica de paños); «La Tolosana» o sea el primitivo molino de Igarondo y «La Guadalupe» que había sido fábrica de puntas. La labor de Ollo puede compararse a la de los magnates de la industria americana. Entonces creció y adquirió su ósamenta fundamental la papelería tolosana. Lo posterior no ha sido sino consolidación consecutiva de la estructura existente. D. Baldomero Ollo conoció años de auge y prosperidad. Realmente llevó a efecto una obra de gran envergadura: el tendido de un nuevo puente de 55 metros sobre el río Oria; la apertura de una carretera que unía la general a la de Pamplona por Betelu. Y constituyó sobre todo el orgullo de los tolosanos la chimenea de 50 metros. ¡Más alta que la torre de Santa María!

Una red telefónica de 4 kgs. de extensión permitía al prohombre papelero instalado en su escritorio de «La Tolosana», transmitir órdenes a sus factorías que producían cerca de diez toneladas diarias de papel.

Si obstinado en el trabajo, también le gustó divertirse, siendo muy aficionado a los toros y a montar a caballo en unión de sus hijas. Las seño-



«La Guadalupe» en la misma época

(Tovar)

ritas de Olló, como recuerdan las pocas personas que quedan de aquella época, fueron las animadoras de la lánguida vida social tolosana en la post-guerra carlista.

D. Baldomero fué popular por su natural generoso, al decir de sus contemporáneos, y a la vez tuvo el halago y aplauso de los de arriba.

No nos ha de extrañar pues, que su principal fábrica, «La Guipuzcoana» fuese visitada en 11 de Agosto de 1884 por S. M. Alfonso XII y séquito que se dirigían al Balneario de Betelu.

Copiamos de la «Ilustración Hispano-Americana» algunos párrafos de la extensa información que dedicó al acontecimiento, crónica que vino ilustrada con los artísticos grabados que reproducimos también, debidos al dibujante Sr. Camba. El artículo se titula:

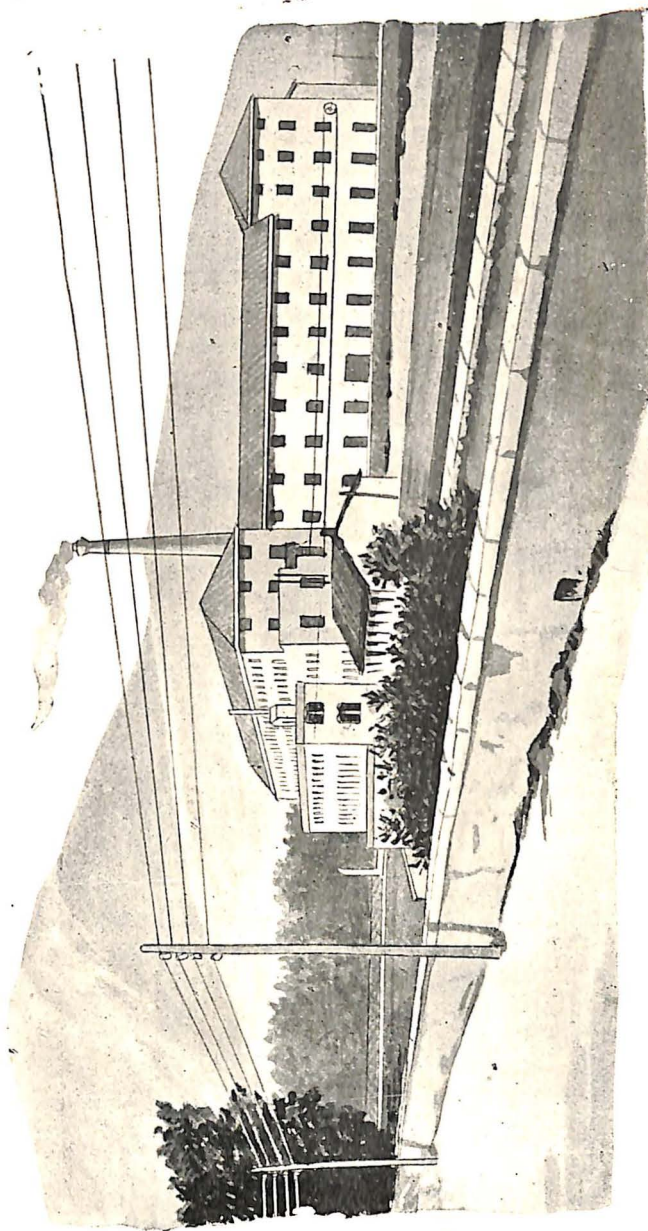
«La fabricación del papel en Tolosa»

y dice así:

«Este día se dignó S. M. el Rey visitar las importantes fábricas de papel de D. Baldomero Olló en Tolosa. Tres son las fábricas que bajo la inteligente dirección del activo industrial Olló, funcionan sin descanso para surtir de papel a una considerable parte de la prensa española. La Guipuzcoana, La Tolosana, La Guadalupe. «La Guipuzcoana» montada en el local donde existió la afamada fábrica de paños de Tolosa. A pesar de las vastas dimensiones que aquél tenía, el Sr. Olló ha ejecutado obras de

consideración, agrandándole en más de un tercio para dar con toda comodidad desahogo y luz a las potentes máquinas que ha importado de las mejores casas constructoras del extranjero. Una fuerza permanente de 180 caballos por medio de tres turbinas, impulsada una por el río Oria y dos por el Araxes que se precipita dentro de la fábrica desde una altura de nueve metros».

Describe luego el cronista «el estanque de aguas claras, el ingenioso sistema de filtros inventado por D. Tomás Berasaluce, jefe mecánico de la fábrica» y cita los nombres de las casas: «Van der Kerchove de Gante, constructora de la máquina de vapor; Bertram y Lon de Edimburgo de la Calandra; y Drescher de Chemnitz instaladora del alumbrado de gas, etc., etc.» S. M. el Rey acompañado del Excmo. Duque de Sexto visitó detenidamente las fábricas y presencié con visible interés las diferentes operaciones que requiere la elaboración del papel quedando agradablemente sorprendido de la regularidad y admirable orden en que todas ellas se ejecutan, a la vez que de la grandiosidad de los edificios y del magnífico material de que están dotados. No escaseó el ilustrado monarca sus elogios ante aquella importante manifestación del progreso que alcanza la industria nacional, ni su satisfacción por que se le hubiera recibido sin aparato previamente preparado lo que le permitió con-



La fábrica Illarramendi (Yurreamendi) de La Papelera Española en Tolosa vista por el lápiz de Tovar en 1884 cuando se llamaba «La Guipuzcoana» y era propiedad de D. Baldomero de Ollo

templar a su sabor el espectáculo de un centro industrial en la fiebre de la actividad cotidiana».

Tuvo corta duración el auge de Olló y de sus empresas. Apenas disipado el eco de las visitas regias, de los elogios y de la admiración de las gentes, bruscamente sobrevino el desastre. La fortuna le volvió la espalda.

Los asuntos públicos se torcieron de nuevo y el negocio papelerero ofrecía malas perspectivas. La excesiva competencia y producción dada la estrechez del mercado interior; la pérdida del mercado ultramarino en complicidad con las guerras coloniales; la penuria crediticia y otras dificultades que nunca vienen solas minaron la estabilidad de las empresas papeleras no muy sólidas todavía. Olló comprometido en un empeño superior a sus previsiones no pudo capear el temporal y sucumbió luchando a brazo partido. Junto a él naufragó también otra figura de gran relieve: Don Francisco Sarasola, asteasuarra que labró su fortuna en América y gozaba de gran crédito como banquero y financiero establecido en Tolosa. Metido a papelerero en la fábrica de Olarráin perdió su fortuna y la de muchos amigos y familias que le confiaron sus ahorros. Fué un «krack» que hizo época y afectó a muchos particulares y sociedades que quedaron maltrechos. Otras varias estuvieron a punto de derrumbarse pues la conmoción fué general. D. Baldomero Olló cayó, pero no para siempre, puesto que dejó descendencia

directa que se transmite en los actuales propietarios de la fábrica «La Guadalupe», Sres. San Gil-Ollo, biznietos del fundador de la dinastía papelera. D. Vicente San Gil se hizo cargo de dicha fábrica el año 1895.

Aplacada la crisis de 1894 y vueltas las aguas a su cauce nacieron a la vida mercantil nuevas razones sociales que dirigidas por hombres resueltos y clarividentes reanudaron el trabajo de las fábricas y han asegurado la continuidad de la industria papelera tolosana. La primitiva de «Igarondo» hoy «La Tolosana» pasó en 1897 a manos de la Sociedad: Limousin, Aramburu y Raguán que desde entonces la regenta con ritmo seguro y acrecentado prestigio.

Otra nueva crisis de crecimiento sufrió la pelería en el primer cuarto de la presente centuria. Se cierran algunas fábricas como la de Bazkardo (Andoain) «La Providencia» de Alegría; La Soledad de Aduna... etc., y otras están seriamente amenazadas. Pero tampoco faltaban arrestos para nuevas fundaciones como la de los Sres. Portu Hermanos y Cía. en Villabona-Cizúrquil que se sostuvo gracias, en especial, al tesón e inteligente iniciativa de D. Benito Portu Arrizabalaga malogrado, prematuramente, cuando tanto se podía esperar de su talento de «self made man». La guerra 1914-1918 salvó la situación precaria de la industria papelera que a partir de tan señalada fecha medra y se robustece. La fundación del

Cartel de Fabricantes de Papel en 1.919 marca un rumbo definido hacia un océano de bonanza. Tan afortunado ha sido el derrotero seguido y tanta la milagrosa pesca que se han creado sin cesar nuevas fábricas algunas en condiciones tan antieconómicas que es problemático puedan afrontar la lucha de la competencia y el reajuste de precios en el mercado que tarde o temprano han de llegar.

No faltarán nuevas crisis económicas en lo porvenir. Y no será la menos peligrosa la evolución del sistema capitalista que tanto en la industria papelera como en las demás camina hacia un régimen socializante y comunitario dentro de una planificación económica todavía en agraz.

Superado el período crítico de la adolescencia, el de las enfermedades infantiles, y habiendo llegado la industria papelera en nuestro país a su madurez, dotada de un organismo robusto y bien equilibrado, pueden pronosticársele largos lustros de vida cualesquiera que sean las contingencias que los tiempos venideros le deparen.

VII

RECUERDOS JUVENILES

Siempre es grato rememorar los días felices de nuestra mocedad. Aquellas largas vacaciones estivales en que nos solazábamos bajo las frondas del Prado grande —Zumardi aundi— de Igarondo. Era el lugar predilecto de concentración. De allí, muchos días remontábamos el camino a lo largo del río yendo a jugar a pelota a la plaza de Ibarra; o si disponíamos de bicicleta continuábamos adelante, pedaleando jadeantes por la línea paralela que forman carretera y regata... hasta lanzarnos al chapuzón en alguno de los muchos remansos que al paso nos ofrecían el refrigerio de sus limpias aguas.

Casi todos los de nuestra generación nos iniciamos en la natación en el río Elduayen, con preferencia al Oria, en el que los «tragos» de sustancia papelera nos resultaban poco apetitosos. Tanto los chicos como las truchas emigramos a otras calas.

Con frecuencia llegábamos en nuestras excursiones hasta Berrobi y Eldua, al pie del puerto

de Berástegui. La verdad: poco caso hacíamos de las fábricas ni de la vida precaria que entonces arrastraban (1.910-14).

Alguna vez recuerdo haber entrado furtivamente en la primitiva fábrica de Uranga, única que mantuvo la fabricación a mano o semi-manual, hasta época muy reciente. Hasta tal punto que a su dueño llamado D. Cipriano... un chusco amigo tolosano le saludaba en son de guasa con la aleluya:

Ai Cipriano, Cipriano,
No hagas papel a mano...

En cambio los alumnos de Dibujo apreciaban el papel de Barba de Berrobi que se dejaba borrar sin estropearse a fuerza de migas de pan. Eso que lo hacíamos con tanta furia que no dejábamos rastro de nuestros garabatos ni de la misma filigrana del papel. Aquellas hojas que veíamos colgadas de las cuerdas del rústico secadero a través de las ventanas. Hoy la Sociedad Uranga se ha remozado convirtiéndose en papelera continua.

En aquel entonces hacíamos correrías por las fábricas y talleres de todo el contorno en que sus encargados, directores o gerentes eran padres o tíos de alguno de nuestra cuadrilla. Imagen inolvidable de aquellos días, por la paciencia con que nos soportaba y su simpatía hacia la juventud, perdura en nosotros la de D. Patxi Tuduri, con su barba marinera.

Fué fundador con D. Canuto Soto y D. Andrés Echeverría de la hoy potente Papelera Arzabalza S. A. Algunas aventuras corrimos en su vecino monte y a lo largo de su caudaloso y «chalopable» canal. Nos importaban un comino los detalles de fabricación y la situación de la Industria. La cosa era nadar, en canales y depósitos; andar en las salas de máquinas o de manipulación jugando o haciendo travesuras. El olor del «caldo» de la pasta papelera nos era tan familiar como el del puchero de nuestras casas. No teníamos aún preocupaciones utilitarias. A lo sumo los más precoces comenzaban a sentirse atraídos por las «fabricantas» como se llamaba entonces a las muchachas que trabajaban en las fábricas. Muchas de las cuales seguirán todavía dedicando la presteza de sus manos a las hojas de papel. No será excesiva galantería que a todas ellas y al trabajo femenino papelero dediquemos este platónico cuan lejano homenaje. No lo han menester las fabricantas de hoy, y quiero suponer que menos aún las del «mañana» pues ya felizmente convertidas en «señoritas papeleras» han mejorado de condición social. Hasta cobran dividiendo y van al trabajo en bicicleta, ataviadas con elegancia. Dejemos a los jóvenes de hoy el placer de admirarlas. Los que nacimos el pasado siglo debemos contentarnos con evocar gratos recuerdos hermoeados por la lejanía.

VIII

BEOTIBAR

El más típico rincón papelerero es el de la regata Elduayen o Berástegui que desemboca en el Oria en Urbietta-Tolosa tocando a Igarondo. Esta es la cuna de la papelería guipuzcoana; y la encañada más que valle de Beotibar, por la que se ha abierto paso el curso del Elduayen es la cuenca papelera por excelencia. Subiendo por la carretera de Tolosa a Berástegui, cada dos o tres kilómetros río arriba tropezamos con un conjunto de largos edificios, tejabanas y cobertizos coronados de humeante chimenea. Y todo rodeado de tubos que bajan de la montaña; de depósitos de agua, canales y acueductos; de presas y desagües en cola de caballo... cuando el líquido elemento sobra. Esto es Beotibar hoy ¡Cuán lejos estamos de 1.231! Quién se lo había de decir al Bachiller Zaldibia, autor de la «Suma de las cosas Cantábricas y guipuzcoanas» y cantor de la gesta de nuestros antepasados en aquellos turbulentos años del medievo.

Dice el historiador que entonces «tenían estas

provincias muchos valles muy deleitosos, regados de ríos perenales. Los montes abundaban de fuentes ubérrimas».

Por los angostos caminos que siguieron las huestes invasoras bajando de Berástegui, circulan hoy los camiones cargados de pastas, carbón, esparto o fardos de género fabricado. Y por la vía que remontaron los guipuzcoanos desde Tolosa hasta chocar con el enemigo en Beotibar, en el trayecto inferior a diez kilómetros, se alinean para la pacífica contienda del trabajo, no menos de seis fábricas papeleras: Arrozi, (Berástegui), EL DUA, URANGA, (Berrobi), EL DUAYEN o BEOTIBAR, BELAUNTZAKO-OLA-(San José) y LA TOLOSANA o PAPER-OLA, antiguo molino del Igarondo precursor.

Al vizconde Anai, gobernador, a los Martín de Aybar, merino de las montañas, y al vencedor de la jornada, Gil López de Oñaz con su valerosa compañía guipuzcoana han sucedido los capitanes de industria de hoy cuyos nombres no menciono para que no se tome a adulación. Muchos de ellos remontando su vuelo a más amplios horizontes han establecido pujantes factorías en tierras del Cid, en la cuenca mediterránea y hasta en ultramar.

Si un día enrojecieron las aguas de Beotibar con la sangre derramada en la pelea, hoy vienen manchadas de blanquecina espuma papelera.

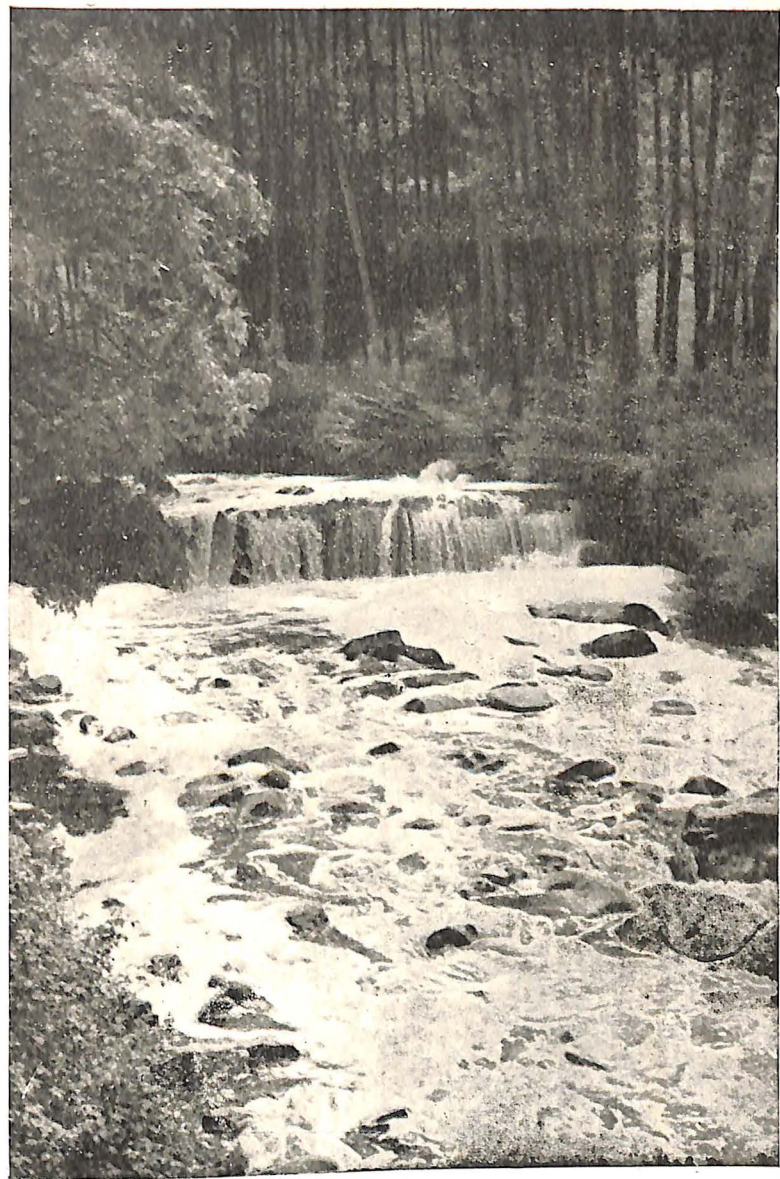
No menos que los triunfos guerreros debie-

ran celebrarse las victorias industriales logradas en la dura lucha cotidiana. Beotibar es un pequeño valle papelero pero tal vez, proporcionalmente, el de mayor densidad papelera del mundo.

Que sigan, pues, saltando los «bordondantzaris» en la fiesta de San Juan; y que el júbilo popular se exteriorice como en el zortziko cuyo estribillo inicial que sirve para todas las edades y situaciones, dice:

«Milla urte igarota,
Urak bere bidean»...

En efecto: las aguas y la vida, a modo de reflejo, siguen su curso. Beotibar que etimológicamente y con alguna variante de matiz significa Beko-ibar o valle de abajo se ha convertido hoy en sitio altísimo: en Paper-ibar o valle del Papel. ¡Paper-ibar! ¡Esta sí que es hacienda!



Espuma papelera en Beotibar

(Foto R. Calparsoro)

IX

ARAXES

Atisbando otros aspectos risueños y pintorescos de la vida papelera tolosana, los encontramos en la cuenca del río Araxes que baja por las vertientes de las Malloas del Aralar y del valle navarro de Araiz, penetra en Guipúzcoa por la foz de Illarrazu y atravesando el pueblo de Lizarza y la parte baja de Leaburu une sus aguas al Oria en el solar de Yurreamendi (Illarramendi).

No lejos de su desembocadura, el Araxes da vida a dos barrios netamente papeleros: «Amaroz» y «Txarama» que bien merecen figurar en esta crónica.

Pero antes no podemos dejar de mencionar las evocadoras ruinas del antiguo palacio de Yurreamendi en la colina donde hoy se alzan los amplios edificios de la Santa Casa de Beneficencia y Hospital de Tolosa; y recordar la antigua ermita de San Migueltxo, los extensos maizales de la vega de Usabal en que tantas veces gustamos el picante sabor de los primeros cigarrillos

de «arto-bizarra», que no era tabaco de Virginia precisamente.

Ni olvidamos el puente, presa y aledaños de Irunzubi en los que abundaban las piscinas para nuestros balbuceos natatorios.

Amaroz, antigua ferrería y Txarama, fábrica de machetes, dependiente de la real armería tolosana, forman hoy dos aglomeraciones a modo de colonias papeleras, casi feudos, en los que unas cuantas familias suministran exclusivamente, la mano de obra necesaria a «su fábrica» y en ella disfrutan de un régimen patriarcal.

A los jóvenes patrones de hoy les han conocido los viejos operarios desde chicos: fueron amigos de sus padres o abuelos, y trabajaron a sus órdenes. Si el veterano es el patrono, el amo, es seguro que ha visto entrar de aprendices a sus actuales obreros y contra maestres, que continúan en los puestos de trabajo dejados libres por sus progenitores.

En Amaroz, especialmente, en los tiempos de los Sesé (de feliz recordación), «La Primitiva» se respiraba un espíritu familiar. Imperaba en el barrio cierto protector paternalismo. Los jóvenes «amaroztarrak», siempre en grupo compacto, eran conocidos en Tolosa por sus incursiones y hazañas no siempre pacíficas.

Ultimamente se han distinguido como campeones locales del remo o ases del foot-ball o del ciclismo.

En cambio la gente madura de barrio, las mujeres y los viejos siguen jugando tranquilamente al mus, a la puerta de sus casas, por todo solaz dominical. La Papelera de Amaroz fué establecida en terrenos pertenecientes al caserío Sasoeta (Barrio de San Blas o Yurre) y es la primera que en 1868 comenzó a producir el papel de paja en España.

* * *

El renombre de Txarama, de características diferentes a la de Amaroz ha traspasado los límites locales y el ámbito de la industria papelera, adquiriendo una reputación mundana y cortesana que se extiende no sólo en Guipúzcoa y en España sino de alcance internacional.

La hospitalidad y esplendidez proverbial de los señores de Txarama, su acusado deportivismo, hicieron de la dinastía de los Irazusta-Vignau verdaderos mecenas vascos, amparadores de toda noble iniciativa y a los que nunca se recurría en vano. Muchas innovaciones e inventos de la técnica moderna se adaptaron en Txarama antes que en parte alguna.

Sus importantes embalses y acueducto fueron una de las primeras obras construídas en España de hormigón armado. Tiene éste 70 metros de largo y una capacidad de 1500 litros por segundo. Los primeros automóviles que se conocieron en

Guipúzcoa los guiaron los de Txarama. Viajeros infatigables y de abierto espíritu, recorrieron media Europa; y recibían a su vez con frecuencia la visita de sus numerosos amigos de todas las latitudes. Acudían sobre todo a las competiciones automovilísticas internacionales y a los primeros «meetings» de aviación.

El «Ski Club-tolosano» fué una iniciativa suya aprovechando la participación de la colonia noruega de Tolosa.

Sabiendo divertirse se esforzaron en mejorar la calidad de sus fabricados; los papeles «sedas» «cebolla» de fumar, higiénicos-Abacá y otras especialidades han asegurado a Txarama una situación muy firme en el mercado. Durante mucho tiempo estuvo vinculada a la reputada casa de Manipulación de papel «Duras» establecida en Urbieta.

Todavía conserva en este lugar, la antigua casa, hoy restaurada en que se alojaron Napoleón y su hermano el Rey José.

De esta suerte, «La Papelera del Araxes» llamada originariamente LA CONFIANZA ha respondido plenamente en los tiempos más difíciles a la seguridad que su nombre proclama.

No es mucho pecado para un escritor carente de otros medios informativos el aventurar afirmaciones a cargo de su imaginación con carácter conjetural.

No de otra manera el P. Henao y en sus

«Antigüedades de Cantabria» divulgó la fantástica especie, luego repetida por otros historiadores, de que el nombre de Araxes procede de Armenia, allá a orillas del Caspio en donde existe otro río de igual designación.

No había que ir tan lejos para dar con la etimología de Araxes. El elemento «ara» tan abundante en nuestra toponimia es el que principalmente entra en la composición de las voces: Aralar, Arakil, Aranaz y de la más cercana Araiz de la probablemente se deriva Araxes.

Pero en fin, sea ello lo que fuere, tampoco me desagrada ese pretendido origen armenio de nuestro río.

Así resultaría que el papel del Araxes es «papel de Armenia» la noble hoja de exquisito sahumero que trae a las nieblas de Aralar auras orientales.

Dejándonos de fantasías conformémonos con la grata realidad de que la «Papelera del Araxes» fundada en 1856 por D. Blas de Irazusta oriundo de Lizarza, en el antiguo martinete de Charama'ko va a alcanzar pronto y en forma espléndida su primer centenario, y dispuesta siempre a superar los «records» que ya la han hecho famosa.

X

FENOMENOS SOCIALES

Siguiendo el curso de las vicisitudes de nuestra adolescencia me vienen a la mente nombres, detalles, impresiones y hasta tengo presentes todavía la fisonomía de muchos obreros, encargados, maquinistas y demás, personal anónimo que trabajaba en aquella época en las papeleras.

Se me presentan en primer lugar las figuras más modestas: la del oscuro obrero de «relevo», al que, con su capazo bajo el brazo le veíamos ir y volver de su larga jornada de trabajo; y la de las pobres mujeres llamadas «traperas» que clasificaban los trapos viejos y tenían que trabajar constantemente entre polvo y parásitos.

El largo silbido de «Illarramendi» o la sirena o campana de cualquiera otra fábrica iniciaba el desfile de los galeotes papeleros.

Eran los más humildes de los asalariados en los tiempos de bronce de la jornada de doce horas. Esto despertó en mi subconciencia una profunda simpatía hacia aquellos desheredados, resonancia sentimental que siempre ha hallado eco en mí desde entonces.

Se habla de luchas, de clases sociales, sin reparar que las más afines son, casi siempre, las que más se menosprecian. Así los trabajadores «diurnos» consideraban con cierto desdén a los del «relevo de noche», sin los cuales, sin embargo, no se podía asegurar la marcha ininterrumpida de la fabricación de papel. ¡Papel continuo! Altivo nombre de las bobinas que se enrollan sin cesar. ¡Perpetuum mobilæ!

Conquista que con el desvelo y las vigiliass de muchos desgraciados ha labrado la riqueza y opulencia de los afortunados. ¡Injusticia social! clamarán muchos; precio que paga la humanidad por el progreso, dirán los economistas. Muy propio de la economía liberal en la que se vivía entonces era el no parar las máquinas ni domingos ni otros días festivos a pesar del acusado catolicismo de ciertos patronos. Esa latitud moral no dejaba de originar algún que otro conflicto con la autoridad eclesiástica y hasta con la guardia civil que muy tímidamente se acercaba a la puerta de las fábricas a vigilar el «incumplimiento» del descanso dominical. ¡Cómo han cambiado los tiempos!

Al establecerse la jornada de ocho horas y crearse los tres turnos de trabajo la situación se transformó totalmente.

La disminución de las horas de labor, la distribución de la jornada en forma que permite al obrero descansar después de su trabajo y dedi-

car parte de sus ocios a oficios subsidiarios o a ocupaciones domésticas, mejoró de un golpe la condición del «relevo» que pasó a ser solicitado como cualquier otro trabajo de día por indígenas y extraños. Esto unido a los aumentos de salario, implantación de seguros, subsidios, retiros y otras muchas mejoras, hace que el nivel de vida del personal papelerero se haya elevado y dignificado considerablemente. Desde luego se ha adecentado y limitado el penoso trabajo de las traperas. El trapo que fué en otros tiempos la casi única primera materia en la fabricación del papel ha visto reducido su empleo a la especialidad de los papeles finos.

La pasta mecánica, pulpa de madera, que empezó a usarse hacia el año 1853, el bisulfito o pasta química en 1878, el esparto, la paja y otros sucedáneos que cada vez se emplean en mayor escala han transformado la vieja alquimia del papel de trapo.

La necesidad estimulante enérgico del progreso ha determinado la higienización, primero y el aumento extraordinario de producción de la papelería.

Y, felizmente, el espectáculo de las pobres traperas, envueltas de pies a cabeza en harapos polvorientos ha desaparecido.

No escaseaban entre la masa trabajadora, los motivos de descontento, el ansia de mejora, el hambre y sed de justicia social, pero aun las campañas de reivindicación obreras, dirigidas por el socialismo en el primer cuarto de siglo no fueron tan enconadas como en otros medios. Una tristísima excepción fué el asesinato del ingeniero paplero el bondadoso D. José Madinabeitia víctima de la vesanía de un forajido.

El elemento obrero del país, sobre todo el rural o semi-rural, fué por nativa idiosincrasia, reacio a la sindicación. Luego, cuando la mudanza de los tiempos les obligó a asociarse, ha engrosado, en general; las organizaciones obreras de tipo confesional y solidario, enemigas de agitaciones innecesarias.

Con todo, es triste reconocer que es por la coacción y amenaza a la violencia como el proletariado ha ido arrancando la mayoría de sus legítimas aspiraciones.

La primera huelga que recordamos tuvo lugar el 2 de Septiembre de 1912 y quedó resuelta el mismo día. De modo que fué una huelga relámpago. Una tormenta de verano. El conflicto se originó entre La Papelera Española y sus operarios de la sección de «couché» por querer sostener la empresa el sistema de destajo. El paro fué secundado con desconocida unanimidad por el elemento obrero y alcanzó a casi todas las fábricas y talleres de Tolosa. Todo el día, desde las primeras

horas matinales, las calles estuvieron llenas de grupos que comentaban acaloradamente el acontecimiento. Los trabajadores no eran los menos sorprendidos por el éxito de su gesto y por las posibilidades que les ofrecía para el futuro. Aquello iba a transformar el viejo orden social. Los chicos; gozosos e inconscientes contemplábamos aquella inespèrada animación callejera. Era una novedad interesante. Sobre todo no nos cansábamos de mirar a las parejas de la guardia civil a caballo que deambulaban o se estacionaban en los puntos estratégicos. Nos resultó uno de los días más divertidos de aquellas vacaciones. No fué, en cambio muy tranquilizador para la paz pública pues la excitación iba aumentando por momentos y las cosas adquirían mal cariz.

Tanto es así que requerido por las autoridades locales el gobernador civil llegó al pueblo a media tarde. Le veo todavía apearse de su automóvil con su gorro de galones y sus largos y autoritarios mostachos dirigirse adoptando una actitud populachera rodeado de la multitud de huelguistas que le acompañaron hasta el Ayuntamiento. Como las diferencias a reducir entre las dos partes eran mínimas se llegó fácilmente a un arreglo que terminó aquella huelga de un día.

«En solemne reunión celebrada en la Casa Consistorial bajo la presidencia del Excelentísimo Gobernador Civil de la Provincia D. Eduardo García Bajo, a presencia del Sr. Alcalde-Presidente

del Ayuntamiento D. José Caballero con asistencia de las principales empresas y una representación de la Asociación de Obreros de Tolosa»... —como reza el acta del acuerdo—. «La Papelera Española se comprometió a asegurar una remuneración de cuatro pesetas por día para los conductores a destajo. El jornal de los ayudantes y pinches sería proporcionado al de los conductores.

Los obreros no admitidos por «La Papelera Española» recibirían un empleo análogo en las demás fábricas de la villa.

Aquella huelga de doce horas duró poco pero caló muy hondo. Al día siguiente se reanudó normalmente el trabajo. Y los estudiantillos en vacaciones volvimos a nuestra habitual y picaresca holganza.

Más porfiada e interminable fué la huelga que cuatro años después paralizó casi la totalidad de la industria tolosana. Duró desde el 27 de Noviembre de 1916 hasta el 22 de Enero 1917. Estábamos en plena guerra europea y la carestía de la vida motivó peticiones de aumento de jornal y de otras reivindicaciones formuladas por la Asociación de Obreros de Tolosa y por el Sindicato Católico. Estas peticiones que además de un moderado aumento de salarios aspiraban: al reconocimiento de los Sindicatos, al pago semanal, al descanso dominical, al abono a los obreros de relevo que trabajaban 12 horas, de la

diferencia en más sobre los que tenían una jornada de 10 horas, demandas que hoy parecen a todo el mundo muy justas y razonables fueron sin embargo rechazadas por puntillos de amor propio patronal mal entendido.

Declarada la huelga se convirtió en lamentable pugna que se alargó durante semanas enteras. Los obreros resistieron denodadamente con gran espíritu de solidaridad y sacrificio sin promover violencias ni disturbios. Después de casi dos meses de paro y agotados sus recursos tuvieron que volver al trabajo sin ver satisfechas sus aspiraciones pero con la certeza de haber obtenido un triunfo moral.

Los patronos se apuntaron una victoria pírrica que apenas mereció el ágape con que celebraron el final del conflicto. La lección surtió su efecto y las clases patronales tuvieron que avenirse en lo sucesivo a reconocer la autoridad de los sindicatos y a tratar con ellos.

La Casa del Pueblo y la Asociación Patronal «Aurrera» velaron en adelante discretamente sus armas sin afrontarse en estériles batallas.

Antes de esa huelga general hubo a fines de siglo pasado otro paro parcial provocado por algunos obreros papeleros que por primera vez se manifestaron en las calles de Tolosa con carteles que decían: «Pan y trabajo».

Perezagua el famoso «leader» bilbaino fué

con sus viajes de propaganda el iniciador del sindicalismo tolosano.

Pero a quien en justicia hay que considerar como apóstol y divulgador de las doctrinas socialistas y el hombre que dió mayor impulso a la organización obrera y encauzó las reivindicaciones proletarias fué Enrique de Francisco.

Se podrá o no estar conforme con sus ideas y desagradarle a uno las campañas político-sociales que realizó; no puede negársele, con todo, su temple de luchador y el tenaz esfuerzo el denuedo con que defendió los derechos de los trabajadores lo mismo en la tribuna que en la prensa.

Hoy miradas a distancia las peticiones que entonces formulaban los sindicatos nos parecen muy moderadas.

Aun discrepando de la orientación doctrinal del marxismo no puede menos de reconocerse que la labor local de Enrique de Francisco estuvo inspirada en principios de honradez y justicia y fué eficaz para la masa obrera y hasta para despertar el sentido de responsabilidad social de la clase patronal.

En un pueblo menos tradicionalista e influido por el atavismo de su etnia, el éxito personal del jefe obrerista hubiese sido más inmediato. Su capacidad y talento se pusieron de manifiesto en múltiples ocasiones actuando como concejal del Ayuntamiento de Tolosa. Es curioso apuntar que De

Francisco actuó en aquella época de gerente de una fábrica de papel pintado, industria que después abandonó para dedicarse a la metalurgia. Y finalmente trasladada su residencia a la capital del Estado fué elegido diputado a cortes.

No existía entonces como dijo Urgoiti «la noción de que las relaciones entre los capitalistas y los trabajadores deberían establecerse sobre bases de equidad como consecuencia de ser ambos elementos colaboradores indispensables en la producción de la riqueza».

Después de la guerra europea primera, y coincidiendo con la marcha próspera de la industria, las papeleras mejoraron paulatinamente las condiciones de trabajo de su personal.

Examinando el estado actual de la cuestión, nadie puede negar el progreso social realizado y las ventajas que para el asalariado representa todo lo que a su favor se ha legislado en medio siglo. Sería interesante hacer un estudio estadístico de la situación económica social del obrero en 1.946 con las novísimas bases de trabajo que comprenden: la clasificación profesional con su escala de jornales y sueldos; participación en los beneficios; aumentos por antigüedad y por cargas familiares; retiros de vejez, seguros de enfermedad, etc. etc. ¡Todo un código!

Claro que muchos argüirían, y no sin razón, que los seis reales de jornal escueto que ganaba el obrero papelerero en 1.846, hace justo un siglo!

tenían tanto poder adquisitivo como seis duros de hoy, dados los índices reales de costo de los artículos de primerísima necesidad en el mercado libre.

La penuria de esta segunda y larga post guerra civil europea, la carestía irritante de las subsistencias, convierte en ilusorios los beneficios conseguidos. Mientras no haya racionamientos suficientes y no se estabilicen los precios del pan, y de los artículos de primera necesidad, y siga sumida la economía en la anarquía del estraperlo, resultará que la situación del trabajador no ha mejorado lo que debiera. Lamentable retroceso causado principalmente por las circunstancias económicas. La injusticia ha tomado nuevas y peligrosas formas que claman al Cielo... Pero, en fin, nos habíamos propuesto especular sólo en torno a la «celulosa» y no a la «nitrocelulosa», y es mejor que sin más dejemos el explosivo tema a la consideración de los sociólogos...

Sin estar exentos de los defectos propios de nuestra clase social, los patronos papeleros son en su mayoría hijos de su esfuerzo o herederos del de sus antecesores familiares. Afortunadamente, no es el señoritismo planta que perdure entre nosotros. Que la «fabulosa» facilidad de hoy no les haga desarraigar del suelo de sus mayores, pues pocas cosas hay tan perniciosas como el absentismo...

Debemos proclamar en honor a la laboriosi-

dad y espíritu de iniciativa de muchos actuales industriales que, su acceso a la propiedad y a la dirección de las empresas que regentan fué fruto de su inteligente decisión y perseverancia que inclinaron a su favor suerte y fortuna. Ello redunda en elogio de una organización social que si bien defectuosa e injusta, si se quiere, ha permitido a muchos hombres capacitados y audaces llegar a ocupar los puestos de mando y responsabilidad que al presente ostentan. Es frecuente que los patronos de hoy hayan sido empleados y obreros de empresas similares lo que les enaltece en alto grado y constituye uno de los signos distintivos de una verdadera democracia.

XI

«LA PAPELERA ESPAÑOLA»

Puesto que ha salido ya a relucir en esta crónica la entidad conocida por «La Papelera Española» Compañía Anónima, fuerza es que la dediquemos capítulo aparte por tratarse de la más potente empresa papelera de España y porque debió su origen y desarrollo al genio emprendedor vasco.

A su fundación contribuyeron, principalmente, la enérgica impronta de Rafael Picabea el guipuzcoano hombre de acción y promotor de tantas actividades industriales; y la no menos recia voluntad y clarividencia de Nicolás María de Urgoiti, el ilustre ingeniero vizcaino que fué quien, señaladamente, la dió vida e impulso poderoso.

Picabea y Urgoiti secundados por un grupo de capitalistas vascos, los Londaiz, Urquijos, Hui-cis, Aranzadis, Arteches, etc. etc., a cuyo frente hay que señalar al Conde de Aresti, abordaron allá por el año de gracia 1902, según transcribimos de una revista de la época (Album Gráfico del

País Vascongado 1914-1915): «el problema de la unión de las fábricas de papel más importantes que, en lucha desordenada venían debatiéndose entre sí, con perjuicio hasta de los mismos consumidores de papel, porque se producía éste en violentas condiciones, vendiéndose en competencia ruinosa o a precios exorbitantes, según que estuviesen o no en vigor más o menos accidental los convenios que los papeleros celebraban periódicamente para defenderse».

Es muy cierto lo de la lucha desordenada, la absurda competencia y la falta de especialización. Ahora no estoy muy seguro si ello fué hasta en perjuicio de los consumidores de papel... De los fabricantes sí que lo era.

Hemos oído contar a viejos maquinistas que se contentaban con fabricar partidas diferentes de 500 y menos kilos, teniendo que parar la máquina apenas puesta en marcha y cambiando varias veces al día de clase, color, etc., con el trastorno que ello implica. No hay duda de que se perdía dinero; pero quedaba al patrono la satisfacción de que algún colega vecino perdía más.

Para poner término a tan caótica situación se pusieron al habla en Bilbao los Srs. Picabea y Urgoiti, director este último de la fábrica de papel del Cadagua (Aranguren).

Conseguida la colaboración de fabricantes y financieros, surgió «La Papelera Española» que

agrupó desde un principio, entre otras fábricas: La Vasco-Belga, de Rentería; Aranguren y Arrigorriaga en Vizcaya. (Papelera del Cadagua, La Papelera Vizcaina), La Guipuzcoana (Abelardo de Carlos) Laurak-bat (Olarraín), La Papelera Navarra, «La Zaragozana» La Magdalena, La Manchega, La Gozávez y las máquinas de La Aragonesa. Su capital inicial fué de 20 millones de pesetas, en acciones y 10 en Obligaciones.

El paso decisivo estaba dado. La industria papelera podía empezar a desenvolverse con alguna holgura y escapar a su ruina. Aun los fabricantes que quedaron fuera de la Sociedad que acababa de constituirse, se beneficiaron de esa primera etapa de reorganización. Pero restaban aún muchas dificultades a vencer.

Se debe al tesón y a la sagacidad de D. Nicolás M.^o de Urgoiti el haber seguido por el camino iniciado y superando obstáculos y aunando voluntades llegando a la formación de una federación papelera integrada por una gran Central Papelera, por la Sdad. Arrendataria de Manipulación, «Central de Fabricantes de Papel» 1919, «Central de Sedas y Manilas» 1925. «Asociación Papelera» 1927 y otros organismos análogos que han cimentado la prosperidad de toda la industria papelera que navega desde entonces viento en popa.

No sé si los interesados agradecieron lo bastante.

Pero hay más. Urgoiti con visión certera de las realidades sociales y con amplio espíritu de justicia extendió a todo el personal de la empresa que dirigía la participación en los beneficios, implantó normas de estímulo al trabajo y a la producción con la concesión de 10 pesetas de prima por 100 kgs. de papel facturado.

«La Papelera Española» se anticipó al accionariado obrero que hoy está sancionado en las bases de trabajo que rigen la industria del papel. Hace ya años que su personal percibe un interés sobre el trabajo capitalizado. Es decir: sobre el importe de sus jornales y sueldos; e interés equivalente al que cobran los accionistas capitalistas como dividendo, que en los últimos ejercicios alcanza un 9 %.

«La Papelera Española» después de haber incorporado a su patrimonio la fábrica «Oarso» en Rentería, lo ha incrementado todavía con la adquisición reciente de las fábricas de Malvarrosa y el Cañar.

Tiene además en construcción su filial «Cérophane Española» en Burgos, con la que completará su buena docena de grandes factorías papeleras. En los datos de su memoria (1.945) figura con un capital de 150 millones de pesetas sin contar con las amortizaciones, fondos de previsión y reservas que le aseguran una situación próspera y saneada. Hay que consignar también que la Papelera Española tiene una participación

considerable en la importante editorial Espasa-Calpe, de gran irradiación hispano-americana, e interviene igualmente en otras varias empresas de construcción de maquinaria y accesorios para la industria papelera.

Desapareció oscuramente, unos años ha, su principal artífice D. Nicolás M^a. de Urgoiti.

Falleció no hace mucho D. Enrique de Aresti, prestigioso presidente del Consejo de Administración durante largos años. Y últimamente ha dejado de existir en el exilio D. Rafael Picabea después de una vida fecunda, llena de vicisitudes.

El gran oyarzuarra, como gustaba en proclamarse, y siempre activo a pesar de sus años, me confesaba unos meses antes de su muerte comentando en su retiro laburdino la marcha próspera de la industria papelera: «me enorgullezco de haber sido uno de los fundadores de la Compañía que fabrica millones de kilos de papel al año; pero cuando pienso que llegó a negarme unas pocas bobinas para poder sacar mi «Pueblo Vasco»... Es como para indignarse! Me sonreí recordando una de las certeras paradojas de Unamuno: «El esfuerzo que llevan a cabo a fin de imponerse mutuamente unos hombres o unos pueblos a otros hombres o pueblos, es el resorte más riguroso del progreso; es el empuje más fuerte del enriquecimiento mutuo.

El cronista se limita a recoger los nombres y las gestas de hombres del templo de los citados

que son acreedores a la gratitud de sus conciudadanos. Bien merecen el descanso eterno quienes tanto laboraron en lo temporal.

Postdata.—Meses después de escritas las precedentes líneas tuve un hallazgo inesperado que me hizo el efecto de una resurrección.

En pleno veraneo donostiarra, un día que visitaba una exposición de fotografías, apercibí entre las personas que examinaban la colección, a un señor de barba ya cana pero **erguido y vigoroso todavía. De golpe la memoria me recordó una imagen, la de Urgoiti. Volví a mirar al distinguido caballero.** Algo había cambiado la edad su aspecto físico, pero era el mismo que vimos tantas veces cuando venía a **examinar a los estudiantes papeleros de Tolosa.**

Para cerciorarme de que no sufría error pregunté a uno de mis amigos, el cual también confirmó la certeza de mi presunción.

Vive pues, felizmente, D. Nicolás María de Urgoiti y le deseo lo haga durante muchos años disfrutando de un bien ganado descanso.

Pero el hombre que creó «La Papelera Española», que dirigió y fundó empresas y periódicos, el que pudo haber sido consejero de la Corona o ministro de la República pasa hoy tan desapercibido que le había hecho desaparecer de entre los vivos.

Y para reparar el «lapsus quiero dedicarle este admirativo saludo y expiatorio recuerdo.

XII

ESCUELA Y APRENDIZAJE

No sé cuando entrará en vías de realización el proyecto, ya antiguo, de establecer una **escuela técnica de papelería y artes gráficas en Tolosa.**

De lo que no dudo es de que tarde o temprano llegue a ser realidad en cuanto la feliz iniciativa encuentre los hombres y el clima propicio que para su cristalización son necesarios. Y esas condiciones en ninguna población han de ser más favorables que en Tolosa, lugar ideal para albergar un centro docente práctico al servicio de la papelería. Se puede decir sin jactancia que la fabricación del papel, su manipulación y estampación y la construcción de maquinaria papelería han arraigado en la región tolosana mejor que en parte alguna, tomando carta de naturaleza.

Aquí todo el mundo habla de pastas mecánicas y químicas; de la celulosa y del bisulfito; del abacá, del trapo y del esparto; del alisado, satinado y estucado del papel. De las calandras, cortadoras, legiadoras y refinadoras. Y natural-

mente de los dividendos y de la cotización de acciones y obligaciones...

En Tolosa la gente está enterada de que en tal fábrica producen el mejor papel «Kraft»; de que tales otras fábricas se distinguen por sus «alfas» «parchemin» y «registros». Y os señalarán la máquina que saca el más apreciado papel de edición, de una suavidad de grano y adaptabilidad a las tintas «Offset» debido al manantial de agua finísima del Ernio de que se surte. Si gustáis de escucharles sabréis pronto que el cuerpo, encarte y consistencia de ciertos papeles muy solicitados en el mercado obedece a las colas, gelatinas resinosas y otros ingredientes que con preferencia emplean algunos fabricantes.

Si les mostráis una hoja de papel, os dirán su composición y hasta la «carga» de caolín que contiene. Saben distinguir los verjurados ingleses... o sea las líneas claras hechas por la incrustación de los alambres de latón en la hoja del húmedo e incipiente papel. Y conocen las filigranas o dibujos que la tela metálica marca sobre la mesa de fabricación que hacen descubrir su antigüedad y procedencia.

No falta en la zona tolosana mano de obra especializada en el papel y no cabe duda de que una escuela de papelería contribuiría a dar una base científica a los conocimientos empíricos del personal de las fábricas.

Al crear la Escuela de Artes y Oficios de Za-

lla (Aranguren) había proclamado Urgoiti que «la enseñanza técnica del obrero es factor cada día más indispensable en la Industria moderna».

Hoy hay en las papeleras, ingenieros, técnicos y directores de fabricación que podrían formar un competente profesorado. Uno de los más caracterizados D. Federico de Castro, decía en su conferencia dada en 1.926 en la Asociación de Ingenieros Industriales de Bilbao sobre la «Industria del Papel». «El personal está capacitado para desempeñar sus obligaciones siempre que se le pague lo necesario».

«El técnico secundario es de primera calidad. Los jefes de fábrica son magníficos, así como los contramaestres. Conocen perfectamente las mil combinaciones y trucos de la industria como cualquier similar extranjero».

Mientras lleguen las nuevas promociones de alumnos-aprendices de la proyectada Escuela, recordemos con afecto a aquellos honrados «gizones» contramaestres y maquinistas de la pasada generación que, sin apenas tener una preparación escolar primaria, llegaron a ser hábiles directores de fabricación. Claro es que no conocían el reactivo para analizar el papel: «*dime-tylparaphenilenediamina*» de tan buenos resultados como largo de escribir y recomendado por el ingeniero Marín y Díaz. Ni existían entonces libros como el completísimo «*Manual del Fabricante de*

Papel» que acaba de publicar (1946) el ingeniero Costa y Coll.

Supliendo su escasez de ciencia con la práctica y su instinto certero, conseguían gramajes, calidades y tintas de papel que causan asombro a los técnicos modernos. Y lo que vale más: aquellos hombres tenaces, empresarios y empleados en estrecha colaboración de trabajo y de esfuerzo colectivo dieron base sólida a la industria papelería a la que debè Tolosa, sobre todo, ser un verdadero emporio de riqueza.

La Escuela de Papelería para el aprendizaje y perfeccionamiento del personal obrero tiene, en cierto modo, un precedente en los Cursos de Empleados Administrativos que desde hace años, y a iniciativa de Urgoiti, sostiene la Papelera Española en las Escuelas Pías de Tolosa, cursos en los que se forma el personal burocrático de sus fábricas, oficinas y sucursales de venta. De esta escuela, dirigida en sus comienzos, por los P. P. Daniel Benito y Mariano Plana han salido destacados alumnos que cual los: Pedrós, Huici, Olarra, Cabezón, Mendizábal, López Uranga, Iriarte, Arbilla, Crisanto González, Sosa-Barrenechea, etc. ocupan puestos de dirección en empresas relacionadas con la papelería.

Contra lo que alguno pudiera pensar, no habría superfluidad en la coexistencia de las dos instituciones, ya que una atiende, como se ha dicho, a la formación de empleados administra-

tivos; y la otra se intenta destinar al aprendizaje y adiestramiento de los futuros maquinistas, contramaestres y directores de fabricación. Está claro que ambas escuelas, lejos de estorbarse, se complementan.

Y ya que tratamos de formación práctica especializada, lo que se hizo en Eibar con la Escuela de Armería; en Vergara con la textil y en Mondragón con su escuela profesional de trabajo y han llevado a cabo hasta empresas particulares como la de Laborde Hnos., de Andoain con su escuela de aprendices, puede y debe hacerlo Tolosa en la escala que le corresponde, con el papel e industrias adyacentes. Otros pueblos y centros de producción seguirán el ejemplo, por la emulación que nos caracteriza, dentro del marco de sus respectivas actividades.

Sin intentar entrar en detalles sobre la organización de la futura Escuela, y la conveniencia de que tuviera carácter oficial o no, quizá la fórmula mixta de una junta de Patronato integrada por fabricantes y elementos de corporaciones oficiales locales, sería la más apropiada para asegurar un normal funcionamiento libre de fluctuaciones pecuniarias o políticas.

Las empresas papeleras no creó se negasen a dar su generosa aportación a la realización del proyecto siguiendo el ejemplo de entidades extranjeras similares cual la «Canadian Pulp and Paper Association» que sostienen un Laboratorio

e Instituto de la Celulosa. En la Escuela podrían tener cabida un museo retrospectivo de la Industria del Papel y una exposición-muestrario de la actual producción.

Todo ello sin perjuicio del Laboratorio de Investigaciones y Ensayos Industriales que con carácter general se trata de crear en San Sebastián al servicio de toda la industria guipuzcoana.

Sólo en esa forma estaremos preparados para los tiempos de lucha que se avecinan y en condiciones de afrontar las contingencias diversas que la era de la energía atómica va a imponer al mundo.

Es exigencia imperativa del momento que al régimen del «gutxi-gora-bera» —como ha calificado con gracejo Dionisio de Azcue (Guipúzcoa Económica) al socorrido recurso de la «potocada» que emplearon nuestros improvisados fabricantes de antaño—, sustituya la exactitud cuantitativa y cualitativa de las fórmulas químicas y los adelantos de la mecánica de precisión del taylorismo y de la psicotécnica.

Las «blusas blancas» del Laboratorio deben estar en estrecho contacto con los «buzos azules» del taller como gráficamente ha escrito Lebacher (1946). Es preciso hallar la fórmula que concilie las necesidades pedagógicas con las económicas; la cultura con el oficio. Eso que hoy se conoce por el nombre de Humanismo del Trabajo.

XIII

ESTADISTICA

Desviándonos un tanto de lo que a algunos han podido parecer devaneos liricoides o vaguedades literarias, será pertinente que, para satisfacer a los espíritus más positivistas reduzcamos aquí a cifras, números y guarismos las realidades papeleras nacionales e internacionales.

Ahora bien: rindamos culto a la Estadística, que es el genio tutelar de la Economía, pero rindámosla culto sin fanatismo, es decir; sin caer en el fetichismo de los números, cuyo valor es lo más relativo que existe.

En punto a ecuaciones son más iguales a sí mismas y más exactas las de nuestro sentimiento que siempre se inclina hacia lo que se prefiere...

En cambio nada hay más engañoso que creer que siempre mil es igual a mil... con perdón de Pitágoras. El instrumento estadístico es como la lengua de Esopo, lo mejor y lo peor.

Con estas prevenciones, podemos, pues, meternos de lleno en números.

No faltan documentados trabajos estadísti-

cos relativos a nuestro País. Uno de los más recientes y completos, y con carácter comparativo respecto a la economía general española, es el publicado por A. de Soraluze bajo el título: «Economía y Riqueza del País Vasco». (Editorial Ekin Buenos-Aires 1945).

Ya que entre los numerosos estados y cuadros estadísticos de dicho interesante libro no se han incluído las referentes a la industria del papel, me complazco en ofrecer a su laborioso autor y apreciado amigo, los datos que van a continuación por si tiene a bien incluirlos en la segunda edición de su obra.

Tenemos en primer lugar que de los 25 millones de toneladas de papel que se produjeron en el mundo el año 1.938, escasamente 200.000 toneladas fabricó España.

De estas 200.000 toneladas de producción española más de la mitad corresponden a Guipúzcoa. Y si añadimos lo fabricado en Vizcaya y Navarra, resulta que el País Vasco sobrepasa la cifra de 130.000 toneladas, o sea un 70% aproximadamente del total.

Desde luego estas cifras han disminuído estos últimos años de guerra y de anormalidad económica pero no se tardará en superar los anteriores resultados dada la progresión que sigue el desarrollo de la industria papelera.

En 1.840 se llegó a fabricar doce metros de papel de 1,45 metros de ancho, por minuto.

En 1.940 se ha alcanzado el record de 350 a 400 metros de papel por minuto y de una anchura de 8 metros. Cualquier día sabremos que en la U. R. S. S., pongo por caso, hay una máquina que produce 500 metros de papel por minuto y con un ancho de 10 metros... Vayan Vds. multiplicando!

La fábrica mayor del mundo estaba hasta antes de la guerra 1.939-1.944 en el Canadá con una capacidad de fabricación de 160 toneladas diarias. Nuestra factoría más importante es la «OARSO» en Rentería, perteneciente a la Papelera Española y puede fabricar 60 toneladas cada 24 horas. El ancho de la máquina es de 4 metros útiles. «OARSO» viene a ser algo menos que la mitad de la fábrica gigante canadiense. No está tan mal.

Bien, dirá alguno, pero ¿dónde se consume todo ese papel? Es hoy corriente la afirmación de que su consumo es proporcional al grado de civilización. La Estadística ha descubierto lo que cada país emplea; y hasta podría precisar lo que en esa cantidad hay que imputar a los usos higiénicos... Vaya olfato!

Perfectamente en serio dicen las estadísticas que:

E. U. de América consumen 140 kgs. por kilo y habitante al año.				
Inglaterra	»	60	»	»
Alemania (antes de 1.939)	»	52	»	»
Holanda	»	45	»	»
Francia	»	30	»	»

Suiza consume 25 kgs. por kilo y habitante al año				
Bélgica	22 »	»	»	»
Italia	11 »	»	»	»
España	6 »	»	»	»
U. R. S. S.	5 »	»	»	»

El mundo de habla inglesa consume 2/3 de la producción mundial de papel no representando más que el 11 % de sus habitantes (History of N. P. Paper).

* * *

El cronista se apresura a manifestar que no responde de la absoluta exactitud de las cifras que van estampadas, extraídas todas ellas de libros y revistas y deducidas otras por otros medios a su alcance. Naturalmente, no pueden ser sino aproximadas y ayudan a formarse una idea de la importancia del papel en el mundo. Para completarla en lo que atañe a nuestro país transcribo, copiándolo de guías oficiales, un índice alfabético de las papeleras guipuzcoanas y del capital nominal que representan:

Ariztia, Arzuaga y Cia.	Amaroz- »	Ptas. 3.000.000
Calparsoro y Cia.	Eldua-Berástegui »	3.000.000
Echezarreta, S. A.	Legorreta »	6.000.000
Irazusta, Vignau y Cia.	Charama-Tolosa »	2.500.000
Limousin, Aramburu y Raguán,	»	4.200.000
G. Mendía - Echezarreta	Irura »	3.000.000
Manufacturas Arrosl	Berástegui »	1.500.000

Papelera Aralar	Amézqueta	Ptas. 4.500.000
» Arzabalza, S. A.	Tolosa »	3.750.000
» Biyak-Bat,	Hernani »	5.920.000
» Elduayen,	Belaunza »	3.000.000
» Guipuzcoana de Zikuñaga S. A. Hernani	»	18.000.000
» del Norte	»	10.000.000
» Urumea-Mendía	»	6.800.000
» Portu, S. A.	Villabona »	2.400.000
» La Salvadora	»	3.000.000
» San Gil-Ollo-Guadalupe,	Tolosa »	3.000.000
» San José-Belauntzako-ola ...	Belaunza »	3.000.000
» Uranga,	Berrobi »	3.000.000
Vda. de Elorza,	Legazpia »	3.000.000
Ruiz de Arcaute y Cia.	Tolosa »	4.500.000

A esta lista toponomástica y financiera hay que añadir las cinco fábricas de la Papelera Española en Guipúzcoa; (dos en Tolosa, Illarramendi y Olarrain y 3 en Rentería, incluyendo la Oarso), las de Arrigorriaga y Aranguren en Vizcaya; y Oroz-Betelu y Villaba en Navarra que completan el cuadro de la papelería en el País Vasco.

Como el capital escriturado suele ser muy inferior en general al valor actual de las instalaciones, no andaremos muy desacertados si evaluamos en 200 millones los capitales invertidos en la industria papelerá guipuzcoana.

Los intereses y dividendos que devengan en la coyuntura próspera de estos últimos años sumarán, usemos la fórmula contable de S. E. u O., alrededor de 25 a 30 millones de pesetas de beneficios contabilizados. Y aún dejo amplio mar-

gen para otras regularizaciones administrativas y para alimentar la voracidad del estraperlismo...

El personal empleado en la industria papelera es poco numeroso en relación al volumen de la producción.

Calculando en 25 o 26 las fábricas papeleiras guipuzcoanas en actividad, incluyendo en dichos números las de la Papelera Española y los grandes talleres de la S. A. M. puede estimarse en cinco a seis mil personas las que en ellos trabajan comprendiendo los encargados de las centrales eléctricas y de todos los servicios auxiliares.

Los jornales, sueldos y participaciones en los beneficios que perciben, sin contar otros emolumentos, exceden con toda probabilidad de la cifra de 30 millones de pesetas anuales. Lo que representa un 10 % o más del importe bruto de la producción que, a los precios oficiales se puede estimar en trescientos millones de pesetas.

No me compete dictaminar si la parte correspondiente a los jornales y sueldos es justa y proporcional al rendimiento general de la producción vendida en el mercado negro.

De todos modos, la cantidad destinada al personal es muy considerable y lo sería mucho más si la devaluación de la peseta —consecuencia del estraperlo— no mermase en esencial escala para empleados y obreros la remuneración que por su trabajo reciben. La Industria papelera guipuzcoana ha pagado por el impuesto

de usos y consumos a Estado en 1945, 12.700.000 ptas. claro que cargándolas en factura al consumidor.

Repitiendo lo dicho al principio, consignaremos de nuevo que la industria papelera es una de las grandes venas de riqueza guipuzcoana.

Sólo la agricultura, ganadería y labores derivadas la Metalurgia con sus extensas e innumerables ramificaciones y la gran Pesca de Altura pueden equipararse a ella.

Comparando la producción papelera francesa con la española en el año inmediatamente anterior a la guerra, me refiero a 1935, tenemos que:

Francia produjo 1.400.000 toneladas de papel,	
España » 200.000 » » »	

en números redondos, la séptima parte.

Un detalle digno de conocerse y que lo copio de «Une politique française du Papier» de Michel Nouvelliére — París, 1943, es el de que el número de fábricas en Francia, es de 400, cantidad proporcionalmente menor al de las fábricas en España, que entre grandes y chicas pasan del centenar y medio. En ambos países la importación de primeras materias era próximamente del orden de 70 % de las empleadas en la fabricación, sin contar el papel prensa y otras clases importadas.

En Noruega, según las últimas estadísticas 1946, trabajan 41 fábricas de papel, con una pro-

ducción de 450.000 toneladas; y 9 de cartón con 48.000 toneladas. Hay además 70 fábricas de pasta mecánica y 25 de pasta química que sobrepasan 400.000 toneladas de producción.

Si llevados de nuestra curiosidad saltamos del hemisferio boreal al austral, nos encontramos con que en la Argentina se ha creado una industria papelerera muy moderna que cuenta 37 fábricas de papel y cartón con un volumen de fabricación de 135.000 toneladas anuales. Esta industria está eficazmente sostenida por 5 fábricas de pasta y celulosa, y especialmente la de Santa Fé, que es la factoría de celulosa de paja de trigo más importante del mundo, que trabaja 50.000 toneladas de paja. En conjunto la industria pastera argentina cubre un 50 % de las necesidades nacionales.

Respecto a los precios del papel, hay datos retrospectivos muy interesantes. No es sólo de ahora la exageración en el precio... En 1627 se estableció una tasa para poner coto a su exorbitante alza. Y hubo tiempos en que estuvo estancado por escasez de artículo. Sabemos que la resma de papel del Paular, valía $9\frac{1}{2}$ reales en 1595; 11 reales en 1602; y 12 reales en 1615. El papel de Francia empezó a entrar hacia 1605 y sus precios eran: el ordinario $10\frac{1}{2}$ reales la resma; y el de marca a 22 reales. Y el alza del papel continuó, subiendo a 27 reales el de Génova,

batido y cortado de 20 manos; y a 31 reales el sobrefino florete de 19 manos y 2 costeras.

Sin embargo nunca se ha conocido fluctuaciones tan rápidas como en nuestro tiempo. Antes de 1914, el precio del papel era tirado. El de impresión corriente no llegaba a 0,50 ptas. el kilo; y los más finos no pasaban de 1 peseta. En 1946 se han batido todos los records, pero con una tendencia al alza que continuará en los años sucesivos. No es fácil predecir el límite. Hacia el año 1880 se fué cambiando la contabilidad de reales a pesetas. De éstas se empezó a contar tímidamente en céntimos: 0,50, 0,60, 0,62 el kilo de papel. Ahora los precios alcanzan las cifras 14, 15, 16, 18 ptas. para el mismo peso. A este paso habrá que adoptar el duro como unidad monetaria, norma que ya ha empezado a practicar el comercio.

Las más recientes estadísticas que he ojeado sobre la industria del papel en España son las publicadas por Mr. William L. Sonyser agregado comercial de la Embajada de los Estados Unidos de América en Madrid bajo el título: «Pulp and paper developments in Spain and Portugal 1946».

Resumiendo los datos del economista yanqui anotaremos que evalúa en 400 millones el Capital de la industria papelerera española a la que considera como una de las más importantes del país. Estima en su informe en 15.000 el número de personas que encuentran ocupación en cerca de 200 factorías o fábricas.

Señala el experto americano en su estudio destinado al «Office of International Trade» que la producción actual española es del orden de 132.000 toneladas anuales contra 193.000 que se producían antes de la guerra civil. En cambio ha aumentado la fabricación de pastas que alcanza las 100.000 toneladas en lugar de las 44.000 fabricadas en 1935. Hay que tener en cuenta que en dicho año se importaron 125.000 toneladas de pastas.

El consumo de papel en el período 1933-1935 llegó a un promedio de 220.000 toneladas anuales. Esta cifra ha descendido a 160.000 toneladas el año 1943 calculándose que faltan unas 66.000 toneladas para cubrir las necesidades anuales del mercado español.

Los datos oficiales del Ministerio de Industria y Comercio relativos a la producción de papel el año 1934 son los siguientes en lo que respecta al País Vasco:

Guipúzcoa	101.004 toneladas
Vizcaya	27.976 »
Navarra	3.858 »

O sea un 69% de la producción total española. El resto se distribuye entre Cataluña 20%; Valencia 8% y 3% otras provincias.

* * *

Y como conclusión, si hubiera que trazar un cuadro con los diferentes porcentajes de la pro-

ducción total de la economía guipuzcoana, el orden a establecer sería a este tenor:

Metalurgia General	33 %
Industria Agro-Pecuaría (Bosques, etc.)	25 %
» Papelera y Artes Gráficas	19 %
» Pesca y Pesquerías	15 %
» diversas	8 %
	<hr/> 100 %

* * *

Esprimido el jugo a la Estadística ya no me queda nada sino pedir indulgencia por los muchos yerros o inexactitudes en que haya podido incurrir, y desear al laborioso pueblo guipuzcoano, al que me vanaglorio de pertenecer, largos años de prosperidad, paz y justicia.

XIV

INFLUJO AQUITANO

A nadie ha de extrañar que dada su situación geográfica, el País Vasco peninsular haya recibido ciertas influencias preponderantes de la civilización francesa. De la misma suerte que en los tiempos prehistóricos señalan los etnólogos la existencia de un área cultural franco-pirenáica diferente de la levantino-mediterránea, posteriormente otros ciclos culturales han tenido una distribución y localización semejante. La religión y diferentes artes penetran en ambas Vasconias, señaladamente, por la Galia antes que de otras procedencias. Si luego por causas históricas-políticas ha prevalecido la influencia hispánica, siempre es de tener en cuenta al estudiar nuestro pasado la vecindad con la antigua Aquitania y la vinculación de la monarquía navarra a los Reyes de Francia.

Sin que entre en nuestro ánimo renovar la polémica en torno a la benemérita Sociedad de Amigos del País y a su ortodoxia; ni pongamos en duda su acendrado patriotismo, liberalizante.

es evidente que en ella influyeron poderosamente las corrientes ideológicas francesas. Sabido es que en su famoso seminario de Vergara profesaron hombres de ciencia formados en Francia, entonces centro intelectual del mundo.

El meritísimo esfuerzo del Conde de Peñaflorida y de los caballeritos que impulsó la creación y el perfeccionamiento de algunas industrias y promovió el progreso de toda, la economía en general, no consta que tuviese efecto inmediato sobre la industria papelera.

No obstante, es muy halagüeño leer la noticia que da Labayru en su Historia de Vizcaya (Compendio de Herrán) de que: «en 1781 D. Fausto Arriaga —que es el papelerero del Duranguesado al que nos referimos antes— presentó a la Real Sdad. Vascongada de Amigos del País un molde para la fabricación de papel que dió pruebas de no común perfección».

En Guipúzcoa no parece que se aclimató la industria hasta que a Martín de Olano, el molinero de Igarondo, se le ocurrió meterse a papelerero.

Es sintomático que fuese hacia el año 1.815, después de haber permanecido el país varios años bajo la dominación de las tropas napoleónicas. Ignoramos dónde aprendió el oficio pero no es aventurado conjeturar que fué algún artesano vasco-francés el que inició a Olano y los suyos en el arte de la fabricación de papel. Los pueblos de la zona fronteriza de Guipúzcoa man-

tenían activo comercio con los del otro lado del Bidasoa, aún en casos de guerra entre España y Francia. Los tratados de buena correspondencia entre vascos de ambas vertientes y las treguas entre los puertos del litoral lo atestiguan igualmente. Alexandre Nicolai en su bella *«Histoire des moulins à papier dans le Sub-Ouest de la France»* (1935) cita un registro de 1626 certificando haberse cargado en Burdeos 24 grandes balas con 480 resmas de papel a la consignación de los Sres. Bial y Cía. de Bilbao. Y si bien dicho papel estaba marcado con el escudo de Amsterdam, papel Holanda vulgarmente llamado «Stram» lo cierto es que procedía de una fábrica perigordina.

Inserta también Nicolai un documento de 1782 mencionando el molino de Saint Jean de Pied de Port: «Moulin à deux cuves en très bon état. On y travaille les papiers à trois OOO façon de Gênes très bien. On n'en envoit pas à Bayonne, la consommation s'enfait à Pamplune. Les papiers sont plus bruns que partont ailleurs, ce défaut vient de la qualité des eaux qui ne blanchissent assez la pâte».

Tolosa, a la que llamaban los viajeros Toloseta para distinguirla de la capital del Languedoc, tuvo relación económica muy estrecha con Bayona y su colonia israelita hasta época muy reciente.

Hojeando las «Divagaciones bibliográficas y Viajes por España y Portugal» de Farinelli, se encuentran muy curiosos juicios sobre el particular.

Sabida es la pasión de Víctor Hugo por Pasajes y Hernani que de romántica se convirtió en clásica. De Tolosa dice el mismo autor que se parece «á une jolie ville française». Opinión copiada creo yo, por Francisco de Paula Madrazo al repetir que «en todo tiene el aire de una ciudad francesa», en su libro que titula «Expedición».

Nuestro José de Arteche ha recogido en su sugestivo libro «Mi Guipúzcoa» esas impresiones y las ha ampliado con atinadas observaciones acerca de la influencia aquitana o gala en el carácter guipuzcoano.

Mr. P. Lesperut, el negociante que estableció la gran fábrica de tejidos «La Guipuzcoana» hoy transformada en la fábrica «Illarramendi», perteneciente a la Papelera Española, era de origen bayonés. La primera máquina de papel de «la Esperanza» provino de la casa Mateau de Angulema. Txarama se asocia con Louis Duras y otros elementos del Angoumois, sede en el antiguo régimen de la «Manufacture Royale des Papiers».

Durante la 2.ª guerra civil 1872-76, hubo emigración de familias mal avenidas con el bando imperante en su lugar de residencia. Entre ellas se encontraron las de los papeleros tolosanos.

En contraposición a casi toda la masa rural influida por el clero y por ciertas familias con pujos aristocráticos, el elemento industrial era, en general, liberal, y por lo tanto, afecto al gobier-

no de Madrid. Muchos de ellos se refugiaron en Francia.

En esta estancia se derivó un mayor conocimiento de los progresos de la industria francesa y su adaptación a la del país cuando las fábricas reanudaron el trabajo.

Se había entrado de lleno en la fase mecanizada de la fabricación del papel, debida al invento del parisiense Robert, perfeccionado luego por Didot, los ingleses Fourdrinier y otros.

Con las nuevas máquinas que se trajeron al País de Angulema y la región charantesa, del Vivarais y de la Auvernia vinieron montadores, obreros especializados y agentes de venta, muchos de los cuales afincaron entre nosotros y entroncando con familias indígenas las consideramos hoy como de nuestra más genuina estirpe.

Los Limousin, Perot, Chataignier, Vignau, Leblanc, Lorion, Bergol, Genault, Jouvert, Duras, Philipier Barin Beaudry, etc., pertenecen a esa época.

A Francia hemos dado en reciprocidad un mito: el nombre de «Papelerías de Navarra» que sin haber tenido realidad tangible, ampara las más finas producciones del papel francés.

Es un recuerdo nostálgico del tiempo de Enrique IV y de sus sucesores que se titularon reyes de Francia y de... Navarra, sin ya serlo.

Y si los monarcas no ejercieron soberanía política, sus vasallos sí que han influido positiva-

mente en nuestra industria papelera, como hemos visto. La fábrica de Irura utilizó la filigrana de Annonay patria de los Montgolfier.

En fin de cuentas, ha sido preferible el influjo de los descendientes de Carlos Martel al de Abderramán y su califato.

Como ha hecho observar el insigne maestro Campión: «el país euskalduna desde la remota edad media tuvo un canal de comunicación siempre abierto con el resto de Europa, por donde penetró toda la cultura existente al otro lado de los Pirineos».

XV

IDILIO EN ZIKUÑAGA

Pergeñar una página amorosa en este ciclo papelerero parece inadecuado. Y sin embargo una irresistible tentación me impulsa a intentarlo. Un poco a la manera de los Araquistain, Vicente de Arana, Goizueta, Oloriz, Trueba... y demás beneméritos patricios del romanticismo vascongadista de la 2.ª mitad del siglo pasado.

Es que el Urumea pre-papelerero tiene un sortilegio que nos capta con sus encantos. Y un paseo por sus márgenes un atardecer de la primavera, después de período de lluvias crea una atmósfera propicia a todas las elucubraciones sentimentales. Nuestro río está pletórico de caudal, pues el agua fluye de todas partes. El nombre de Osiñaga traduce la abundancia hidrográfica de este bellísimo rincón del Urumea.

El deambular por los barrios rurales de Ereñozu, Latxe, Epele, Pagollaga y Zikuñaga atravesando viejos puentes y puentecillos colgantes y recorriendo un paisaje de frondosa vegetación dominado por las cumbres de Oindi y del Adarre es un deleite espiritual y físico.

Escondidos entre grupos de árboles en los repliegues y laderas del terreno encontramos numerosos caseríos que ocupan estas riberas desde hace siglos. Sus habitantes son laboriosos haciendo de necesidad virtud: Raza, tenaz y vigorosa, hombres y mujeres se afanan por igual en la lucha milenaria por la existencia. Siendo el suelo si no pobre muy escaso han tenido que recurrir a la explotación forestal, al carboneo, a la industria del hierro, a la navegación. ¡A la guerra y a la aventura, según las épocas y los temperamentos!

Aquí están para atestiguarlo Juan de Urbieta el que capturó en Pavía a Francisco I de Francia; Martín Ibáñez de Hernani, Gonzalo de Percaiztegui el que trajo el maíz desde las Indias y tantos otros que sería largo enumerar.

Producida la decadencia de las antiguas ferrierías, extinguidos los seles y los exidos comunales no quedó al valle sino exiguos pasares. Unas pocas hectáreas de pasto para el ganado; la leña justa para alimentar los hogares. Dos o tres medianas heredades por casa para las cotidianas «taloas» y el «eltzekari»; y otros tantos manzanales con que producir la sidra de más fama en el País desde Sancho el Mayor. No era fácil imaginar que el establecimiento de una fábrica de cartón en el viejo molino de Ezio significase un gran refuerzo en la economía del contorno, y menos predecir el próspero porvenir papelero del Hernani de hoy.

En uno de los más apartados caseríos del valle vivía una familia compuesta de madre viuda con numerosa prole. Una mujer en estas circunstancias y en un país que practica el matriarcado sabe sacar fuerzas de flaqueza y operar verdaderos milagros. Es increíble el espíritu de previsión de energía, de aprovechamiento de una madre acuciada por la necesidad y endurecida por el trabajo. ¡Cómo se ingeniaba para sacar el mayor precio —que entonces se contaba por cuartos— en el mercado de Donostía, a las pocas hortalizas y leche que podía sustraer al insaciable apetito de su progenie! Tenía a su favor que su descendencia había heredado en su pobreza una salud envidiable. Así que, en cuanto los chicos o las chicas aprendían en la escuela de Ereñozu unas cuantas letras y algo de catecismo y habían alcanzado al propio tiempo la robustez necesaria para dar satisfacción al amo más exigente ya salían de casa a ganarse la vida.

Pronto le tocó el turno a Urdintxo, nuestra heroína que ha cumplido 14 años y es ya una garrida moza de gran esbeltez y hermosura como es frecuente en las ribereñas del Urumea.

Su madre que con intuición femenina presiente la aceptación fulminante que ha de tener su hija no permite que se aleje demasiado de su lado. Y enterada de la apertura de la «ola» de Ezio, a pocos kilómetros de su casería, ¡más lejos está el mercado! consigue que tomen a la chica

con el jornal de dos reales... diarios. Dinero apreciable para aquella época. Total: ¿Qué era estar sentada en la fábrica de 7 a 12 de la mañana y de 1½ a 6½ de la tarde para quien está acostumbrado a trabajar de sol a sol y a andar horas enteras a pie y descalza, afrontando invierno y verano el rigor de la intemperie?...

Puntualmente acudía Urdintxo al trabajo ataviada con su modesta pero limpia bata de percal reforzada de una toquilla de lana los días de más frío.

Los domingos y días festivos eran para ella jornadas de trajín doméstico. Obligada como estaba a ayudar en casa a su madre y hermanos no había interrupción en su labor sino para las fiestas patronales de San Antonio de Ereñozu; San Juanes en Hernani, amén de alguna que otra romería a las ermitas vecinas, especialmente en Septiembre a Andre Mari de Zikuñaga, su patrona y protectora.

La adolescente se ha hecho mujer. Va creciendo en garbo y belleza y despierta la admiración de los hombres, sobre todo, que la contemplan embelesados. Entre ellos se encuentra el amo de su fábrica, «nagusia» como se le llama con respeto, hombre serio y de edad madura pero que aunque viudo, vigoroso y galante todavía. El buen patrono, sin darse cuenta, se ha enamorado de Urdiñe, cual Goethe de... Ulrike...

Hombre recto y de intachable conducta no

ve otra salida a su situación que la conquista legítima de su linda subordinada. Y así fué: se casó con ella.

Pasada la perplejidad que la noticia produjo entre los operarios de la fábrica y los habitantes de la cuenca, testigos fueron todos del desigual idilio. El amor que acorta todas las distancias y une lo más dispar cumplió su eterna misión.

Urdín pasó desde el banco de contar resmas al aula de un Colegio de religiosas.

El maduro patrón quiso educarla convenientemente y completar su instrucción. Pronto se convirtió en encopetada señorita. Y llegó a serlo tan cumplidamente que a los pocos años ya casada, nadie, a no saberlo, hubiese adivinado su humilde origen. Es que la mujer tiene casi siempre una adaptabilidad mejor y más rápida que el hombre a las nuevas situaciones que la vida le crea. ¿Quién, viendo a la respetable señora de X hubiese recordado a aquella muchacha de Zikuñaga, que durante varios años recorrió, diariamente, a pie y descalza, kilómetros de camino para ganarse un escaso jornal contando resmas... y cantando vernáculos melopeas en una fábrica a orillas del Urumea?...

Muchas veces se opone la dura realidad de los hechos a los ensueños románticos; pero hay que convenir, que, a las veces, lo real y verídico sobrepasa a la ficción más fantásticamente imaginada, como el idilio y la historia fabril de Ziku-

ñaiga lo atestiguan doblemente. De humilde obrera a opulentísima señora: de molino de papel estraza a la moderna fábrica de película transparente celofán. Eso es Zikuñaga, hoy.

Recuerdo que aprendí de un pastor de Aralar (Pedro Miguel Otamendi «Auntzaia») que Zikuña es el nombre de una planta que luego resultó ser la «Malva rotundifolia» de Lúneo, como lo comprobé acudiendo a Lacoizqueta. Malva, sinónimo de suavidad. ¡Misterios del destino y de la... filología!

La flor de Zikuña se ha convertido en «Zikuñán», flor de la industria papelera guipuzcoana.

Del equipo de dirección técnica a la cabeza del cual se encuentra el meritísimo ingeniero Peñalba, cabe esperar realizaciones como la de la pasta química que corone victoriosamente la espadaña de su ya famosa marca de fábrica.



XVI

FOLKLORE PAPELERO

Contra lo que muchos pudieran creer, el folklore no se ocupa solamente de la vida rural y de lo que de ella subsiste en los medios industriales y urbanos. Como dice Varagnac, el folklore es el pasado vivo; pero no es sólo eso. El folklore es el presente. Más todavía: asistimos con frecuencia al nacimiento de hechos folklóricos. Extenderlos a toda la vida popular sería abusivo; limitarlos a la vida rural sería insuficiente.

Como industria nueva en el País, la papelería no posee la tradición de otras arraigadas de antiguo; ni la mentalidad popular nos ha transmitido sobre ella leyendas, cuentos, nombres y vocabulario, tales cual las ofrecidas en abundancia en el pastoreo, los ferrones, las labores agrícolas y otros oficios, literatura oral que ha sido recogida por Larramendi, Iztueta y Mogel sin mencionar a nuestros ilustres folkloristas contemporáneos que están en la memoria de todos.

Precisamente por eso, intento en este modesto ensayo descubrir los pocos asomos folklóricos.

ricos que se hayan podido producir en nuestra industria papelera. El Folklore es una rama de la sociología colectiva que tiene aspectos locales. Todos los detalles son aprovechables.

Si nos fijamos en el orden religioso, nos sorprenderá el que, en contraste con las cofradías y gremios tradicionales las papeleras no se han asentado sobre una base religiosa.

Hay que exceptuar la fiesta que algunos papeleros celebraban el día de la Sta. Cruz en Mayo, caída en desuso. Es frecuente todavía hoy en muchas fábricas que en la sala de resmillería presidida por el Sagrado Corazón u otra imagen religiosa se rece diariamente el rosario. Esto no desagradaba a un famoso patrono de la vieja escuela liberal, D. Bartolomé de Arza, pues había comprobado que durante el rezo se contaban las resmas con mayor rapidez.

Sin embargo sabemos que los papeleros de Auvernia, del Delfinado y de otras regiones francesas celebraban su fiesta patronal el 1.º de Agosto, festividad de San Pedro ad Víncula. En los mismos pueblos, el Corpus era festejado solemnemente por los papeleros que acudían a la procesión revestidos de sobrepelliz y capa y formaban la cofradía de los penitentes negros. No estaría de más que nuestros papeleros hicieran también un poco de penitencia... Los papeleros de Ambert, pueblo famoso por ser sus papeles los preferidos de los impresores pari-

sienses, contribuyeron principalmente a la erección de la iglesia y campanario parroquiales. Pasando a otro orden de cosas, un detalle típico de los molinos papeleros fué el de tener en la puerta de entrada de la fábrica una jaula con un tordo o mirlo.

En la fábrica «La Esperanza» no se si había jaula pero si algunos «pájaros» implumes conocidos por los apodos de «Belia» (cuervo) Izkisua (grajo) y Txori (pájaro), tipos muy populares de los que se cuentan chascarrillos muy regocijantes.

«Belia» carretero de la fábrica transportó, como es natural muchas toneladas de papel a la estación. Pero fuera de su habitual trabajo, en las grandes solemnidades era portador de otra carga más preciosa: el farol de la Banda municipal de música y sobre todo el glorioso estandarte del «Orfeón tolosano» la famosa agrupación coral que tantos triunfos artísticos conquistó y en la que había una buena participación de elementos papeleros convertidos en maestros cantores bajo la dirección del ilustre Mocoroa.

* * *

Hay una leyenda que pretende que los obreros papeleros, a fuerza de vivir bajo las húmedas bóvedas en que elaboraban su mercancía, se convirtieron en una raza achaparrada.

Por ser de ayer, como hemos visto, pocas

huellas de espíritu tradicional encontramos en nuestra moderna papelería. Lo poco que se ha marcado tiene una marcada influencia exótica. Las voces y terminología que en ella se emplean son de procedencia muy cosmopolita.

Así, al papel se le llama «paper» o «papera». Corren también el neologismo ingi=eungai y sus derivados. «Paper-ola» es igual a fábrica de papel.

Duvoisin usa el término: *paper-ihara* como molino paplero. Nótese que *ihara* es idéntico a *igara* de donde procede nuestro «Igarondo» (cerca del molino) y que ha sido nuestro primer molino paplero.

No es aventurado conjeturar que nuestro *érotari* Martín de Olano aplicase muchos de los nombres que empleara en su molino, a los nuevos utensilios y labores de la fabricación de papel a mano y entre otros:

Turbina	=	<i>turtoki</i>
Prensa	=	<i>ardatza</i>
Tamíz	=	<i>baya</i>
Tela-metálica	=	<i>sare</i>

El canal o acequia de desagüe era conocido por *Éretengibel*, que, en general, designaba también el canal posterior de un pueblo como el que existió en Tolosa discurriendo por la actual calle Gorosábel. Y todas las papeleras tienen uno o varios *éreten-gibel* de evacuación de aguas.

En la rudimentaria fabricación del papel en tinas se usaban:

Tina o depósito	=	<i>aska o uaska</i>
Filtro	=	<i>iragazki</i>
Secadero	=	<i>legortegi</i>
Resma	=	<i>ogei-esku</i>
Hoja	=	<i>oña</i>

Los oficiales que trabajaban en obtener las hojas de papel, o sea, a los «papergileak» se les llamaba:

Sacador	=	<i>ateratzale-sakatzale</i>
Ponedor	=	<i>jartzale</i>
Volteador	=	<i>itzultzale</i>
Levador	=	<i>jasotzale</i>
A la zaranda llamarían <i>astinketa</i> .		

A medida que la fabricación fué perfeccionándose y mecanizándose y se llegó al papel continuo, vinieron los nuevos oficios de

Lejiador	=	<i>lixibatzaile</i>
Pastero	=	<i>orezale</i>
Tinturero	=	<i>tintatzale</i>
Triturador	=	<i>añizale</i>
Fogonero	=	<i>labezai</i>
Rinconero	=	<i>bazterekua</i>

y los demás de makinista, kalandrera, etc. que con los nombres de las primeras materias e ingredientes: bisulfito, alúmina, kaolín, son neologismos extraídos universalmente del arsenal greco-latino...

Realmente, no valía la pena de haber sacado a colación léxico tan insignificante. Con todo no deja de ser una curiosidad que es susceptible de ampliación por quien en ella se haya interesado.

* * *

Como hemos quedado en que en esta miscelánea folk-lórica cabe de todo voy a intercalar un soneto para enseñar en verso y cantando las medidas del papel, obra de algún dómine pedagogo más que de un poeta y que algo ripiosa y prosaica la transcribo para curiosidad de los lectores, tal cual la he copiado de un papel anónimo.

BALON llaman del papel la medida
Que, justas, veinticuatro resmas tiene.
BALA es aquélla que diez resmas contiene.
Sabido esto digamos enseguida.
Doña Resma señora principal es
Que en su seno quinientas hojas cuenta,
Tal cual se mercan en la compra-venta
Las iremos midiendo a nuestra vez.
RESMA, a veinte manos equivale.
MANO, es igual a cinco cuadernillas.
CUADERNILLO, a cinco pliegos sale,
PLIEGO, son cabales cuatro cuartillas,
CUARTILLA, se parte en dos octavillas
OCTAVILLA, acaba diciendo. ¡VALE!

* * *

Si la despreciativa fórmula diplomática: «*papeles mojados*» ha sido empleada en todos los tiempos por quienes quieren eludir la firma empeñada, tiene por contrapartida el postulado paremial «*Papel que se rompa él*» enérgica afirmación de respeto a lo pactado en escritura.

Tuvo mucha participación la Industria Papelera en la fundación del Banco de Tolosa (1912) a la que contribuyeron industriales tan notorios como los Señores D. José María y D. Gregorio de Mendía, D. Gervasio de Aramburu, y D. Pedro Limousin, entre otros. Signos e índices de potencia económica son las inversiones de dinero que se realizan. De la misma suerte que el oro de América dejó a partir del siglo XVII su huella en la construcción de edificios públicos y particulares, en la erección de iglesias y palacios la época de la industrialización del País en los siglos XIX y XX será señalada por los historiadores por los exponentes de riqueza que hayan subsistido. Y algún observador podrá catalogar a «Urbijeta», «Lore-Arte», «Eguzki-Toki», «Gain-berri», «Villa Puy», «San Rafael», «Nai-nuena», «Villa Chuchi», «Ola-jaundegui», «Oria-buru», etc. como las futuras casas solariegas del papel.

* * *

Otro pormenor del aprovechamiento de aguas en algunas regiones papeleras era el de que los fabricantes no utilizasen el agua desde

el sábado al lunes, que quedaba libre para otros menesteres.

Siguiendo con el agua, es decir: lloviendo sobre mojado es coincidencia que *Urgoiti* signifique en vasco agua-arriba; y Uranga, agua represada o fantaseando etimológicamente Ur-langa que traduciríamos compuerta. Total dos típicos apellidos papeleros que tienen el agua por componente.

* * *

Si Quevedo, como hemos visto antes, describió con su jocundo ingenio los humildes orígenes del papel, Iparraguirre nuestro bardo errabundo cantó con su guitarra el gremio traperil. Parece que en sus andanzas llegaba con frecuencia a Alegría de Oria en donde residía la familia de su mujer. En este pueblo funcionaba una fábrica papelerera «La Providencia» de Arza y Cía. Aquí conoció a muchos traperos que a ella vendían su mercancía a los que dedicó los hoy casi olvidados versos:

Atera, Atera, trapu biltzera
Nik erosten det modu onean
Arditan, abarca, trapu, alpargata;
Ta burni zaña txanponean
Egunez trapu biltzen
Gauean dantzan lertzen
Gure bizimodua
Olaxen da pasatzen

¿Qué no diría Fernando Amezketarra si se encontrase con la flamante Papelera del Aralar al pie de Txindoki?

Las traperas de los primeros tiempos del papel continuo, además de ser el gremio más numeroso es el que hubiese ofrecido mayor interés al folclorista.

Las 150 clasificadoras de trapos que trabajaban reunidas en «La Guipuzcoana» en los días de Olla y los grupos igualmente nutridos de las demás fábricas fueron a no dudar una fuente abundante de noticias al par que apropiado campo de observación de la vida fabril popular.

Los cuentos, conversaciones y comentarios así como las canciones y tonadas que resonaron en aquellas salas de trapería bastarían a formar un extenso y pintoresco anedoctario papelerero. De haberles escuchado tendríamos hoy nuevos datos y detalles, poco importantes para la gran Historia, pero que contribuirían a completar la semblanza y los rasgos típicos de nuestra papelería.

* * *

Para terminar estas breves notas folklóricas me atrevería a proponer que los papeleros tomasen por patrón a San Juan Bautista que por serlo de Tolosa y Hernani y por su vinculación a Igarondo y a Arramele tiene más títulos que na-

die para tal tutelaje. El «zortziko» de San Juan podría muy bien convertirse en himno de los papeleros que algún vate popular iniciaría así:

Agur beti papergiñak...

XVII

RUTAS MARITIMAS

Si el agua de los ríos resulta imprescindible en la elaboración del papel, las aguas del Océano no lo son menos para el transporte económico de las enormes cantidades de materiales que emplea la industria papelera. De ahí la importancia de las rutas marítimas y la necesidad de que todo centro papelerero cuente con un buen puerto en su proximidad. Pasajes es el primer puerto papelerero de nuestro litoral. Es uno de los motivos que explica el desarrollo de la papelería guipuzcoana y la razón de que en la antigua «Oiarso» se haya establecido la moderna «Oarso», nombre de la factoría papelera peninsular de mayor rendimiento. Así como que en Rentería y en el «hinterland» inmediato a una distancia que pocas veces sobrepasa los 50 kgs. esté concentrada la industria del papel. No hubiese bastado con disponer de ríos, regatas de curso regular y manantiales de aguas limpias. Hoy los filtros y las estaciones depuradoras obvian las insuficiencias hidráulicas.

Las toneladas de primeras materias e ingredientes que diariamente precisan las papeleras a pie de fábrica, requieren su instalación en una zona rica en celulosa o un acarreo barato a las mismas desde los países productores.

Los «paper-mills» ingleses y las importantes factorías papeleras de Escocia, no lejos de las amplias ensenadas como la del Firth of Forth reciben a fletes reducidos toneladas de rollos de Escandinavia y miles de balas de esparto y otras plantas celulósicas, de las costas norte-africanas, con las que alimentan su fabricación.

Una flota mercante bien equipada es uno de los más eficaces auxiliares con que cuenta.

Privarla de esa arteria sería amenazar gravemente su existencia. Eso ha sucedido cuando las guerras y los momentos de pseudo beligerancia han provocado el enrarecimiento de los transportes marítimos.

La primera guerra mundial obligó a las empresas papeleras a constituirse en armadoras de buques que bajo su pacífico pabellón surcaron peligrosos mares escandinavos en busca del codiciado maná celulósico.

Algunos de esos barcos se llamaron TOLOSA, JOXEPA-ANTONI, NAVARRA, ORIA.

* * *

En otros tiempos, ese tráfico hubiese dado existencia a un consulado papelerero en Göttem-

burgo, Bergen o Helsingfor, semejante al antiguo de Brujas sostenido por la «nación vizcaina» (léase vasca) en el que nuestros antepasados dejaron constancia de sus fecundas actividades mercantiles. La Papelera Española mantiene en la actualidad una delegación de compras en Stockolmo.

Aquellos barcos cumplieron su cometido y desaparecieron desguazados. Hoy no podrían competir con la moderna y ultra rápida flota de motonaves suecas y noruegas que vienen periódicamente a la rada pasaitarra con sus cargamentos de madera o bisulfito. Estas visitas renuevan la tradición de los marinos hanseáticos y «esterlines» que a través de las edades han dejado rastro en nuestra historia. Los rubios marinos escandinavos a cambio de la celulosa se llevan los frutos y vinos de las cálidas tierras hispánicas no sin haber sufrido antes sus embriagadores efectos...

Más trabajo que el despacho de las mercancías cuesta al caballeroso D. Cándido Munoa, tolosano de estirpe papelera y Cónsul general de Escandinavia el reembarque de las tripulaciones encomendadas a su solícita vigilancia...

El volumen de las importaciones de madera y pastas ha disminuido en razón del devastador y larguísimo período de guerras atravesado estos diez últimos años y de las difíciles condiciones post-bélicas.

El albardín y el esparto que crecen en abun-

dancia en las costas marroquíes y levantinas llegan regularmente a Pasajes en los barcos de cabotaje y se amontonan en los muelles y almacenes del puerto esperando ser transportados a las fábricas.

* * *

El carbón es otro de los productos que necesita en gran escala la industria papelera para alimento de sus calderas de vapor y asegurar el funcionamiento de las legiadoras, a las debidas atmósferas de presión; conseguir el secado del papel y hasta para producir en épocas de restricciones eléctricas la fuerza motriz que haga marchar las máquinas. Prácticamente según los técnicos hacen falta de 500 a 800 gramos de carbón para fabricar un kilo de papel. Musel y Pasajes le ponen en relación directa con la zona carbonífera asturiana suministradora del preciado combustible.

Pasajes, puerto el más próximo en longitud y latitud al centro de gravedad europeo está hoy dotado de los más modernos elementos de trabajo y posee la sensibilidad y todas las calificaciones técnicas necesarias. Ya no es el Oiarso de los romanos que cargaban en él las galenas de Ardi-Isturri; ni el de las incursiones destructoras de érulos y normandos... Transformado y mejorado extraordinariamente durante estas últimas déca-

das, ha perdido, claro está, muchas de sus características propias: el empaque romántico del tiempo de Víctor Hugo; el tipismo de las «Bateleras» de Bretón de los Herreros... Pero conserva siempre el espíritu de la Compañía de Caracas y su ímpetu para las grandes pesquerías y empresas...

Cuando llegue la hora ya cercana del intercambio comercial sin trabas y la economía indígena se ajuste, no en un plano estatal sino en una escala continental y hasta mundial, el peligro para una industria débil o anquilosada al amparo del arancel, será enorme. Las rutas marítimas son puertas abiertas a la producción del exterior y a la competencia. Pero pueden y deben ser baluartes defensivos de una industria ágil animada de espíritu progresivo.

Confiemos que nuestra papelería con Pasajes como escudo y posición de avanzada se apresten dignamente a la noble lucha.

Por algo le llamó el geógrafo latino:
Vasconum! Saltus: Oiarso.

XVIII

BOSQUE Y CELULOSA

El árbol aparece más ligado que nunca a la economía humana en esta era celulósica.

La necesidad más que el genio destructor, ha talado bosques y hecho desaparecer las enormes masas forestales que antes cubrían gran parte de la superficie terrestre. Esto ha ido produciendo cambios de vida en las gentes que se mantenían de la explotación forestal.

Han surgido nuevas ocupaciones y oficios que sustituyen a los de carbonero, leñador o maderero. Pero la civilización necesita del árbol y éste continuará siendo uno de los elementos más precisos y beneficiosos para el hombre como antes fué instrumento de la divina redención: «Una nobilis».

Por estética, economía y salubridad públicas se tiende hoy a una política de conservación de los bosques y de repoblación de los páramos a fin de que las reservas arbóreas del mundo no se agoten y hagan inhabitable nuestro planeta.

El bosque es principal suministrador de celulosa a la industria papelera; y la nuestra resulta tributaria de los países nórdicos cuyos territorios están cubiertos de extensas superficies de coníferas y otras especies apropiadas para la producción de la pasta del papel.

Nuestros bosques clásicos pertenecían a la variedad de las frondosas si bien de maderas más duras y resistentes no las más explotables para el aprovechamiento de la celulosa. Y lo que es peor, esos bosques desaparecieron o están a punto de ser derribados a excepción de algunos pocos de dominio señorial o de antiguo realengo. A dicho carácter deben su salvación: «El Irasi», «Aralar», Basaburua, Quinta Real, Articutza, Iri-sasi, etc., y otros pocos que nos quedan, en proporción muy pequeña a las necesidades crecientes de la época. Ya que han perdurado hasta nuestros días sería de desear que reglamentada su explotación se conservasen a modo de parques nacionales y lugares de sano esparcimiento y desahogo periódico de nuestros cada vez más densos núcleos urbanos. La desaparición de los millones de árboles de roble, haya, fresno, castaño, encino, por no citar sino los más corrientes, que poblaban antes nuestros montes han cambiado la fisonomía de nuestro paisaje. Y la repoblación forestal de esas especies no es probable por muchas causas, y en especial, por la escasa rentabilidad que ofrecen en estos tiempos de utilitarismo.

Contentos nos veremos si se hace con otras variedades de árboles. Todo será acostumbrarse a contemplar, en lugar del verde claro y alegre de nuestros hayedos la masa oscura y perenne de los pinares. En los tiempos calamitosos que nos ha tocado vivir no hay que lamentarlo con exageración. Otras cosas y valores materiales y espirituales de mayor trascendencia han cambiado o periclitado entre la indiferencia general.

Consolémonos pensando que el proceso de crecimiento de lo «nuevo» es rápido y se ajusta a los módulos de vida actuales.

Un robledal ha tardado cien, doscientos años en crecer y arraigarse. El pinar y sus similares a los 40 o 50 años llegan a su máximo rendimiento; y aún mucho antes están en sazón propicia para el aprovechamiento en la industria; principalmente en la papelera.

El problema estriba pues, en explotar bien nuestros montes baldíos, jarales, argomales, etc. sin perjudicar al caserío como unidad económica.

Uno de los más preclaros precursores de esta política forestal en el País fué el ilustre ingeniero lequeitano D. Ramón Adán de Yarza, quien a fines del siglo pasado promovió en Vizcaya la plantación de los extensos pinares y bosques de eucaliptus que hoy admiramos.

Su ejemplo fué beneficioso y la experiencia tuvo pronto imitadores en todo el País.

Es cierto que no se pensaba entonces en ex-

plotar la riqueza forestal sino para los usos corrientes de la construcción y embalaje.

Las fábricas de la Papelera Española en Villaba y Oroz-Betelu fueron de las primeras en emplear el pino indígena del Irati para su transformación en pastas a la sosa. Según Altadil en su descripción de la Geografía del País Vasco-Navarro, la producción diaria de pastas de dichas factorías hacia 1.915 ascendía a 25 toneladas.

En general, la creencia de los fabricantes sigue siendo la de que no puede haber en el País bosques suficientes a alimentar la industria papelera en celulosa.

Y que aún emprendiendo una repoblación intensiva, sus productos no podrán competir en precio con los rollos de pino importados de Escandinavia o el Canadá. Muy cierto. Pero no lo es menos que tenemos improductivas o poco menos extensiones de terreno susceptibles de producir abundante materia prima para la industria papelera. En las faldas y hondonadas de nuestros montes, de una altitud inferior a mil metros, crece el pino con gran lozanía y rinde aceptablemente aún en épocas de bajos precios. Es un hecho comprobado. Y no se diga nada de los años de penuria. El estéreo que se pagaba a 35 pesetas en 1.936, ha sobrepasado de 120 pesetas en 1.946, para rollos de entre saca.

Para material en tablones alcanza el valor

de 700 pesetas el m.³, casi igual al que se abona por el roble y haya.

La lucha eterna de las especies en este caso frondosas y coníferas, condicionadas por el factor económico, terminará con el triunfo de las últimas.

Uno de los adeptos más prácticos y obstinados de la explotación forestal de nuestros montes con vistas a la obtención de celulosa ha sido el industrial tolosano D. Carlos Irazusta Zanoni.

Y con su característica tenacidad e indomable energía se consagró por entero a llevar adelante su iniciativa. Sin escatimar esfuerzos y riesgos, y venciendo los obstáculos que la rutina y la apatía general interponían en su camino invirtió su fortuna y la de sus familiares y amigos en comprar en 1.917 los montes de la orilla izquierda del Oria, sitios en Andoain y emprendió su repoblación con paciencia y método. Estudiando el asunto teórica y prácticamente y bien asesorado adquirió el convencimiento que la especie de pino «Insignis» era por su crecimiento rápido y demás cualidades la más conveniente. Trajo simientes del país de origen y creó un buen vivero de plantas.

Secundado por el tan celoso sacerdote como entusiasta arboricultor, D. Inocencio Munita, se convirtieron ambos en apóstoles del pino «Insignis». Carlos Irazusta recabó el apoyo de la Papelera Española y la Central de Fabricantes, que le fué concedido a fin de distribuir

gratuitamente plantas entre los terratenientes del País.

Gracias a la campaña de propaganda que se hizo, se plantaron en pocos años millones de retoños que convertidos en densos pinares han hecho la prosperidad de sus propietarios y contribuido a resolver en parte las difíciles situaciones planteadas por la penuria de madera en los aciagos años de guerra civil y conflagración mundial. Otro ejemplo de benemérito forestal guipuzcoano lo tenemos en Lucas Olazábal cuyo elogio hemos leído en la Revista de la Caja de Ahorros Realidad n.º Octubre 1946.

Decidido propulsor de esta política forestal celulósica ha sido también el prestigioso ingeniero papelerero D. Federico Castro a quien no podemos menos de citar de nuevo con elogio.

Una de sus obsesiones es la de llegar a la fabricación en España de las pastas químicas, proyecto que viene estudiando desde hace muchos años y para cuya realización hace falta, naturalmente, contar con reservas de bosques racionalmente explotados.

Por ello es un resuelto partidario de la repoblación forestal a ultranza.

Así, Castro, técnico especializado, ex-director de varias factorías papeleras y conocedor como pocos de la industria del papel europea, y americana en circunstancias bien críticas, —1.936-1.937— emprendió en plena guerra con decisión

y empuje dignos de su recio temperamento de celta vasconizado, una nueva campaña de plantación que en pocos meses cubrió varias hectáreas.

Los tiernos brotes que no fueron destruidos por la metralla y regados muchas veces por la sangre generosa de los combatientes ofrecen hoy una perspectiva halagüena... El pino empieza a dominar en nuestros montes. Es una inversión segura, una colocación de capital que aventaja a otras operaciones bursátiles. Ha labrado la prosperidad de muchos y va creando trabajo, que es riqueza. Surgen las serrerías que han de mantener la actividad de las desfibradoras... Se ha establecido el contacto entre el monte y la fábrica, el equilibrio entre agro e industria. Ya señaló nuestro Conde de Peñaflorida que «toda la felicidad de una Nación está en que la favorezcan la Agricultura y la Industria unidas entre sí». Es asegurar el porvenir de nuestra fabricación papelera haciéndola menos dependiente de los vaivenes de la Importación.

Para el mejor aprovechamiento de nuestros montes es indispensable contar con carreteras forestales. Algunas se han construido estos últimos años en la zona de Oyarzun (Artikutza, Aritxulegui, etc.), Baraibar, Zaldibia, etc.

Y aunque algunas de ellas figuran entre las «estratégicas», confiamos en que tengan una pacífica aplicación rural. Aún queda mucho que

hacer hasta en nuestra Guipúzcoa, tan cruzada de caminos en todas direcciones.

El año 1.935 dirigía Carlos Irazusta a la Diputación Provincial un proyecto de construcción de carretera secundaria que partiendo de Abaloz (entre Oria y Andoain) se uniera a la de Asteasu-Aya y que sirviera de acceso a una zona montañosa de 90 km.² en la que están comprendidos los montes Eztenaga, Andatza, Irisasi por el Norte; y Belkoain, Zárata e Irumuño por el Sur.

Estos montes y otros en análogas condiciones como Amasa-mendi, los macizos de las cuencas del Leizaran, del Urola, etc. son los indicados para una intensa explotación destinada a la producción de pastas de papel. No es que se pueda pretender el prescindir de la importación de los rollos de madera y de las pastas de Suecia y Noruega.

Según declaraciones recientes del cónsul de Suecia en Barcelona el 60 % de la superficie de aquel país es bosque contando con un total aproximado de 10.000 millones de árboles.

Puede estimarse «grosso modo» que los árboles existentes en Guipúzcoa suman una cifra que se acerque a los 80 millones de plantas de toda especie y condición, calculando que pasan de 25.000 hectáreas las pobladas de árboles y en cada hectárea un promedio de 3.000 ejemplares. Y para fundamentar esta afirmación, copiamos a continuación los datos relativos a la produc-

ción forestal en nuestra provincia y que han sido publicados en el número de Diciembre 1946 de «Guipúzcoa Económica».

a) MONTES PUBLICOS

Monte alto poblado de pino ..	6.751,51	hectáreas
» » Haya ..	2.615	»
» » Roble ..	875	»
» » CASTAÑO	112	»
» » especies varias	134	»
Montes bajos	15.116,03	»
Matorral y pastos	12.080,73	»
	<u>37.684,27</u>	»

b) MONTES PRIVADOS

Monte alto poblado de PINO..	4.737	hectáreas
» » HAYA.	2.750	»
» » ROBLE.	2.235	»
» » CASTAÑO	1.933	»
» » especies varias	6.423	»
Montes bajos	8.182	»
Matorrales y pastos	12.478	»
	<u>1.449,34</u>	»
Dehesas	40.187,34	»

O sea un total de 77.871,61 hectáreas.

La superficie propia para esta producción en Guipúzcoa rebasa las 120.000 hectáreas y por su clima se halla incluida en la zona de rápido crecimiento.

Desde hace ventiocho años se ha introducido el pino «Insignis» que da un excelente rendimiento: se calcula éste en 10 m.³ por hectárea y año, mientras que en los bosques de frondosas la producción anual es de 2,5 m.³ por hectárea.

Para darse cuenta del cambio operado en los montes guipuzcoanos en el transcurso del siglo no hay sino comparar los anteriores datos con la estadística publicada por Madoz en su Diccionario editado en 1847 que nos da el siguiente cuadro forestal:

5.300.000 robles	trasmochos y bravos
4.700.000 hayas	» »
1.000.000 castaños	» »

Estas especies frondosas se han reducido a la cuarta o quinta parte pero las coníferas en cambio se han multiplicado en la forma que refleja el cuadro arriba transcrito.

Pero sería un resultado satisfactorio el que con los pinos, el esparto, el albardín, la paja y las otras primeras materias que se producen dentro del territorio español se llegase a cubrir un tanto por ciento elevado del consumo en celulosa de la industria papelera.

* * *

Antes de hacer mutis tras los árboles, quiero recalcar los efectos reguladores del bosque en el mantenimiento de los manantiales y distribución

de las aguas. Bien se me alcanza que hayedos y robledales conserven la tierra más jugosa y umbría. ¿Cómo no recordar el «Baso-Itzal», la magnífica creación del malogrado y altísimo poeta, «papelero» y querido amigo Xabier de Lizardi? La desventaja de los pinares está compensada en cambio, por la rapidez y facilidad de su reproducción. Y aunque en menor escala no cabe duda que realizan la función antitorrencial de todo árbol, y de administración parsimoniosa de las aguas, elemento tan vital en la papelería. Esta es el problema a resolver.

Bosque es agua y celulosa=papel.

XIX

CONSTRUCCION DE MAQUINARIA PAPELERA

Hace 40 o 50 años, en los albores de este siglo, podía afirmarse, con relación a la maquinaria para la industria papelera, que la producción española era poco menos que nula. Lo que ayer fué verdad ha dejado de serlo hoy. En esto suele estribar muchas veces el error: en suponer que determinadas afirmaciones, verídicas en su tiempo y lugar, son siempre inmutables. No. Hay que ir observando atentamente los cambios que la realidad, diariamente, nos ofrece. Y el salto operado por la construcción de maquinaria papelera en nuestro País ha sido considerable. Actualmente solo en Tolosa hay cuatro talleres mecánicos de importancia dedicados a esta especialidad.

Antes toda la maquinaria venía del extranjero. Casi la totalidad de las fábricas de papel tienen instalaciones construídas y montadas por casas especialistas establecidas en Francia, Bélgica, Inglaterra o Alemania y que han importado millones de pesetas. Igualmente las telas metálicas,

fieltros y otros accesorios se traían de esos mismos países. Los pequeños talleres particulares de las fábricas no pasaban de hacer reparaciones de poca monta. La casa Basagoitia se especializa en rodillos de máquinas de papel. J. L. Pérot implanta a fines del siglo pasado la fabricación de telas metálicas y cilindros desgatadores. La antigua fundición tolosana de Yarza, luego convertida en Talleres de Tolosa, S. A., es la primera que se atreve a proyectar y construir mesas de fabricación y otras piezas esenciales de las máquinas de papel. Siguenla Gorostidi y Gozategui, expertos mecánicos papeleros formados en la fábrica de Txarama. Y finalmente la casa E. M. V. A., integrada por 4 socios industriales que a la vez son hábiles artífices que trabajan en fresas y tornos y en el ajuste y acoplamiento de instalaciones papeleras.

Estas tres firmas: Talleres de Tolosa, Esteban Gorostidi y E. M. V. A., han proyectado, construido y puesto en marcha toda diversa, la maquinaria que requiere la fabricación del papel montándola con la exactitud exigida por su delicado proceso de elaboración tanto en la parte húmeda como en los juegos de secadores y calandreo final.

Y varias de esas máquinas completas con la placa de los citados constructores funcionan a satisfacción en diferentes empresas papeleras.

Desde luego, me anticiparé a decir que no

pretendo equiparar la producción de los talleres mecánicos tolosanos a las últimas y maravillosas instalaciones de firmas especializadas como la: Finke - Hoffmann - Fülnerer, Merrit, Chapman, Beloit, Rice Barton, etc. etc.

Ni creo que en mucho tiempo pueden igualarse las nuestras a su precisión y rendimiento. Pero el progreso realizado es garantía del desarrollo y avance futuro de las casas de maquinaria papeleras nacionales que siguen de cerca el progreso de la mecánica extranjera.

Si alguna industria hay de abolengo en el País, es la metalurgia, que, no solo se ha mantenido activa y pujante a través de las transformaciones de la técnica en los cincuenta últimos años, sino que en algunas variedades compite hasta con los productos de las factorías europeas o americanas. A este propósito cumple evocar aquí la ingente figura de Patricio Echeverría, genio de la mecánica y de la organización industrial, fundador de la gran fábrica de herramientas de Legazpia, de fama mundial unida a su nombre.

Es un detalle poco conocido que «Patrizio», como familiarmente se le llama en Guipúzcoa, fué en su juventud un modesto mecánico de los talleres de la Papelera Española en Tolosa. En la «herrería» que esta empresa sostenía para los arreglos y reparaciones corrientes de su maquinaria trabajó oscuramente durante varios años

el hoy ilustre magnate Patricio Echeverría. Son muchas las personas que recuerdan su época tolosana. Y aún queda algún que otro amigo o compañero de sus excursiones domingueras y festivas y que iba con él a merendar en alguna sidrería en los alrededores, por seis reales.

Patricio no continuó su carrera «papelera» en la que hubiese podido sobresalir igual que en la metalúrgica. Sintió la nostalgia de su Goierri y volvió a su pueblo, Legazpia, vivero de ferrones y nekazaris.

Le atraía el hierro y el agro; y así comenzó a forjar azadas, palas y picos en pequeña escala, para implantar luego con prodigiosa rapidez las imponderables instalaciones de la S. A. Patricio Echeverría y la fabricación de las herramientas, marca Bellota, y «Mendi» orgullo del País y admiración de los extraños. Y el caso de Patricio no es insólito en Guipúzcoa. Hay otros semejantes si no de éxito tan rotundo. Señalemos el del expertísimo mecánico Luis Leizaola ingenioso donostiarra constructor e inventor de máquinas para la industria gráfica, y especialista en linotipias. Sobre todo se ha creado una potente industria metalúrgica que dispone de desde altos hornos, hornos eléctricos hasta el utillaje de precisión necesarios para obtener toda la gama de metales y aceros.

Por eso no hay exageración en afirmar que

la maquinaria papelera puede y debe construirse en gran parte en el País.

La prueba la están dando los talleres de construcción tolosanos, que han montado y puesto en marcha varias máquinas de papel completas y de su propia preparación.

Es que la industrialización exige que todos los elementos de una industria: materias primas, maquinaria, consumo, avancen a un mismo ritmo. A todos nos interesa que nuestra papelería guarde también ese equilibrio.

HERALDICA DEL PAPEL: FILIGRANAS Y MARCAS

El papel tiene también su heráldica. Sus escudos y blasones son los dibujos e inscripciones transparentes que se le hacen por diversos procedimientos y que sólo resultan perfectamente visibles mirando las hojas al trasluz. Es lo que en papelería se conoce con el nombre de filigrana o marca de agua.

El innato sentido artístico del hombre se manifiesta aquí como en todas las obras producto de su ingenio. Ya en las épocas prehistóricas los anónimos artistas del neolítico, del auriñaniense o del magdalenense dejaron en cuevas y yacimientos, muestra de su destreza en trazar con rasgos certeros e indelebles las siluetas de los animales con los que compartían su ruda existencia en aquellas remotas edades. Y mirando filigranas primitivas a través de la hoja de papel recuerdan a veces a los dibujos estilizados del arte ruprestre.

El procedimiento de colocar sobre el tamiz

en que se hacía el papel de tina un dibujo formado por alambres de varios gruesos no permitía muchos detalles y tenían que ser forzosamente sintético.

Y en las filigranas cuadra mejor el sencillo estilo del arte popular que el más complicado de los grandes maestros. Al marco de madera en cuyo fondo van colocados los alambres de latón se le llama cedazo o asondel. Las rayas horizontales marcadas en el papel son los *puntizones*, las marcas verticales los *corondeles*.

Dada nuestra genealogía muy reciente y el abolengo modesto de nuestra industria papelera no podemos presumir de una gran colección de filigranas. Pero muchas o pocas, y antiguas o recientes, interesa recogerlas para que den fe de su existencia. En un principio, la filigrana constituyó signo distintivo de fabricación, algo así como firma o comprobante de autenticidad de determinada casa, o medio de diferenciar o determinar tamaños y clases de papel y aún de fijar su misma procedencia. También servía para comprobar ediciones y como medio de conocer la fecha dudosa de impresión de un libro. Es decir era un auxiliar de la paleografía.

Fué al mismo tiempo marca de legitimidad en sellos, valores y documentos oficiales; o expresión del sentimiento artístico, religioso o patriótico del fabricante. Hoy la filigrana tiene valor secundario en bibliografía porque la fabricación ha con-

seguido llegar a la más perfecta semejanza con el original tomado como modelo.

Resulta muy entretenido el hojear los libros que al estudio de las filigranas han dedicado pacientes investigadores, siendo el más notable el: «Dictionnaire historique des marques de papier» por C. M. Briquet (1907).

Para el que tenga afición y aptitudes de coleccionista puede convertir en «hobby» o desinteresada chifladura el ir reuniendo filigranas y marcas de nuestros fabricantes, primero, y las de todos los demás presentes y pretéritos.

Yo no he conseguido recoger sino unos pocos que ofrezco a la curiosidad del lector como los más característicos de la papelería vasca. En primer lugar van reproducidas las filigranas incompletas de ARRIAGA el de Durango y de nuestro MARTIN el de Igarondo. Aparece luego un sello que me parece querer imitar el escudo de la villa que sigue el nombre TOLOSA y las abreviaturas Pr.^a de G.^a URANGA, con su concha como marca se cobija también bajo el pabellón tolosano. Y a continuación van las filigranas más modernas de nuestras papeleras. Hay nombres y rótulos en inglés, francés, latín y euskera. *Super, Strong Bond Royale Mill*. Papel Eder-Bikaña etc. ¿Cómo no se le ocurrió a alguno de nuestros fabricantes registrar su papel con el calificativo ZURI-EDER dicho sea sin intención peyorativa?

Como se ve los animales, instrumentos de tra-

bajo, armas, escudos, coronas, etc. son las figuras más corrientes de la Heráldica Papelera, sin olvidar la Cruz con todos sus simbolismos.

Las filigranas más antiguas del País Vasco-Navarro son una cabeza de buey y una mano y una estrella que pasan por datar del año 1.496 y pretenden pertenecer a un molino paplero de Pamplona.



La filigrana 000 con la cruz superpuesta era marca muy corriente en los papeles «pirenaicos» importados del Bearn y Bigorre antes de comenzar su fabricación en nuestro País

ARRIAGA

Filigrana del primer paplero vasco conocido copiado de un papel de principios del siglo XIX

MARTIN



Primera filigrana Tolosana de Martín de Olano con sello y escudo en que figura una flor de lis

TOLOSA DE G^A



URANCA

Heráldica concha de peregrino adoptada por la casa Uragana continuadora de Igarondo

Nótese los corazones de las abreviaturas de Tolosa y Guipúzcoa, símbolo muy paplero

T^A DE G^A

Filigranas de «La Esperanza» y las fábricas de Cegama
de los Sres. Arza y Arcaute



FINE QUALITY



A.A & Co.



MY EMBLEM

Original



Good Pretty & Cheap



M.R.A.
S.C.



HISPANIA PAPER



SUPERFINE

Arcaute
EXTRA STRONG



EDER BIKAIN PAPER

Filigranas de Echezarreta de Irura hoy G. Mendia y de la Tolosana
de los Sres. Limousin, Aramburu y Raguan



PAPER MILL



SPECIAL LETTER PAPER



Dural
Manufactory



Tolosana Mill

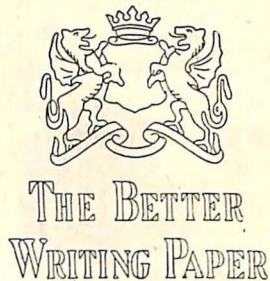
Parchemin
L.A.R.



IRURA BOND

Igarondo Mill

Dactilographie
ANNONAY



Strong Parchment

ERRIONA BOND

Filigrana de «La Salvadora»
de Villabona



ICARO BOND

Filigrana de La papelera Elduá



OMNIA PRO PATRIA

Filigrana de «La Guadalupe»
Tolosa

Además de las filigranas tiene un interés muy peculiar el estudiar la nomenclatura de clases, calidades y tamaños que son clásicos en papelería. En España los genoveses dominaron este comercio y ofrecían el papel ordinario o Ceutí, el de marca o marquilla «Corazón», etc.

Los flamencos que pronto destacaron en el arte de imprimir acreditaron sus calidades de Chiffon de Bruges, el holandá, el Panekoek.

Los ingleses llegaron tarde a la papelería, pero con la perfección el «finished» que caracteriza su industria, crearon los papeles lijeros el «feather eight» el famoso papel Indian, o Biblia de Oxford...

Francia con su Auvernia ocupa el primer lugar en la fabricación de papel como primera potencia de los siglos XVII y XVIII, lo mismo en política que en las ciencias y en las artes.

El «pur fil» es el preferido por la Sorbona. El «Colbert» es el papel de las Cancillerías. Y si se desea algo selecto para las ediciones raras y de gran lujo, ahí están el papel «China» y el «Imperial Japón».

La cultura francesa impone formatos y dimensiones a las hojas de papel a la «feuille Blanche». a la que, como si fuera un objeto de la moda femenina, la designa con nombres caprichosos:

	0,38 x 0,30
Cloche	0,40 x 0,31
Pot	0,44 x 0,34
Tellièrè.....	

Couronne	0,48 x 0,36
Ecu	0,52 x 0,40
Coquille	0,55 x 0,44
Raisin	0,50 x 0,65
Carrè	0,45 x 0,56
Jesus	(Música) 0,70 x 0,55
Grand Jesus	0,76 x 0,56
Grand Aigle	1,06 x 0,75
Soleil	0,80 x 0,56
Colombier	0,90 x 0,62
Grand Monde . . .	1,19 x 0,85

Estas eran las fabricaciones principales sancionadas por la ilustre «Corporation des Papiers de Paris» y que los impresores y el temible gremio de amanuenses de la «Basoche» se disputaban.

En España las dimensiones más corrientes eran conocidas por los nombres de:

Esquelas	0,33 x 0,175
Media holandesa	0,26 x 0,205
Oficios	0,33 x 0,225
Folio	0,435 x 0,31
» prolongado	0,465 x 0,35
Marquilla	0,55 x 0,38
Doble marca	0,65 x 0,45

* * *

Inglaterra distinguía las siguientes clasificaciones:

Foolscap	0,33 x 2,15
» doble	0,66 x 0,43
Post	0,38 x 0,25
Large Post	0,54 x 0,41
Doble Post	0,76 x 0,50
Demy	0,51 x 0,38
Medium	0,56 x 0,43
Royal	0,61 x 0,48
Super Royal	0,79 x 0,56
Elephant . . .	0,81 x 0,58
Atlas	0,86 x 0,66
Doble Elephant	1,01 x 0,69
Anticuarium	1,34 x 0,79

En tiempos del Imperio romano se conocía a los papyrus con los nombres de:

Hierático	= doce dedos de ancho
Livianus	= » » » más grueso
Claudianus	= dos de los anteriores
Fannianus	= diez dedos de ancho
Amphitheatricus	= nueve dedos
Saiticus	= » inferior calidad
Cornelianus	= seis dedos de ancho
Teneócticus	= » »

Estos nombres ingenuos, a veces y de resonancias exóticas otras, al par que las inscripciones y altivas divisas filigranadas servirán de ilustración y amenidad a la monotonía de mi prosa. Y ¡oh poder evocador de las palabras! pueden sugerir ideas y recuerdos que no he sabido traer a estas páginas.

XXI

ARTES GRAFICAS

IMPRESORES, PENDOLISTAS, GRABADORES Y LITOGRAFOS

En esta galería en la cual van desfilando diversos aspectos y figuras de la papelería sería omisión imperdonable no dar cabida a la Imprenta, a la estampación de grabados: a las artes gráficas en general. Es natural que en una zona de fabricación de papel, germinen industrias que de ella se derivan.

No quiero esto decir que pretendamos hacer historia de la Imprenta en el País Vasco ni en Guipúzcoa siquiera. A ello han consagrado meritisimos trabajos: D. Juan Allende Salazar con su conferencia en el Congreso de Estudios Vascos de Oñate; el P. Juan Ruiz de Larrinaga con sus estudios «La Imprenta en San Sebastián» publicado en la revista «Euskalerrriaren-alde»; D. Serapio Múgica con un documentado ensayo acerca de las Juntas Generales y los impresores guipuzcoanos que vió la luz en la R. I. E. V. D. José María Huarte con su constante contribución al tema; y

finalmente los Srs. A. Odriozola en su conferencia del Ateneo Guipuzcoano en 1934; y D. Mariano Ciriquiain Gaiztaror en un artículo en «Játiva» en los que abarcan facetas y puntos de vista referentes al mismo asunto.

Al abordar este punto pretendo aportar, tan sólo, unos pocos pormenores circunscritos al desarrollo de las artes gráficas en Tolosa. En estas escenas papeleras faltaría un elemento típico de no figurar en ella los impresores o libreros que han dado verdadera importancia al papel creando la moderna industria editorial.

Ugarte, Lalama, Mendizábal, López, López-Mendizábal, Gurruchaga, Gorosábel, Muguerza y Tapia son los más clásicos pies de imprenta tolosanos. Los Ugartes, Gorosábel y Gurruchagas dejaron de existir. Las casas Tapia y Muguerza continúan felizmente componiendo y haciendo gemir con honradez a las prensas y minervas.

La Editorial López-Mendizábal, sino la más antigua la más prestigiosa de todas, desapareció violentamente, pero no quiero creer que para siempre, de su cuna tolosana. Haga Dios que después del doloroso eclipse, reaparezca, como exigencia de la justicia y por nuestro honor y nuestra cultural. Con intención reparadora y como desagravio y homenaje a su largo y digno historial, cúmplenos hacer un elogio de sus méritos.

La casa López Mendizábal cultivaba especialmente el campo religioso y el cultural-peda-

gógico vasco. Otras editoriales tolosanas, de las que luego hablaremos, orientadas en sentido comercial moderno, han alcanzado, sin duda, un desarrollo comercial y técnico más avanzado.

Ninguna ha aventajado a D. Eusebio López y a su sucesor en la vocación bibliográfica, bien poco remuneradora, por cierto. Entre las obras importantes que han publicado figuran, el notable «Esku-liburua» de Cardaberatz; los *Otoitz-Gaiak* (5 tomos) del P. Mendiburu— (El Diccionario Vasco-Español, de Aizkibel. Las Averiguaciones de Cantabria de Henao; Los anales de Navarra de Moret y otros numerosos libros religiosos de Arana, Lardizábal, Guerrico, etc. etc.

Por todos los catecismos, devocionarios y literatura piadosa que ha estampado la Casa se hace acreedora al título de «editorial pontificia». En el campo histórico-cultural, lanzó por su cuenta publicaciones a las que nadie se atrevía como: «Los Anales de Navarra» del P. Moret; «Las Antigüedades de Cantabria» del P. Henao; «Cosas memorables de Guipúzcoa» de Gorosábel, amén de muchos otros libros de Campión, P. Lizarralde y otros autores contemporáneos.

Bajo la dirección de D. Isaac López Mendizábal se acentúa la orientación euskerista de la casa. El mismo, erudito filólogo y euskerista, redactó personalmente, calendarios, manuales, libros de texto y diccionarios de gran aceptación entre los «euskalzales». Dotado de gran destreza

mecánica, mejoró las instalaciones de su taller introduciendo el procedimiento Offset para la impresión en colores, que lo practicó en la Academia de Artes Gráficas de Leipzig, de lo cual puedo dar testimonio.

Doctor en Derecho, Filosofía y Letras, correspondiente de la Academia de la Lengua Vasca, versado en muchas disciplinas, llegó a formar una nutrida biblioteca, cuyo lamentable pérdida prefiero no comentar.

Presenta este caso cierta triste analogía con la quema de la casa de campo del publicista e impresor, D. Juan Ernesto Delmas en Bilbao al principio de la guerra carlista en 1872 y que encerraba, al decir de Herran, una riqueza bibliográfica y artística atesorada por el autor de la «Guía de Vizcaya» e impresor oficial del Señorío.

También en los anaqueles de López Mendizábal, que eran al propio tiempo archivo de la casa, se guardaban documentos, manuscritos y valiosos originales inéditos.

Poseía la casa una gran colección de las revistas y periódicos publicados en el País desde el año 1830. Entre otros, la «Gaceta Oficial del Cuartel general carlista» impresa en Oñate a partir de 1835 con material tipográfico incautado a su antecesor D. Juan Ignacio de Mendizábal, oriundo de Goyaz y... liberal para más, señas. Tuvo también el título y la función de «impresor oficial de la Provincia y del Corregimiento» cuyas

actas y acuerdos se tiraron varias veces en sus prensas.

No es nuestro intento ennumerar todas las obras impresas por la Casa y que formarían una extensa lista. Pero es oportuno señalar que su último regente publicó un catálogo a modo de compendio bibliográfico (reader - digest) puesto al día, de libros vascos que completa el magistral «Essai d'une Bibliographie Basque» de Vinson y de los que posteriormente han imitado al eminente vascófilo francés.

Se podrá no estar conforme y discrepar de la ideología política defendida por Isaac López Mendizábal, pero nadie puede negar la nobleza y el desinterés con que actuó en su vida pública. Y al contemplar depredaciones y el espectáculo de tantos desaprensivos entregados a negocios inconfesables, crece la talla de los hombres que como él sirvieron sus ideales con abnegación y espíritu de sacrificio. No se apartó de la divisa que en su ex-libris, campea:

*«pro fide - pro patria
sinismen alde - aberiaren alde»*

Forzado al exilio en los comienzos de la guerra civil de 1936 a 1939, residió dos años en San Juan de Luz, pasando luego a Buenos Aires. Sobreponiéndose a la adversidad y con admirable tesón y entereza fundó en la capital argentina, con otros refugiados vascos, una Editorial,

en la que prosigue su labor vasquista añadiendo nuevos méritos a los ya acumulados.

Tanto se apreciaron en la gran ciudad porteña las dotes de editor y publicista, y la caballerosidad y patriotismo del emigrado tolosano que mereció ser nombrado presidente del «Laurak-Bat», la más popular e importante de las asociaciones vascas en la Argentina.

Nos congratulamos mucho de esas halagüeñas noticias que honran a nuestro pueblo natal. Quisiera creer que Tolosa por la nobleza y lealtad que pregonan sus blasones un día no lejano restituya fama y hacienda y repare colectivamente el vejamen que injustamente pesa sobre algunos de sus mejores hijos.

Hay ausencias que son una acusación...

* * *

Estamos en la antigua capital guipuzcoana; a orillas del Oria, en la calle del Mercado —Zerkausi-Kalea— en Ballasteguienea, sede de la casa desde su fundación... No lejos de ella, al otro extremo del puente de Navarra, tomando el camino de Izascun, tenía la editorial López-Mendizábal un taller de cartonaje con un jardín contiguo; y al fondo, una casita pegada al monte de Santa Clara... Este era el lugar de reposo de Ixaka; retiro franciscano: un palomar, unas cuantas colmenas entre arbustos olorosos, «espaliers adorants», que

como a Plantino, le servían de esparcimiento en sus breves ocios y días de cansancio.

En sitio preferente crece lozano un roble retoño del árbol sagrado de Guernica, simbolizando el ideal al que rindió culto toda su vida.

Este es el rincón ancestral, el «txoko», en el cual quisiera transcurriesen los años de vejez del más ilustre, con D. Juan Ernesto Delmas, de los impresores vascos.

* * *

Para completar este capítulo hay algo que decir de lo que ahora llaman artes gráficas, y comprende a pendolistas, grabadores y litógrafos, etc. A quienes se extrañen de que incluyamos a los calígrafos en este recorrido, hay que recordar que en el arte, antes tan importante, de la Caligrafía, sobresalieron muchos de nuestros patriotas.

Sería plausible que tuviera mayor difusión el estudio que el insigne D. Carmelo de Echegaray dedicó en la R. I. E. V. (1909), a los calígrafos vascos, y en especial al más eminente de todos, el vizcaino Juan de Iziar, autor del libro «Artes de Escribir», impreso en Zaragoza en 1.548. Pedro de Madariaga se hizo no menos célebre con su tratado «Honra de Escribanos» publicado en Valencia en 1.565. La Real S. V. de Amigos del País instituyó en 1.771 premios con el fin de estimular el cultivo de la caligrafía. Y su importancia

la hizo resaltar el caballero alavés D. Manuel Vicente de Murgutio que vivió en Tolosa por los años 1793-1794, y quien en su obra inédita «Ortografía de niños», enaltece al País Vascongado «de donde han salido y salen tan gallardas formas de letras». Menéndez y Pelayo cita a Sebastián de Landeta quien copió los 22 tomos del famoso proceso del Arzobispo Carranza y fué su secretario.

En la época moderna de decadencia de este arte, han descollado, Gabriel de Articuza el guetariano Iturzaeta y últimamente el donostiarra J. Besné Irigoyen, cuya producción puede admirarse en el museo de San Telmo, en Donostía.

De la original obra de Iziar «Ortografía práctica» o «Arte de Escribir», se hicieron varias ediciones en el siglo XVI. Al decir de los críticos, «es un trabajo raro y apreciable por sus buenos conceptos y por las admirables muestras de letras que contiene, entre las que hay adornos de mascarillas, figuras y otras cosas de buen gusto». Según ha dicho recientemente el profesor Herrero biógrafo de Cervantes, el príncipe de las letras españolas aprendió a escribir con los textos de Iziar.

Este puede ser considerado como xilógrafo e imitador de Dürero: «utilizó las luces que le suministraban los libros de muestra que se imprimían por aquella sazón en Flandes y Alemania». Puntualizó la manera de hacer las letras «que se

escriben al revés, y después de escritas en las tablas, están grabadas a punta de cuchillo con grandísima dificultad».

El retrato grabado en madera que figura en este libro está, en opinión de Echegaray, hecho por él mismo. Iziar nos declara con ingenua satisfacción: «el primero que en España ha puesto la mano en escribir de este arte he sido yo, más convidado del provecho común que de mi propio loor». Hemos extractado estas noticias a fin de enaltecer la memoria de aquellos artífices demasiado olvidados de la actual generación. Y prosigamos, la excursión por el campo «gráfico».

El P. R. de Larrinaga, crónista franciscano, ha tratado con su habitual erudición este punto de la litografía y de los litógrafos dándonos curiosas noticias en la Revista Euskal-Erriaren alde (1922).

Cita en una nota complementaria publicada en el N.º 4-1945 del Boletín de la R. S. de Amigos del País, los nombres de los dibujantes grabadores del País, los nombres de los dibujantes grabadores Martín Arrillaga y Antonio Mayor, quienes por encargo del Ayuntamiento de Tolosa hicieron una tirada en 1822 del plano de la villa, levantado por el corregidor y arquitecto de la misma D. Pedro de Tellería. Parece que aprendieron el nuevo arte de manos del litógrafo portugués Francisco Y. Sandoval, quien, procedente de Francia, ejecutó el año anterior el referido plano a petición de la municipalidad que quería acreditar la mejor situa-

ción de Tolosa sobre San Sebastián para capital de la Provincia.

Añade el citado escritor que se le pagaron 600 reales por su trabajo y que la piedra que utilizó fué una que encontró en Fuenterrabía. La favorable deducción que hace el P. Larrinaga en apoyo de la existencia en Tolosa del primer taller litográfico en el País Vasco, es equivocada. Para mí la casa E. Delmas, en Bilbao y Egaña y Cía. en Vitoria, tenían ya establecimiento propio antes de 1.850, o sea con un avance de diez o doce años sobre el primer taller tolosano.

Lo probable es que Sandoval y sus dos discípulos ejecutasen las cortas tiradas en alguna prensa de mano como se acostumbra hacer las pruebas.

Ello no autoriza a afirmar que existiese en Tolosa un taller litográfico. Y si en año 1820 coincide con la fundación de la casa Antonio Brusi en Barcelona, no se puede disputar a esta Casa la prioridad en la producción litográfica en España.

Transcurren los años y ninguna nueva huella encontramos de los primeros litógrafos antes mencionados, ni de su paradero.

Se puede admitir con certeza que Martín Arrillaga era nacido en Tolosa puesto que su apellido era de abolengo tolosano con hidalguía y vecindad bien acreditada, según leemos en el «Ensayo de un padrón histórico de Guipúzcoa» por D. Juan Carlos Guerra.

La 1.ª guerra civil 1833-39, tan destructora y funesta para el País, borra todo rastro de la incipiente industria litográfica.

En cambio provoca trasiegos de individuos y familias que producen aportaciones en la demografía tolosana. Así aparece en Tolosa el linaje de los Laborde que tan destacado lugar había de ocupar un siglo más tarde en la industria guipuzcoana. Oriundos del País Vasco-Francés, (del cantón Hasparren-Cambo) y dedicados a la curtidería, Guillaume Laborde Goyaz emigró de su solar nativo como consecuencia de la gran crisis que sufrieron las tenerías de Laburdi a raíz de la revolución francesa en 1789, y vino a Guipúzcoa estableciéndose como oficial en la misma profesión en Anzuola. Nació en Cambó (Montagne sur Nive) el 28 Julio (Messidor) 1794 (II de la República). Hijo de Martín Laborde curtidor de la Casa de Etchepare y de Juana Goyaz. Murió el 5 de Mayo de 1879 en Anzuola. Existía aún a fines de siglo la firma Laborde y Bareño en dicha villa. Y en ella nace el año 1838, Juan José Laborde Urrestarazu quien vino muy joven a residir a Tolosa, en donde le encontramos años después, en unión de hermano Feliciano.

Es lamentable que no se guarden detalles de sus primeros pasos y comienzos en la litografía. No sabemos quién le empujó u orientó hacia el negocio litográfico, procedimiento que estaba de moda. Tal vez se valió de las relaciones que

mantenía con sus familiares y amigos de Bayona y otras ciudades francesas que le facilitaron su aprendizaje en la profesión y el proveerse de material y útiles necesarios.

Tampoco sabemos con exactitud la fecha en que abrió su taller, aunque nos inclinemos a creer que fué entre 1860-1863, y en la casa que aún pertenece a los Labordes en la plaza de los Fueros y calle Gorosábel. Excusado está el decir que los principios debieron ser muy modestos y los primeros trabajos que salieron de sus prensas, muy rudimentarios. Una vez más se deja sentir la falta de documentación que nos ilustre.

Gorosábel en su Diccionario Histórico-Geográfico de Guipúzcoa de 1862 menciona la existencia en Tolosa de 4 imprentas y una litografía. Esta que, debe de ser la de Laborde, no figura entre las industrias que aparecen en el «Bosquejo de las Antigüedades de Tolosa» del mismo autor, libro publicado en 1853. O sea que la data de su fundación tiene que ser entre las dos fechas citadas.

La litografía iba convirtiéndose en un arte de grandes posibilidades. Sus innumerables recursos aprovechados artísticamente pueden producir obras como las que nos han legado Goya, Gericault, Delacroix y otros pintores de talento. Y hasta había aficionados que la practicaban como más tarde se dedicaron a la fotografía.

Si Munich fué la cuna de la litografía, París



En la litografía de Laborde en Tolosa (Plaza Nueva) - (1862)

desarrolló y perfeccionó el nuevo arte y a la capital de Francia acudieron jóvenes de todos los países, deseosos de aprender la técnica litográfica. Así lo hicieron cuando les llegó el turno, los tolosanos Sotero Arrese y Gregorio Arrillaga, descendiente éste de Martín Arrillaga, el viejo de que hemos hablado antes, e hijo de Marcelo Arrillaga, socio de la fábrica de papel de los Uranga de Berrobi.

Apenas avanzamos en nuestras pesquisas tropezamos de nuevo con la fatídica guerra...

Con razón se ha podido decir que es el estado habitual de los hombres, ya que la paz no viene a ser sino una corta tregua entre dos guerras.

Estamos en 1874. Tolosa ha sido ocupada por las tropas carlistas. Sotero Arrese grabó los sellos de correos del pretendiente Carlos VII, que fueron tirados en la casa Laborde, sellos que hoy son muy apreciados por los filatélicos.

El grabador Sotero Arrese, hermano mayor del poeta euskeriko, nuestro inspirado D. Emeferio, se estableció después de la guerra como litógrafo por su cuenta, en Bidebieta, camino de San Blás, taller que tuvo efímera vida.

También Feliciano Laborde, hermano de Juan José se separó de su lado yendo a la casa Garay y Cía., de Oñate que había instalado una prensa litográfica para la estampación de sus cajas de cerillas y de otros trabajos. No les debió de dar

muy buen resultado el ensayo puesto que pronto abandonaron el asunto litográfico.

Sólo D. Juan José Laborde continuó trabajando y mejorando su taller «movido a vapor» como anuncia el membrete de la casa. Ayudado de sus hijos, mandó a algunos de ellos a Burdeos y París a perfeccionarse en la fototipia y los procedimientos modernos que iban saliendo. Además de los sellos mencionados más arriba, de los «ardoguis» y de los trabajos comerciales corrientes que mantenían el negocio, se tiraron en la casa Laborde las colecciones de pelotaris, toreros y artistas de las cajas de cerillas de lujo que se hicieron muy populares.

En Tolosa se jugaba todavía en nuestra niñez al juego que conocíamos por el nombre de «ardogika» (la ardoguis). Consistía en tirar contra la pared los cartones recortados de las cajas de cerillas que representaban figuras diversas. Según caían al suelo por el anverso o por el reverso (ardo ala ogi = ardogi) se ganaba o perdía la baza. Hay muchos juegos infantiles parecidos pero a ninguno he oído designar con el de «ardogui».

Y relacionando ese juego con una forma rudimentaria de naipes es oportuno incluir entre las artes gráficas la de la fabricación de naipes. El monopolio de su fabricación correspondió antiguamente a las casas de Misericordia. Así se infiere de un expediente del archivo provincial de fecha 1775 y cuyo conocimiento debo a la amable

diligencia del Inspector Sr. Arocena y en el que la Santa Casa de Misericordia de San Sebastián se opone a la pretensión del maestro naipero de Bayona Mr. Requirand de establecer su industria en la capital guipuzcoana. Alega la Beneficencia en defensa de su exclusiva el que «vende los naipes a precio conveniente, sin embargo de haber encarecido el papel»...

No se conocían aún el cartel artístico ni los prospectos e ilustraciones que ahora se prodigan.

Alguna vez, por excepción, se reproducían un grabado como el del profesor de dibujo Josué que representa una vista de Tolosa durante la 2.^a guerra civil; o el que trabajó personalmente en la piedra el pintor Regoyos, quien quiso señalar su paso por la localidad en compañía de Verhaeren con un boceto litográfico de la procesión del Viernes Santo, del que se conservan, pocos ejemplares.

A la muerte de D. Juan José Laborde, acaecida en 1.894 continuó la casa en nombre de la Vda. de Laborde e hijos. Por diversas vicisitudes familiares y económicas, el mayor de los hijos D. Guillermo Laborde se estableció por su cuenta en Tolosa; igual camino siguió su hermano D. Casimiro, que abrió taller en Logroño.

A principios de siglo, se hizo completo cargo de la primitiva casa Laborde el mayorazgo D. Guillermo, quien se había asociado años antes con D. Francisco Labayen y fueron dignos continuadores de aquella industria.

Me será permitido apuntar sin que el cariño filial me ciegue, ni ningún interés mezquino me lo dicte, que la Sociedad «Laborde y Labayen» acrecentó la herencia recibida, dando nuevo impulso a la estampación del papel y sus derivados y ocupando un puesto de vanguardia en el campo de las actividades de la industria gráfica. Esta se ha desarrollado hoy extraordinariamente por la facilidad de los modernos inventos.

El objetivo ha sustituido al ojo del artista; y los procedimientos foto-químicos, la mano del antiguo grabador. Hay en el País nuevas e importantísimas empresas cuya sola enumeración desborda los límites que he asignado a este sucinto ensayo. El anuncio, el cartel, el libro, el catálogo, el embalaje llamativo, requieren millones de impresos que son tirados a varios colores por máquinas pintadoras o prensas rapidísimas. No hay pueblo de alguna consideración que no tenga varias imprentas como no puede carecer de herrerías o talleres mecánicos.

Nos encontramos en plena época o edad de la celulosa: en el siglo del papel. De la Prensa con mayúscula. Hemos citado al monstruo de Natura, al dinosaurio moderno con el que no intento enfrentarme. Quede para otros más animosos el empeño que yo por el foro me voy.

Devoramos papel y el papel nos devora. Esto explica todo el metabolismo de la sociedad moderna.

EPILOGO

Es ya hora de dar fin a este ensayo y de dejar caer la cortina tras las escenas que he ido montando confiado en la benevolencia del lector-espectador.

Aún pudiera añadir más cuadros suplementarios si no temiese abusar del tema y de lo mucho que lo he zarandeado, hablando en términos papeleros.

Termino pues antes de que sea tarde y de que el apuntador tenga que decirme: ¡basta!

Sé que las faltas en que he incurrido son grandes y de mayor entidad todavía las omisiones y deficiencias que cualquier espíritu crítico ha de encontrar en mi tosca urdimbre. Si algunas de las referencias y alusiones que necesariamente he tenido que intercalar en la trama han podido herir susceptibilidades personales es mi deber excusarme asegurándoles que no ha estado en mi ánimo el causar la menor molestia a ninguno de los aludidos.

He podido, por ignorancia, omitir la mención

de actores y personajes que con mejores títulos que otros merecían haber figurado en estas «Escenas Papeleras». Gustosamente subsanaré este «lapsus» en la primera oportunidad que se me depare. Mientras tanto, vaya, por adelantado, mi sincera admiración y encomio a los que pudiéramos llamar soldados desconocidos y anónimos que han contribuido al esplendor de la papelería entre nosotros. ¡Que sean loados sus meritísimos esfuerzos!

Creo no haber sido, en general, parco en los elogios. Más fácilmente podrá achacárseme lo contrario: el ensalzar con exageración. Si ello es verdad, sirva de atenuante el que mis alabanzas no han sido interesadas ni lucrativas, sino fruto espontáneo del afecto y la pasión que me inspira la tierra en que nací. No por eso he descendido al halago y baja adulación; y menos aún a la falsedad.

En cambio he evitado el describir aspectos bien desagradables de la vida comercial e industrial del momento.

En todas las épocas la lucha por la existencia ha sido áspera y dura y se han producido los choques de intereses en lo que pocas veces prevalece lo más noble y justo. Pero es lamentable tener que reconocer que estamos actualmente en pleno naufragio de todas las normas de ética y de honradez por las que, más o menos, se regía

la sociedad bajo la influencia civilizadora del cristianismo.

Dios me libre de meterme a moralista, pero todos debemos, cuando menos, sacar una moraleja de la situación presente que bajo las apariencias de una fabulosa prosperidad oculta un hondo malestar y una crisis que puede ser caótica en un futuro próximo.

No sería pertinente reprochar sólo a los papeleros lo que es un desenfreno general acelerado por los advenedizos y fomentado por todas las circunstancias presentes tan complejas. ¿Cómo van a prescindir los «papeleros» del «estraperlo», asediados como están por los innumerables «buscadores» de papel, tan abundantes hoy como lo fueran los del codiciado metal en la dorada California? Sobre este particular se puede ironizar sin mucho esfuerzo. No quiero hacerlo porque alguien pudiera atribuirlo a un sentimiento de envidia que gracias al cielo estoy muy lejos de experimentar. Además, es preferible reirse de sí mismo que del prójimo; y confieso que me hubiese resultado más provechoso dedicarme a la compra-venta de papel, esparto o trapo que no a perder el tiempo embadurnando estas mal cortadas bambalinas literarias... Antes que me lo digan reconozco el que me alcancen algunas salpicaduras o «zipristiñas» del papel pintado.

Y como final y sin perder la sonrisa, es conveniente hacer unas reflexiones, interrogar a

nuestra conciencia que en la sincera soledad del infierno fuero nos dará la contestación procedente.

Cabe esperar de la generosidad y espíritu de justicia de nuestros industriales que así como siempre han contribuido a sostener las instituciones benéficas y sociales, me refiero principalmente a los afortunados papeleros guipuzcoanos, refuercen ahora sus aportaciones en tal sentido.

Son dignos de loa los donativos, repartos de viveres y salarios extraordinarios que reparten muchas empresas creando lazos de afecto, interés y solidaridad con su personal. Un problema que reclama preferente atención es el de la vivienda y el de la construcción de habitaciones que la próspera industria papelerera debe ayudar a resolver.

El capitalismo que no ha respetado otros móviles que los materialistas, no ha hecho sino reforzar la dialéctica marxista que pretenderá imponer sus soluciones.

Ya no me resta sino dar gracias a todos los que de alguna manera han facilitado mi labor que ahora termino; y hacer votos para que la sombra de la celulosa en la que tan saneado cobijo ha hallado nuestro pueblo estos últimos cien años, como ha podido ver el lector que me ha seguido a través de estas «Escenas Papeleras», no se convierta en la fatídica sombra del manzanillo.

Noviembre - 1947.

APUNTES BIBLIOGRAFICOS

No cuadraba al carácter ligero e intrascendente de estas «Escenas Papeleras» el recargarlas con las llamadas y citas de autores y obras que se acostumbra poner al pie de las páginas a medida que van siendo mencionadas en el texto.

Me ha parecido, no obstante, que podría tener algún interés trazar a modo de apunte final una lista de los libros y artículos de revista o diario que por traer algo referente al papel he consultado o de los cuales tengo noticia.

Tal vez haya entre mis lectores alguno que quiera examinarlos por su cuenta para emprender un estudio más acabado y completo del tema papelerero del que no hecho sino bosquejar una interpretación fragmentaria y personal.

Los nombres de los autores y los títulos de los libros, revistas y artículos, en orden de antigüedad son los siguientes:

SAHAGUN BERNARDINO de. - «Historia General de las Cosas de Nueva España». - Imp. Valdes - Alejandro México 1829.

MADOZ PASCUAL. - Diccionario Geográfico - Histórico de España (Guipúzcoa). Tomo n.º Barcelona 1847.

GOROSABEL PABLO de. - «Bosquejo de las Antigüedades de la Villa de Tolosa». - Imp. J. I. de Mendizábal 1857.

GOROSABEL PABLO de. - Diccionario Geográfico histórico de Guipúzcoa. - 1862.

OLMEDILLA JOAQUIN. - Noticias y datos acerca de la historia del papel. Madrid 1891.

- MARIN Y DIAZ LUIS. - «El papel». Madrid 1898
- BUSTINDUY NICOLAS. - La Industria Guipuzcoana en fin de Siglo. San Sebastián 1894.
- ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA. - «La fabricación del papel en Tolosa 1884»
- BOFARULL Y SANZ. - El papel y sus marcas 1902.
- ALBUM GRAFICO-DESCRIPTIVO del PAIS VASCONGADO. - San Sebastián, (información sobre «La Papelera Española») 1914/1915.
- MEMORIAS Varias a los Accionistas de «La Papelera Española».
- BAÑADOS GUILLERMO. - «El papel en Chile» 1921.
- «DEDALO». - Revista de la Industria Papelera. Madrid 1922-1923.
- CASTRO FEDERICO de. - «La industria del Papel». (Conferencia pronunciada en la Asociación de Ingenieros Industriales de Bilbao». - Imp. Morales 1926.
- REPERTORIO DE PRODUCTORES de La Liga Guipuzcoana de Productores - San Sebastián - Anuarios y Listas de Afiliados.
- «PASAJES Y LA INDUSTRIA GUIPUZCOANA». - Editado por Rafael Guerra. (El papel en Guipúzcoa por E. Giménez Caballero 1936.
- ONDARRETA MARIANO. - «La primera fábrica de papel continuo en España». Reportaje Publicado en el Diario Vasco de San Sebastián el 17 Mayo 1942.
- GUIPUZCOA ECONOMICA. - Revista al servicio de la Ind. y C. varios números.
- IMAZ JOSE MANUEL. - La fabricación del papel en Guipúzcoa 1944.
- JATIVA. - Boletín del Sindicato Nacional del Papel n.os XI-XVI-XXII 1943.
- P. PIÑOL ISAI-GUN. - Inventor del Papel
- AZORIN. - Papeles de Tolosa.
- JIMENEZ CABALLERO. - «Rapsodia papelera».
- AROCENA FAUSTO. - «Museos de Papel en Guipúzcoa».

- HERRERO MIGUEL. - «Huellas para la historia del papel».
- GUILLEN SALAYA. - El papel en la historia de la Civilización.
- BOLETIN DE LA REAL SDAD. VASCONGADA DE AMIGOS DEL PAIS. - R. de Larrinaga Fr. J. 1945.
- COSTA-COLL. - «Manual del fabricante de papel». Barcelona 1946.
- BRIQUET C. M. - Dictionnaire historique des marques de papier - París 1905.
- DRAVAINE CLAUDE. - «Noura». Croniques d'un ancien village papetier. París 1929.
- FAVIER & ARIBERT. - «Machines pour la fabrication du papier Albin Michel 1922». París.
- NICOLAI A. - Histoire des moulins a papier du Sud-ouest de la France - Bordeaux 1935 - Ed. Delmas.
- ESCOURRON RENE. - «Le papier». (Arnaud Collin) París 1941.
- OLMER J. - «Le papier et la Celulose». París 1942.
- NOUVELLEIRE MICHEL (Collet Robert). - «Une politique française du papier» - París Dunod 1943.
- MÜLLER. - Die Papierfabrikation und ihre maschinen. Biberach 1930, Periódicos extranjeros 1940.
- LE PAPIER. - París.
- «La Papeterie». - París.
- «Der Papierfabrikant». - Berlín.
- «Wochenblatt fur Papierfabrikation». - Biberach a. d. Riss.
- Paper Making. - London.
- Paper Trade Journal. - Chicago - New-York.
- The paper industry. - Chicago.
- The Story of News Print Paper - 342 Madison Avenue New-York.
- Office of International Trade - 1945 Washington.
- Pulp and Paper developpments in Spain and Portugal.

RESUMEN CRONOLOGICO

ADICIONES Y CORRECCIONES

Antes del siglo XVIII ningún vestigio hemos hallado que permite afirmar la existencia de fábricas de papel en el País Vasco.

Parece no obstante probable que en Navarra haya habido molinos papeleros a partir de los siglos XV o XVI pues hemos visto en alguna colección de esa época filigranas que figuran como procedentes de la zona de Pamplona. Y no contamos los de la sexta merindad de Ultrapuertos que hemos señalado en otra parte.

* * *

1781—Ahora podemos afirmar que el papeler vizcaino al que se ha aludido varias veces en capítulos anteriores es en efecto Don Fausto de Arriaga de Durango. Su nombre aparece en las actas de la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País según copiamos de la Historia General de Vizcaya de Labayru. Tomo VI Capítulo XVII.

«Don Fausto Antonio de Arriaga vecino de Durango, dueño de la fábrica de papel estraza presentó a la dicha Real Sociedad Bascongada de Amigos del País un molde para elaborar papel con mucha perfección, hecho por mano de su hija Doña María Jesús. La Sociedad le premió con patente de socio de mérito y una medalla de plata para su hija».

* * *

1817—Martín de Olano de Tolosa establece en Igarondo el primer molino papelerero guipuzcoano. Este molino con el contiguo de Ibarra y la Casa Azaldegui aparecen después de 1840 como propiedad de la familia Uranga de Tolosa que amplía el negocio montando otro molino papelerero que acredita y extiende su marca de fábrica.

1819—En el molino de Otsarain comprado en dicha fecha al Ayuntamiento montó D. José Joaquín de Mendía una fábrica de papel que tras varias vicisitudes fué explotada años más tarde por Ostolaza y Cía., y por J. Iriarte que fué su último arrendatario papelerero. Hoy ha vuelto a su antigua situación de molino harinero.

1830—Por esta época no tenemos ya noticias de la fábrica de Arriaga en Durango, pero en cambio han entrado en actividad dos nuevos

molinos o fábricas del antiguo método a mano en La Peña de Abando y en Basauri (Vizcaya).

* * *

1841—Es el año de la gran efeméride papelera: la fundación en Tolosa de la primera fábrica española de papel continuo llamada muy acertadamente «La Esperanza». Son socios fundadores, Sres. Brunet, Tantonat Guardamino y Cía. Disuelta esta Sdad. en 1855 se hizo cargo de su Balance la firma Brunet Hermanos. Las sucesivas transformaciones sufridas por las entidades explotadoras de la fábrica «La Esperanza» fueron las siguientes: En 1863 se constituye la Sdad. Arza Eizmendi y Cía., sigue a ésta en 1887 la de Arza y Cía., en 1892 se forma la Sdad. Arcaute, Arza y Cía., es sustituida en 1907 por Ruiz de Arcaute y Cía., y ya guarda esta designación en la última transformación y ampliación llevada a cabo en 1941. Conviene recordar que los componentes de estas firmas habían sido antes iniciadores de las fábricas de Cegama y Alegría. La maquinaria de esta última pasó a aumentar el parque de «La Esperanza» que previamente había completado sus instalaciones de factoría papelera con su fábrica anexa «Olaberri» dedicada a los papeles «couché» o estucados.

1850—Hay que rectificar la fecha de 1843 admitida generalmente siguiendo a Gorosábel como la del establecimiento de la fábrica de papel continuo en Irura (Guipúzcoa). La Sociedad Larion Echezarreta y Cía., no se fundó según he podido ver en la escritura original hasta el 28 de Octubre de 1850 realizando un proyecto concebido en 1847.

1856—Rectificando y completando a la vez los datos que antes he expuesto sobre «La Papelera del Araxes», tengo que añadir que en el lugar llamado Txaramako y posteriormente al cierre de la fábrica de machetes, hubo marraquería y batán además de un molino harinero. Así consta en documento público del que da fe el Escribano Osinalde. Esas propiedades pertenecían al Conde de Villafuerte que las tenía arrendadas al molinero Elósegui. Y fueron quemadas en 1834 por los carlistas en una de esas nefastas venganzas políticas tan propias de las guerras civiles.

Respecto a la fundación de la Papelera de Txarama débese a D. José Antonio de Irazusta Sasiain en el año 1856. Seis años más tarde cedió el negocio a su hijo D. Blás de Irazusta Arzadun asociado a Mr. Louis Duras y consortes.

1858—Por esos años hay que colocar la apertura de la fábrica de «Amaroz» por la sociedad Sesé Echeverría y Bandrés, a la que sucedió

la firma Sesé y Cía. en 1883, siguiendo luego las transformaciones señaladas en el lugar correspondiente. Esta casa extendió la industria papelera al río Urumea fundando en el antiguo molino de Ezioga una fábrica de cartón base de la actual papelera «BIYAK BAT» de Hernani. También tuvo parte en la fábrica «La Soledad» de Aduna, hoy destinada a otra industria.

1858—El 11 de Mayo de 1858 se constituye por los señores D. Bartolomé de Arza, D. Juan Eizmendi, D. José Aranzabe y D. Genaro Sorrairain una sociedad para el establecimiento de una fábrica de papel continuo en Alegría de Oria que inicia los negocios papeleros del banquero Arza el cual controló años después tres fábricas papeleras en Tolosa («La Esperanza») Cegama y Alegría.

1862—En esta fecha uno de los Urangas (Pedro José) asociado a Marcelo Arrillaga fundaron en el lugar ocupado por el caserío «Beotibar» camino de Berrobi una fábrica de papel a mano. Convertida hacia 1912 en papelera continua y después de muchos cambios y ampliaciones es hoy propiedad de la sociedad C. Zaragüeta y conocida por el nombre de «Papelera de Elduayen» o «Beotibar».

Débese también a los Urangas la fundación de la fábrica de Berrobi en 1868 convertida en 1946 en papelera continua.

También en el mismo año hay que señalar la actividad de un molino papelerero en Legazpia mencionada por Gorosábel en su Diccionario Geográfico, y que el primero fuera de la zona tolosana. La citada fábrica ha tenido un próspero desarrollo y pertenece en la actualidad a la S. A. ELORZA.

1865—A Legazpia sigue Cegama en la cronología papelerera guipuzcoana. El activo Arza metido de lleno en la industria papelerera en sus fábricas de Tolosa y Alegría funda la tercera en su pueblo natal Cegama. Gira bajo la razón social Arza Arcaute y Cía. El nombre Arcaute aparece por vez primera en los anales industriales guipuzcoanos.

1870—Por esta época se encuentra en los documentos notariales el nombre de Don Baldomero Ollo Urriza vecino entonces de Madrid otorgando escrituras de compra y venta en Tolosa lugar de sus futuras actividades papeleras.

1878—Es después de la 2.ª guerra carlista y hacia el año marginado cuando Ollo traslada su residencia a Tolosa y se pone al frente de la nueva fábrica «La Guadalupe» fundada por él y del primitivo molino de Igarondo y su contiguo en Ibarra que los transforma en las fábricas de papel continuo y pasta «La Tolosana» y «Paperola». Su organización culmina con la fundación de la fábrica «La Guipuzcoana» en 1882.

Sigue un período propicio a la fundación de nuevas fábricas favorecido por la paz que promete la restauración monárquica, la facilidad de comunicaciones debida a los F. C.
1879—Se establece la fábrica de papel «La Salvadora» en Villabona.

1880/90—Además de la fábrica «La Guipuzcoana» un kilómetro más arriba en la antigua fábrica de cobre «Olarraín» monta D. Francisco Antonio de Sarasola la fábrica de papel «Laurak-bat». Liquidados los negocios con adversa fortuna, la fábrica de Olarraín fué dirigida luego por el ingeniero D. Víctor Pradera el cual transfirió la propiedad a La Papelerera Española al constituirse esta Compañía.

En esta época empezaron a trabajar muchas nuevas fábricas en el resto de España especialmente en Cataluña y Levante, y por lo que a nuestro estudio interesa no mencionaré sino La Papelerera del Cadagua (Araguren) y «La Vizcaina» (Arrigorriaga), «La Navarra» en Villaba, San Migueltxo y La Vasco-Belga en Rentería.

1892—Esta floración de fábricas papeleras produjo una crisis de la que se ha hecho mérito.
1901—Constitución de «La Papelerera Española».

No por ello cesa el impulso creador de nuevas papeleras y así vemos que se fundan los Sres. Garín Hermanos y Berroeta la fá-

brica de «Eldua» de la que es continuadora desde 1920 la sociedad Ildefonso Calparsoro y Cía.

Explotaron los Sres. Garín Hnos. y Berroeta la fábrica de papel de paja «San José», en Belaunza'ko Ola, establecimiento hoy ampliado y en plena producción.

1905—La sociedad Soto Tuduri y Cía. (Tolosa) establece la fábrica hoy conocida por «Papelera Arzabalza» S. A.

1906—En esta fecha entra en liza la fábrica de cartón de D. Juan José Echezarreta en Legorreta. Ampliada considerablemente y abarcando la fabricación de papel desde 1919 pertenece hoy a la Sociedad «Echezarreta S. A.»

1911—Se constituye la nueva sociedad papelera «Portu Hermanos y Cía.» en Villabona.

1912—D. Gregorio de Mendía realiza la fundación de una nueva e importante empresa papelera en Hernani que es la que en la actualidad gira bajo el nombre MENDIA S. A. «PAPELERA DEL URUMEA».

1913—En el mismo Hernani comienza a funcionar la fábrica de papel «Biyak-Bat» a la que nos hemos referido antes.

1919—Adviene la guerra Europea 1914-18 que dificulta la expansión industrial o al menos el montaje de nuevas instalaciones, pero en cambio mejora la situación económica y fi-

nanciera de las empresas existentes a causa de la eliminación de la competencia extranjera. Al terminar la guerra se crea el trust o cartel papelerero que unifica y sostiene un nivel de precios reenumerador y consigue de los poderes públicos la prohibición del establecimiento de nuevas fábricas papeleras.

1931—La Central de Fabricantes de Papel monta la fábrica de mayor producción en España «OARSO» en Rentería destinada a la fabricación del papel «prensa». Esta factoría pertenece hoy a «La Papelera Española».

1935—Se pone en marcha en Amézqueta «La Nueva papelera de Aralar S. A.» constituida por los Señores Alzueta Munárriz y Cía.

Después de la guerra 1936/1939 se recudece el impulso fabril que da vida a nuevas industrias.

1941—Empieza a funcionar la fábrica de la importante «Papelera Guipuzcoana de Zikuñaga» en Hernani, formada por capitales guipuzcoanos y vizcainos.

1943—No se habían agotado las posibilidades papeleras guipuzcoanas pues en la fecha al margen y a pesar de las dificultades del momento B. Armendáriz y consortes instalan con maquinaria completamente indígena la «Papelera del Norte» de Hernani.

1947—Finalmente en la fecha en que escribo este resumen se están realizando las pruebas y

ensayos de la fábrica de papeles estucados «Manufacturas Arrosi» en Berástegui punto de la mayor altitud a que aguas arriba ha alcanzado la papelería guipuzcoana.

* * *

1947



INDICE

	Páginas
PROLOGO	7
I.—Papel: riqueza y mito	13
II.—Algo de historia	17
III.—Martín de Olano y los primeros papeleros guipuzcoanos	25
IV.—Agua: elemento nutricional de la papelería	33
V.—Dicen los clásicos	39
VI.—Crisis de crecimiento	47
VII.—Recuerdos juveniles	57
VIII.—Beotibar	61
IX.—Araxes	65
X.—Fenómenos sociales	71
XI.—«La Papelera Española»	82
XII.—Escuela y aprendizaje	89
XIII.—Estadística	95
XIV.—Influjo galo	107
XV.—Idilio en Zikuñaga	113
XVI.—Folk-lore paplero	119
XVII.—Rutas Marítimas	129
XVIII.—Bosque y Celulosa	135
XIX.—Construcción de Maquinaria	147
XX.—Heráldica del papel: filigranas y marcas	153
XXI.—Artes Gráficas	165
EPILOGO	181
Apunte bibliográfico	185
Resumen cronológico	189

